

GENERAL

Autor:

Friedrich Hölderlin

Título:

'Hiperión' o 'El eremita en Grecia'

Título original:

'Hyperion oder der Eremit in Griechenland'

Traducción de :

Jesús Muñárriz

Editorial:

Ediciones Hiperion, S.L

1ª ed.: abril 1976

10ª ed.: feb. 1988

ISBN: 84-7517-075-7

PROLOGO

Por: Jesús Muñárriz

BIOGRAFIA

Nace Johann Christian Friedrich Holderlin el 20 de marzo de 1770 en Lauffen am Neckar (Suavia). Es el primer hijo del administrador del <<Stift>> o seminario protestante de Lauffen. Muerto su padre dos años mas tarde, su madre, hija de pastor, vuelve a casarse. Tiene solo veintiseis años. Su segundo marido, Johann Christoph Gock, consejero municipal de Nurtigen, adonde se trasladan madre e hijo, muere cinco años mas tarde, en 1779. A Holderlin le quedaran una hermana de su mismo padre, Heinrik, y un hermanastro, Karl Gock, nacido en 1776. Su madre siguió viviendo en Nurtigen hasta su muerte, en 1828. En 1784, Holderlin, destinado a una carrera teológica, ingresa en un colegio preparatorio para el seminario, en Denkendorf, a algunos kilometros de Nurtigen. Estudia hebreo, latin y griego, y descubre a sus primeros poetas: Klopstock y Schiller. Escribe allí tambien sus primeros poemas.

En octubre de 1786 ingresa, junto con el resto de su clase, en el seminario de Maulbronn. Allí hace amistad con Inmanuel Nast y se enamora de su prima, Louise Nast, hija del administrador del seminario. Siguen las lecturas de Klopstock y Schiller, a las que añaden Schubart, Young, Wieland y , sobre todo, Ossian.

En 1778, Holderlin entra como becario, por cinco años, en el seminario de Tubingen. Rompe con Louise Nast y se enamora de la hija de un profesor, Elise Lebret, aunque por poco tiempo. Con sus amigos Magenau y Neuffer funda una <<Liga de los poetas>>.

En 1789, cuatro meses despues del estallido de la revolucion francesa, el duque Carlos Eugenio, a cuya jurisdiccion pertenece el seminario, advierte a los estudiantes, entre los cuales hay corrientes de republicanismo, que se atengan <<al mas severo orden y legalidad>>. Los seminaristas leen a Kant y Rousseau y se entusiasman con la revolucion del pais vecino. Entre sus compañeros estan Hegel y Schelling, con los que Holderlin hace amistad a partir de 1791.

Holderlin lee a Platon, y su mente se aparta cada vez mas de la fe protestante, al tiempo que se afirma su vocacion poetica. Compone numerosos poemas, entre ellos himnos, bajo la influencia de Schiller, aunque con un tono ya personal.

En 1793, ya cumplidos los veintitres años, sale del seminario provisto de la licencia que le permite ejercer el ministerio evangelico. Pero en contra de la opinion de su madre, decide no ejercer su carrera, y emplearse como preceptor para subsistir economicamente.

Holderlin, recomendado por sus amigos Staudlin y Hegel, visita a Schiller, famoso ya en toda Alemania a los treinta y cuatro años, y este le consigue una plaza de preceptor para ocuparse del hijo de Charlotte von Kalb, en Walterhausen. En 1794 acompaña a su alumno en un viaje a Weimar, y empieza a trabajar en el Hiperion. Pronto debe abandonar su puesto de preceptor, dada la imposibilidad de influir realmente sobre su alumno, que es un niño muy dificil. Holderlin se instala en Jena, uno de los principales centros intelectuales del pais, donde asiste a los cursos de Fichte. En noviembre, Schiller le publica un fragmento de Hiperion en su revista <<Thalia>>.

El año siguiente, 1795, falta de recursos, debe volver a Nirtingen, con su madre, y alli sigue trabajando en el Hiperion. Su amigo Sinclair acaba por encontrarle un trabajo en Frankfurt, en casa del banquero Gontard, nuevamente para ocuparse de los niños. La esposa, Susette Gontard, casada desde hacia diez años y madre de cuatro hijos, se convierte pronto en el gran amor de Holderlin, amor que es correspondido. Holderlin la llamara en su obra <<Diotima>>. Este mismo año, a pesar de su trabajo y de los viajes que debe efectuar con la familia Gontard a causa de la guerra contra los franceses, consigue finalizar su Hiperion. En 1799 aparecera publicada la primera parte por el editor Cotta, y dos años mas tarde, la segunda.

Tambien en 1799 es visitado por Hegel, a quien ha conseguido un puesto de trabajo en Frankfurt. En agosto, ultimo encuentro con Goethe, a quien habia conocido con anterioridad en Weimar por intermedio de Schiller. Al contrario que este ultimo, Goethe no tendra nunca en demasiada estima la obra de Holderlin.

En septiembre de 1798 debe abandonar la casa de los Gontard. Sussette le escribira poco despues de su partida: <<Es como si mi vida hubiera perdido todo significado; solo por el dolor sigo notando su existencia.>> Sussette y Holderlin consiguen entrevistarse varias veces en secreto en Frankfurt, hasta que finalmente el poeta se traslada a Homburg, por consejo de Sinclair, quien le introduce alli en el circulo de sus amigos republicanos. Este año y el siguiente es frecuente la actividad politica de Holderlin con sus nuevos compañeros. Trabaja en su tragedia Empedocles. Al aparecer, en septiembre, el segundo tomo de su Hiperion, le envia un ejemplar a Sussette Gontard con la dedicatoria: <¿A quien sino a ti?>> Fracasa en su tentativa de lanzar una revista intelectual y literaria. La mayoría de las cartas que dirige a los <<grandes nombres>>, Schelling, Schiller, Goethe, no obtienen respuesta. En 1800, un grupo de amigos, en especial el comerciante Landauer, le invitan a Stuttgart, donde tiene asi tiempo para dedicarse con intensidad a la poesia. Nacen de esta manera algunos de sus grandes poemas. Empieza asimismo a traducir a Pindaro, que ejercera una gran influencia sobre sus himnos. A fines del año aceptara otro puesto como preceptor en Hauptwil, suiza, adonde llega en enero de 1801. No se sabe por que razones, en abril abandona su trabajo y vuelve a Nirtingen, con su madre, y alli trabaja ininterrumpidamente en su obra poetica.

En enero de 1802 comienza un nuevo trabajo tambien como preceptor, esta vez en Burdeos, en casa del consul de Hamburgo. Se desconocen por completo las circunstancias de este viaje, pero Holderlin vuelve a abandonar su puesto en abril. Ya el año anterior habian aparecido los primeros sintomas de su enfermedad: la locura. El 4 de diciembre habia escrito a un amigo: <<En la actualidad temo acabar sufriendo la suerte de Tantalos, que recibio de los dioses mas de lo que podia digerir.>>

Tras dejar su trabajo en Burdeos visita Paris, y desde alli se dirige a casa de sus amigos en Stuttgart. En julio recibira alli una carta de Sinclair comunicandole la muerte de Sussette Gontard el dia 22 del mes anterior, en Frankfurt. Holderlin tardara casi un mes en llegar, andando, a casa de su madre. En Nirtingen, su aspecto es casi irreconocible. El explicara de si mismo que fue <<golpeado por Apolo>>.

Tras un periodo de gran violencia, su locura se calma. En septiembre, Sinclair le lleva de viaje a Regensburg y Ulm. A la vuelta, escribe El unico y Patmos, dos de sus obras maestras.

Prosigue intensamente su actividad poetica en 1803. Sinclair entrega al landgrave de Homburg el manuscrito de Patmos, que Holderlin le dedica. Acaba sus traducciones de Sofocles, de cuya edicion se hace cargo Wilmans en Frankfurt, y que apareceran al año siguiente; corrige poemas y odas antiguos, trabaja en otros nuevos, etc. Sin embargo, Schelling, que le visita en junio, queda muy afectado por su aspecto descuidado y por el <<deterioro>> de su espiritu.

En 1804, y gracias a las gestiones de Sinclair, el landgrave de Homburg le ofrece a Holderlin la plaza de bibliotecario de la corte. Holderlin entra a trabajar en la biblioteca de palacio. Frecuentes crisis mentales.

En 1805, un medico que le visita declara sobre su estado de salud: <<Su locura se esta convirtiendo en frenesi, y es imposible comprender su lenguaje, que parece una mezcla de aleman, griego y latin.>> Por fin, en 1806, su estado mental y tambien ciertos cambios politicos en la corte de Homburg, hacen que el landgrave prescinda de sus servicios. Sinclair lo interna en una clinica de Tubingen, pero su estado no mejora.

En el verano de 1807, un ebanista de la misma ciudad, llamado Zimmer, entusiasmado con la lectura del Hiperion, visita a Holderlin en la clinica y decide llevarse a vivir a su casa, junto al Neckar. Allí permanecera el poeta hasta su muerte, que no llego hasta 1843, siempre apreciado por la familia del ebanista, incluso tras la muerte de este, y en un estado de locura pacifica que no le impedira seguir escribiendo poemas en los que, a menudo, se advierte una cierta incoherencia, pero no exentos en ningun caso de un fuerte arranque poetico. Tambien toca y compone musica para piano, y da largos paseos por los parques y los alrededores de la ciudad, con aspecto infantiloides, de un <<niño grande>>, con frecuencia perseguido y molestado por los estudiantes.

De vez en cuando recibira visitas de viejos amigos o de gentes que acuden por curiosidad al ir extendiendose su fama. El les dara tratamiento de <<alteza serenissima>>.

<<excelencia>>, <<majestad>>, etc., y se dirigira a ellos como <<Scardanelli>>, voluntariamente olvidado de su personalidad de Holderlin, y siempre actuando y hablando con una mezcla de lucidez y locura que desconcertara a sus visitantes.

Permanecera ,sin embargo, siempre fiel a su Hiperion, que recitara a menudo en voz alta y del que leera pasajes a sus visitantes.

Como Baroja, que en su vejez preguntaba a quienes le llevaban libros para que se los dedicara: <<¿Cómo quiere que le ponga: querido amigo o estimado amigo?>>, asi tambien <<Scardanelli>>, que no conseguira coordinar una conversacion bien hilada, pero que asombrara siempre a sus visitantes por algun rasgo de genialidad, preguntara a quienes solicitan de el un poema dedicado: <<¿Sobre que quiere que se lo escriba: sobre las estaciones, sobre Grecia, o prefiere un pensamiento poetico?>>

Pronto reivindicaron su obra los romanticos. En 1822 se reeditara su Hiperion; en 1826 aparecen por primera vez en un volumen sus poesias, que se reeditaran en 1843 junto con una biografia del autor.

Este mismo año, sin apenas consciencia de su fama ni del cada vez mayor reconocimiento de su obra, totalmente alejado del mundo, muere en Tubingen Friedrich Holderlin <<dulcemente, sin haber sostenido una lucha especial con la muerte>>.

Tras una etapa de olvido, en la que se perdieron muchos manuscritos y papeles suyos, a finales de siglo volvio a interesar su obra a los lectores, y ya en el nuestro ha pasado a ocupar el lugar que se merece: uno de los primeros no solo en la literatura alemana, sino tambien en la universal. Sin la existencia de su obra, en especial de Hiperion, serian inconcebibles obras como la de Nietzsche o la Hermann Hesse, por citar solo dos nombre capitales en la historia del pensamiento y de la literatura.

OPINIONES

Del autor de Hiperion dijo Luis Cernuda: <<Holderlin, con fidelidad admirable, no fue sino aquello a que su destino le llamaba: un poeta. Pero ahí nadie le ha superado en su país, ni en otro país cualquiera.>> Hablaba Cernuda, al tiempo que del poeta alemán, de su propia experiencia, pues no fue otro su destino. Por eso sabía que ser poeta, ser auténticamente poeta, no ha querido decir nunca andar por las nubes, <<puro>>, alejado del mundo. La cárcel, el exilio y la muerte habían hecho demasiada mella entre los poetas españoles de su tiempo para que a uno de ellos, lejos de su tierra, se le ocurriera pensar en la pureza o la neutralidad del poeta. Era la fidelidad de este, de Holderlin, a su destino –fidelidad que, en definitiva, le había llevado a la locura, muerte del alma – lo que admiraba Cernuda. Esa entrega incondicional del poeta a no se sabe que fuerzas que hablan por su boca y dictan y ordenan las palabras de sus poemas. Porque Holderlin fue, sin duda, uno de los casos más claros de entrega de un ser a esas fuerzas ocultas cuyos productos solemos denominar arte. Como Van Gogh, como Artaud, como tantos alucinados a los que una tensión infinita ha llevado a la locura.

También Heidegger da una opinión en parte similar cuando afirma : <<Holderlin no se ha escogido porque su obra, como una entre otras, realice la esencia general de la poesía, sino únicamente porque esta cargada con la determinación poética de poetizar la propia esencia de la poesía. Holderlin es para nosotros en sentido extraordinario el poeta del poeta. Por eso esta en el punto decisivo.>> Sin embargo, al insistir en esa absoluta pureza de la <<poesía de la poesía>> y del <<poeta del poeta>>, Heidegger caracteriza a Holderlin de una manera con la que el propio Holderlin, muy probablemente, no hubiera estado de acuerdo. No en balde nos advirtió en Hiperion que <<de la pura inteligencia no brotó nunca nada inteligible, ni nada razonable de la razón pura>>, y también que <<de la nada, por sublime que sea, nunca ha nacido nada>>. Probablemente hubiera estado de acuerdo en añadir que de la poesía pura no brotó nunca nada poético, que el ser el <<poeta del poeta>> es menos definitivo que ser, lisa y llanamente, el poeta. Porque el poeta es, ante todo, un hombre que poetiza, no <<la cosa poetizándose en su poeticidad>>, por parodiar la jerga heideggeriana, y el barro y la miseria que arrastra su poesía, su apetencia de felicidad y sus sueños utópicos, son los que suministran su materia al hecho poético, la leña con la que encender su fuego. Poco hubiera quedado de la poesía de Holderlin a no ser por esa carga y esa tensión que encierra, las de un ser perpetuamente insatisfecho, siempre a la búsqueda de algo que podríamos denominar excelso.

Así lo ha entendido Octavio Paz cuando afirma en Los Hijos del limo – y perdónese lo largo de la cita en honor a su claridad y a lo mucho que aporta para la comprensión de esta obra-- : <<El tema de Hiperion es doble: el amor por Diotima y la fundación de una comunidad de hombres libres. Ambos actos son inseparables. El punto de unión entre el amor a Diotima y el amor a la libertad es la poesía. Hiperion no solo lucha por la libertad de Grecia, sino por la instauración de una sociedad libre; la construcción de esta comunidad futura implica asimismo un regreso a la poesía. La palabra poética es mediación entre lo sagrado y los hombres y así es el verdadero fundamento de la comunidad. Poesía e historia, lenguaje y sociedad, la poesía como punto de intersección entre el poder divino y la libertad humana, el poeta como guardián de la palabra que nos preserva del caos original: todas estas oposiciones anticipan los temas centrales de la poesía moderna.>> La palabra poética no es un <<en sí>>, sino una <<mediación entre lo sagrado y los hombres>>, o entre los hombres y sus sueños. Hiperion, es decir Holderlin, quiere construir en este mundo su ideal de belleza y de felicidad.

Y lo construye con palabras, aunque quisiera verlo alzarse en la realidad, pero sus palabras son ya, al mismo tiempo, una nueva realidad, la poética, cuya integración en la totalidad no deja de modificarla, en una interrelación en la que la palabra ejerce el papel de puente entre lo deseado y lo existente, entre la realidad y el deseo.

Julio Cortázar, en Prosa del observatorio, nos recuerda que <<Thomas Mann dijo que las cosas andarían mejor si Marx hubiera leído a Holderlin>>, pero complementa esta opinión

con otra, solo en apariencia antitetica: <<Yo creo con Lukacs que tambien hubiera sido necesario que Holderlin leyera a Marx.>> Es el mismo dilema que los surrealistas intentaron compaginar. La sistesis entre el <<cambiar el mundo>> de Marx y el <<cambiar al hombre>> de Rimbaud.

Esta disyuntiva, estos caminos divergentes que buscan, en el fondo, un mismo cambio sustancial, los hace coincidir Peter Weiss es su reciente Holderlin. Allí, en el escenario, se encuentran quienes nunca se encontraron en la vida real, y Peter Weiss engarza los afanes y esperanzas utopicos del autor de Hiperion con las primeras preocupaciones intelectuales del joven Marx, que habria proyectado en su voluntad revolucionaria ese anhelo de renovacion de la totalidad que Holderlin expresaba haciendo decir a su Hiperion: <<¡Que cambie todo a fondo! ¡Que de las raices de la humanidad surja un nuevo mundo! ¡que una nueva deidad reine sobre los hombres, que un nuevo futuro se habra ante ellos! En el taller, en las casas, en las asambleas, en los templos, ¡que cambie todo en todas partes!>>. Marx seria asi quien habria tomado sobre si la tarea de hacer realidad lo que el poeta soño. Pero Holderlin sabia tambien que <<siempre que el hombre ha querido hacer del estado su cielo, lo ha convertido en su infierno>>. Por eso su reino fue el de las palabras, aunque quiza tambien por eso, este le llevo al de la locura. Porque <<el hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona>>, y esta desgarradura, esa radical impotencia frente a la impenetrable realidad, es la que ha llevado tantas veces a los mas lucidos al reino de las sombras. Holderlin, como poeta integral, es un profeta que marca los caminos visionarios del futuro. Siempre impulsado por el amor, porque <<el hombre, cuando ama, es un sol que todo lo ve y todo lo transfigura>>.

Holderlin, el soñador, el <<original>>, el loco, es la mas autentica voz de su epoca, y por eso nos sigue llegando con la vigencia de lo imperecedero, porque nos habla de lo aun no hecho, de lo que quiza nunca pueda llegar a ser, de esa proyeccion en el futuro y en el vacio que ha engendrado siempre las mas bellas obras de la mente humana. Holderlin sigue vivo en su palabra, que es la eterna palabra de ls hombres.

TRADUCCION

Respecto a la traduccion, debo decir que me he enfrentado con este texto, de alguna manera, como si se tratara de un texto <<sagrado>>. Y creo que asi debe ser, porque al lenguaje de quien hizo de la palabra una vocacion profunda, religiosa, hay que hacercarse como a un hecho religioso, cuya transcripcion exige toda la fidelidad posible. Quiza el castellano se resienta de ello en algun momento, pero creo que, en su terminologia, que tanto tiene de filosofica, Holderlin era tan exacto como puedan haberlo sido Kant, Hegel, Marx, Heidegger o Bloch en sus diferentes tratamientos del idioma aleman, y ello exige, en cada uno de estos casos, traducciones castellanas diversas, en las que forzosamente ha de notarse la influencia del idioma original.

He procurado, al mismo tiempo, respetar cuanto de poetico tiene esta prosa, su ritmo, su cadencia, sus tonos, siempre en la medida de lo posible en otro idioma, y debo confesar que en ocasiones una profunda simpatia por el texto me ha llevado a una integracion con el tanto en sus aspectos significativos como formales. Se trata de pasajes de cuya transcripcion he quedado especialmente contento.

Otros, sin embargo, se han rebelado contra su trasvase al castellano, y mi labor ha tenido que limitarse a hacerlos, al menos, todo lo comprensibles de que he sido capaz, respetando al mismo tiempo la ambigüedad que en muchas ocasiones caracteriza el empleo de determinados terminos por Holderlin.

Es decir, he procurado ponerme, con mejor o peor fortuna, según los casos, enteramente al servicio de un texto que considero capital en la literatura contemporanea y que no era accesible al lector en castellano. De un texto profundamente lucido, cuya lucidez cobra un valor aun mayor cuando sabemos que condujo a quien la poseia a la terrible y definitiva lucidez de la locura.

Jesus Munarriz—Pozuelo de Alarcon, enero de 1976

VOLUMEN PRIMERO

Non coerkeri maximo, contineri minimo, divinum est.

PREFACIO

(A la 1ª edicion del primer volumen)

Me gustaria que este libro estuviese abocado a conseguir el amor de mis compatriotas. Pero temo que los unos vayan a leerlo como si de un compendio se tratara, preocupados en esceso or la moraleja, al tiempo que los demas lo tomen demasiasdo a la ligera, con lo que ni los unos ni los otros lo comprenderan.

Quien se limite a aspirar el perfume de esta flor mia no llegara a conocerla, pero tampoco la conocera quien la corte solo para aprender de ella.

La resolucion de las disonancias dentro de un carácter dado no es tarea ni de la pura reflexion ni del simple deseo.

El escenario en que se desarrolla esta historia no es nuevo, y confieso que hubo un tiempo en que fui lo bastante ingenuo como para pensar en modificar el libro a este respecto, pero acabe por convencerme de que era el unico adecuado al carácter elegiaco de Hiperion, y me avergonce de haber sobrevalorado de forma tan excesiva el posible juicio del publico.

Lamento que aun no le sea posible a todo el mundo un juicio acerca del plan completo de mi obra, pero el segundo volumen aparecera lo antes posible.

LIBRO PRIMERO

HIPERION A BELARMINO

El amado suelo de mi patria vuelve a proporcionarme alegria y dolor.

Subo ahora todas las mañanas a las alturas del istmo de Corinto y, cual la abeja entre las flores, vuela mi alma a menudo de aquí para alla entre los mares que refrescan a derecha e izquierda los pies de mis incandescentes montes.

Una de estas dos bahias, en especial, me hubiera proporcionado una gran alegria de haber estado yo aquí hace un milenio.

Como un semidos triunfante, ente el esplendor salvaje del Helicon y del Parnaso, donde el amanecer juega con mil cumbres nevadas, y la llanura paradisiaca de Sicion, avanzaba la resplandeciente bahia hacia la ciudad de la alegria, la juvenil Corinto, y derramaba ante su prometida riquezas procedentes de todas las zonas.

Pero ¿de que me sirve a mi esto? El aullido del chacal, que hace resonar su funeral canto salvaje bajo los escombros de la antigüedad, viene a sacarme de mis sueños.

¡Dichoso el hombre al que una patria floreciente alegra y fortifica el corazon. A mi, cuando alguien me recuerda la mia, es como si me tirasen a un charco, como si clavaran sobre mi la tapa del ataud, y cuando alguien me llama griego, siento como si acabara de echarme al cuello el collar de un perro.

Y mira tu, Belarmino, cada cada vez que se me han escapado tales o semejantes palabras, cada vez que la rabia hizo llegar una lagrima a mis ojos, se me acercaban esos sabios que tanto gustan de figurar en Alemania, esos miserables para los que un alma que sufre es justamente lo que necesitan para aplicarle sus consejos, y muy amistosamente se dignaron echarme una mano y me dijeron: <<¡No te lamentes, actua!>>

¡Ojala no hubiera actuado nunca! ¡Algo mas rico seria en tantas esperanzas!...

Si, olvidate de que hay hombres, miserable corazon atormentado y mil veces acosado, y veeve otra vez al lugar de donde procedes, a los brazos de la inmutable, serena y hermosa naturaleza.

HIPERION A BELARMINO

No tengo nada de lo que pueda decir: esto es mio.

Lejos y muertos estan mis seres queridos, y ya no hay voz alguna que me hable de ellos.

Mi negocio aquí en la tierra ha terminado. Empecé la tarea pleno de voluntad, me desangré en ella, y no he enriquecido el mundo en un solo centimo.

Desconocido y solitario vuelvo a mi patria y vago por ella como por un vasto cementerio, donde tal vez me espere el cuchillo del cazador, a quien nosotros los griegos somos tan del agrado como la caza del bosque.

¡Pero tu brillas todavía, sol del cielo! ¡Tu verdeas aun, sagrada tierra! Todavía van los ríos a dar en la mar y los árboles umbrosos susurran al mediodía. El placentero canto de la primavera acuna mis mortales pensamientos. La plenitud del mundo infinitamente vivo nutre y sacia con embriaguez mi indigente ser.

¡Feliz naturaleza! No sé lo que me pasa cuando alzo los ojos ante tu belleza, pero en las lágrimas que lloro ante ti, la bienamada de las bienamadas, hay toda la alegría del cielo. Todo mi ser calla y escucha cuando las dulces ondas del aire juegan en torno de mi pecho. Perdido en el inmenso azul, levanto a menudo los ojos al Eter y los inclino hacia el sagrado mar, y es como si un espíritu familiar me hubiera los brazos, como si me disolviera el dolor de la soledad en la vida de la divinidad.

Ser uno con todo, esa es la vida de la divinidad, ese es el cielo del hombre.

Ser uno con todo lo viviente, volver, en un feliz olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza, esa es la cima de los pensamientos y alegrías, esta es la sagrada cumbre de la montaña, el lugar del reposo eterno donde el mediodía pierde su calor sofocante y el ruego su voz, y el hirviente mar se asemeja a los trigales ondulantes.

¡Ser uno con todo lo viviente! Con esta consigna, la virtud abandona su airada armadura y el espíritu de hombre su cetro, y todos los pensamientos desaparecen ante la imagen del mundo eternamente uno, como las reglas del artista esforzado ante su Urania, y el ferreo destino abdica de su soberanía, y la muerte desaparece de la alianza de los seres, y lo imposible de la separación y la juventud eterna dan felicidad y embellecen al mundo.

A menudo alcanzo esa cumbre, Belarmino. Pero un momento de reflexión basta para despeñarme de ella. Medito, y me encuentro como estaba antes, solo, con todos los dolores propios de la condición mortal, y el asilo de mi corazón, el mundo eternamente uno, desaparece; la naturaleza se cruza de brazos, y no la comprendo.

¡Ojalá no hubiera ido nunca a vuestras escuelas! La ciencia, a la que perseguí a través de las sombras, de la que esperaba, con la insensatez de la juventud, la confirmación de mis alegrías más puras, es la que me ha estropeado todo.

En vuestras escuelas es donde me volví tan razonable, donde aprendí a diferenciarme de manera fundamental de lo que me rodea; ahora estoy aislado entre la hermosura del mundo, he sido así expulsado del jardín de la naturaleza, donde recia y florecía, y me agosto al sol de mediodía.

¡Oh, si el hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona, y cuando el entusiasmo desaparece, ahí se queda, como un hijo prodigo a quien el padre echo de casa, contemplado los miserables centimos con que la compasión alivió su camino.

HIPERION A BELARMINO Te agradezco que me hayas pedido que te hable de mí, porque así traes a mi memoria el tiempo pasado.

Esto fue también lo que me hizo volver a Grecia: que quería vivir más cerca del escenario de mis juegos de infancia.

Como el trabajador que se sumerge en el sueño reparador, mi ser atormentado se hunde a menudo en los brazos del pasado inocente.

¡Calma de la infancia, calma divina! ¡Cuántas veces te contemplo en silencio, amorosamente, y quisiera alcanzarte con el pensamiento! Pero solo conservamos nociones de lo que, habiendo sido malo, se acabó transformando en bueno; de la infancia y de la inocencia no tenemos nociones.

Cuando yo era un niño callado y no sabía nada de todo lo que nos rodea, ¿no era entonces más que ahora, tras todas las fatigas del corazón y todos sus esfuerzos y afanes?

Sí, el niño es un ser divino hasta que no se disfraza con los colores de camaleón del adulto.

Es totalmente lo que es, y por ello es tan hermoso.

La coerción de la ley y del destino no le andan manoseando; en el niño solo hay libertad.

En el hay paz; aun no se ha destrozado consigo mismo. Hay en el riqueza; no conoce su corazón la mezquindad de la vida. Es inmortal, pues nada sabe de la muerte.

Pero los hombres no pueden soportar esto. Lo divino tiene que volverse como uno de ellos, tiene que notar ellos también están ahí, y antes de que la naturaleza lo expulse de su paraíso, los hombres los arrancan de él y lo arrojan al campo de la maldición, para que se gaste trabajando con el sudor de su frente.

Aunque la época del despertar también es hermosa, con tal de que no se nos despierte antes de tiempo.

Si, son días sagrados aquellos en que nuestro corazón extiende las alas por vez primera, en que, llenos de un rápido y fogoso crecimiento, nos erguimos en el mundo soberano, como la planta joven cuando se abre al sol del amanecer y extiende sus cortos brazos hacia el cielo infinito.

¡Cuántas vueltas di por las montañas y a la orilla del mar! ¡Cuántas veces me senté con corazón palpitante en las alturas de Tina y contemple los halcones y las grullas, y las naves frágiles y alegres cuando desaparecían hundándose en el horizonte! ¡Por allá abajo, pensaba, por allá abajo peregrinaras tú también alguna vez!, y aquello era para mí como cuando alguien, desfallecido, e sumerge en un baño helado y se salpica sobre la frente el agua espumosa.

Entonces regresaba a mi casa suspirando; ¡si al menos hubieran pasado ya los años de aprendizaje!, pensaba a menudo.

¡Que inocente! ¡Todavía faltaba mucho para que pasaran!

¡Que cerca piensa el hombre en su juventud que está la meta! Esta es la más bella de todas las ilusiones con que la naturaleza ayuda a la debilidad de nuestro ser.

Y a menudo, cuando yacía tendido entre las flores y tomaba el sol en la tierna luz de la primavera, y miraba hacia arriba, al azul sereno que envolvía la tierra cálida, cuando me sentaba bajo los olmos y los sauces, en el seno del monte, tras una lluvia refrescante, cuando las ramas se estremecían aun de sus contactos con el cielo y sobre el bosque empapado corrían nubes doradas, o cuando el lucero vespertino, lleno de espíritu de paz, se alzaba junto con los antiguos adolescentes, los restantes héroes del cielo, y yo veía así como la vida seguía agitándose en ellos en eterno orden sin esfuerzo a través de Eter, y la calma del mundo me abrazaba y alegraba de tal forma que prestaba atención y escuchaba sin saber que me sucedía...<<¿Me amas, buen padre que estás en los cielos?>>,

preguntaba yo entonces en voz baja, y sentía su respuesta tan feliz y segura en el corazón.

¡Oh, tú!, a quien llamaba como si estuvieras sobre las estrellas, a quien llamaba creador del cielo y de la tierra, ídolo amigo de mi infancia, ¡no te enfades porque te haya olvidado!..¿No es el mundo lo bastante mezquino, como para buscar todavía fuera de él a Algun Otro?

¡Oh!, si la naturaleza soberana es hija de un padre, ¿no es el corazón de la hija su corazón? Lo más interno de ella, ¿no es Él? ¿Pero acaso lo he resuelto? ¿Es que lo conozco?

Es como si viera, pero entonces me asustó otra vez, como si fuera mi propio rostro lo que hubiera visto; es como si lo sintiera, al espíritu del mundo, como la cálida mano de un amigo, pero desierto y son los míos, son mis propios dedos los que he asido.

HIPERION A BELARMINO

¿Sabes como se amaban Platon y su Estela?.

Así amaba yo, así era amado. ¡Entonces sí que fui un muchacho feliz!

Es agradable ver como lo semejante se une a lo semejante, pero cuando un gran hombre eleva hasta sí a los más pequeños, esto tiene algo de divino.

Una palabra amistosa procedente del corazón de un hombre valiente, una sonrisa tras la cual se oculta la devoradora grandeza del espíritu, es poco y es mucho, es como una fórmula mágica, que oculta la vida y la muerte en sus ingenuas sílabas, es como un agua

espiritual, que brota de lo profundo del monte y nos comunica la fuerza secreta de la tierra en sus gotas cristalinas.

¡Como odio, por el contrario, a todos esos barbaros que creen ser sabios orque ya no tienen corazon, a todos esos monstruos groseros que matan y destruyen de mil modos la belleza juvenil con su mezquina e irracional disciplina!.

¡Oh Dios de la bondad! ¡Son como el buho que quiere expulsar del nido al aguilucho y mostrarle el camino del sol!

¡Perdoname, espiritu de mi Adamas, que te mezcle en mis pensamientos con esa gente! Pero esto es lo que ganamos con la experiencia, que no podemos imaginar algo excelente sin pensar al mismo tiempo en su contrario.

¡Ojala estuvieras presente eternamente en mi solo tu con todo lo que se te asemeja, infortunado semidios en quien pienso! Aquel a quien rodeas con tu calma y tu fuerza, luchador y vencedor, aquel a quien alcanzas con tu amor y sabiduria, ¡que huya, o que se iguale a ti! Ni lo innoble ni lo debil pueden existir a tu lado.

¡Cuantas veces estuviste junto a mi, a pesar del tiempo que hacia que nos habiamos separado, y me iluminabas con tu luz, y tu calor hacia que palpitara de nuevo mi helado corazon como la fuente congelada cuando la toca el rayo celeste! En esos momentos hubiera querido volar con mi arrobamiento hasta las estrellas, para evitar que lo que me rodeaba lo envileciera.

Yo habia crecido como una cepa sin tutor, y mis sarmientos silvestres se extendian por el suelo sin direccion precisa. Tu sabes cuantos nobles impulsos se pierden en nosotros porque no los empleamos. Yo andaba errante como un alma en pena, aferrandome a todo, siendo aferrado por todo, pero siempre solo por un momento, y mis fuerzas, inutilles, se agotaban en vano. Sentia que en todas partes me faltaba algo, y sin embargo no lograba encontrar mi meta. Asi fue como el me encontro.

Durante mucho tiempo habia aplicado bastante arte y paciencia a su elemento, el llamado mundo cultivado, pero ese elemento hubiera seguido siendo piedra y madera, con forma humana por fuera en caso necesario, a mi Adamas no hubiera podido hacer nada con tales elementos; lo que el queria eran hombres, pero su arte le resultaba demasiado pobre para conseguirlos. Sabia perfectamente que habian existido alguna vez los hombres que buscaba, aquellos que su arte era incapaz de crear. Tambien sabia donde habian existido. Alli queria ir e interrogar a los escombros en busca de su genio, y hacer mas breves, con ayuda de este, sus dias solitarios. Se vino a Grecia. Asi lo encontré yo.

Todavia le veo avanzar hacia mi con su aire sonriente, todavia puedo escuchar su saludo y sus preguntas.

Estaba ante mi como una planta, cuya paz calma el espiritu en tension y devuelve al alma el simple contentamiento.

Y yo, ¿no era como el eco de su callado extasis? ¿No se repetian en mi las melodias de su ser? Yo me transformaba en lo que veia, y lo que veia era divino.

¡Y que incapaz es el mejor intencionado empeño de los hombres frente a la omnipotencia del entusiasmo sin fisuras!

Porque no se queda en la superficie, no se apodera de nosotros solo de vez en cuando, no necesita tiempo ni medio alguno, no necesita leyes, ni obligacion, ni persuasion; se apodera de nosotros por todas partes en un momento, igual en las profundidades que en las alturas, y antes de que notemos que esta ahí, antes de que preguntemos que nos pasa, nos ha transformado por completo en su belleza, en su felicidad.

¡Dichoso aquel que se cruzo en este camino con un noble espiritu en su temprana juventud!

¡Dias de oro inolvidables, llenos de las alegrías del amor y de dulces ocupaciones!

Tan pronto me introducía mi Adamas en el mundo de los heroes de Plutarco como en el mundo maravilloso de los dioses griegos, tan pronto imponía orden y tranquilidad, cuenta y razon, en mis impulsos juveniles, como subía conmigo a las montañas, de día para contemplar las flores de las praderas y del bosque y los musgos silvestres de las rocas, de

noche para mirar sobre nuestras cabezas las sagradas estrellas y, en la medida de lo que le es posible al hombre, tratar de comprenderlas.

Experimentamos un valioso sentimiento de bienestar cuando lo interior se refuerza de esta manera en su propia materia, se diferencia y se liga más fielmente, y nuestro espíritu se va armando poco a poco.

Pero cuando le sentía a él, y a mí mismo, con una fuerza triplicada, es cuando ambos, como manes del tiempo pasado, llenos de orgullo y de alegría, llenos de ira y de tristeza, subíamos al monte Athos y desde allí atravesábamos el Helosponto para descender a la costa de Rodas y a las gargantas de Tenaro, a través de todas aquellas tranquilas islas, y cuando la nostalgia, más tarde, nos impulsó a alejarnos de las costas y a penetrar en el sombrío corazón del viejo Peloponeso, por los solitarios márgenes del Eurotas... ¡Ah! esos valles muertos de la Eliada, de Nemea y de Olimpia donde, recostados en las columnas de algún templo del olvidado Jupiter, rodeados de rosas del laurel y siempre vivas, contemplábamos el salvaje lecho del río, y la vida de la primavera y el sol eternamente joven nos recordaban que también hubo hombres allí alguna vez, desaparecidos para siempre, que de la soberana naturaleza humana apenas queda allí algo más que el fragmento roto de un templo o una imagen de muerte en la memoria... Entonces me sentaba tristemente junto a él y, jugueteando, limpiaba el musgo del pedestal de un semidios, extraía de los escombros la espalda marmorea de un héroe, arrancaba las zarzas y malezas de un arquitrabe medio enterrado, mientras mi Adamas dibujaba el paisaje que como un consuelo amistoso rodeaba las ruinas: las colinas cubiertas de trigo, los olivos, el rebaño de cabras suspendido en las rocas de la montaña, el olmedo que se precipitaba en el valle desde las cumbres... y la lagartija jugaba a nuestros pies, y las moscas zumbaban a nuestro alrededor en la calma del mediodía... ¡Querido Belarmino, me gustaría contarte todo esto con la exactitud de un Nestor! Pero yo ando por el pasado como un espigador por entre los rastrojos cuando el amo del campo ya ha cosechado: recogiendo cada brizna de paja. ¡Y cuando estuve con él en las alturas de Delos, como sucedió un día, en que me estremecía cuando subimos juntos las viejas gradas de mármol que llevan a la muralla granítica de Cintho! Allí vivió antaño el dios del sol, entre fiestas celestiales con las que toda Grecia reunida le rodeaba en su esplendor, como una nube de oro. Igual que Aquiles en la Estigia, se sumergieron aquí los jóvenes griegos en las olas de la alegría y del entusiasmo para resurgir invencibles, como aquel semidios. En los bosques, en los templos despertaban y resonaban unas en otras sus almas, y cada una conservaba fielmente en sí sus maravillosos acordes.

Pero, ¿qué estoy contando de todo aquello? ¡Como si pudiéramos hacernos una idea de los que fueron aquellos días! ¡Ay!, bajo el peso de la maldición que nos abrumba no puede prosperar ni aun tan solo un bello sueño. Como el viento del norte que pasa aullando, devasta el presente las flores de nuestro espíritu y las mustia apenas abiertas. Y sin embargo, ¡qué día magnífico el que me rodeó, allá en el Cintho! Amanecía aun y ya estábamos arriba. Entonces surgió en su eterna juventud el viejo dios solar, contento y sereno, como siempre, voló hacia lo alto el Titan inmortal con sus mil alegrías propias, y sonrió sobre su desolado país, sobre su templo, sus columnas que el destino había derribado ante él como los pétalos de rosa marchitos que un niño al pasar, sin pensarlo, arranca del rosal y esparce por el suelo.

<<¡Se como él!>>, me dijo Adamas, cogiéndome de la mano y extendiéndola hacia el dios, y fue para mí como si los vientos matinales matinales nos arrastraran consigo y nos llevaran hasta el cortejo del ser sagrado que entonces ascendía hacia la cumbre del cielo, amistoso y enorme y nos lleno. Maravilloso, al mundo y a nosotros, con su fuerza y su espíritu.

Todavía se entristece y se regocija mi interior más profundo con cada palabra de las que entonces me dijo Adamas, y no comprendo mi miseria cuando a menudo me sucede lo que entonces tenía que sucederle a él. ¿Qué es el daño, cuando el hombre se encuentra así en su propio mundo? Todo está en nosotros. ¿Preocupa entonces al hombre que caiga un cabello de su cabeza? ¿Por qué busca la esclavitud cuando podría ser un dios? <<¡Tu estarás

solo, amigo mio!>> me dijo entonces Adamas tambien, <<seras como la grulla a la que sus hermanas abandonan en la estacion ruda mientras ellas buscan la primavera en el pais lejano>>.

¡Y eso, querido! Eso es lo que nos hace pobres en medio de toda riqueza, que no podamos estar solos, que el amor no muera en nosotros por mucho que vivamos. Devuelveme a mi Adamas y ven con todos mis semejantes para que el viejo y hermoso mundo se renueve en nosotros, para que nos concentremos y unamos en los brazos de nuestra diosa, la naturaleza, y ¡ya ves!, asi no sabre nada de la necesidad.

¡Pero que nadie diga que el destino nos separa! ¡Somos nosotros, nosotros! Gozamos lanzandonos a la noche de los desconocido, a la fria estrañeza de algun otro mundo, y, si fuera posible, abandonaríamos el territorio del soly nos abalanzariamos mas alla de las fronteras de los cometas. ¡Ay! Para el salvaje pecho del hombre no patria alguna posible; e igual que el rayo del sol, que agosta luego las plantas de la tierra que el mismo desarrollo, asi mata el hombre las dulces flores que crecian en su corazon, las alegrías de la afinidad y el amor.

Es como si guardara rencor a mi Adamas por haberme dejado, pero no le guardo rencor. ¡El queria volver!

Dicen que en lo profundo de Asia hay oculto un pueblo de rara perfeccion; a el le condujo la esperanza.

Yo le acompaño hasta Nios. Eran días amargos. Habia aprendido a soportar el dolor, pero para tal separacion no habia fuerzas en mi.

Cada instante que nos acercaba a la ultimam hora hacia mas evidente hasta que punto estaba aquel hobre entretejido con mi ser. Mi alma le retenia como un moribundo retiene el aliento que se le escapa.

Pasamos todabia algunos dias junto a la tumba de Homero, y Nios fue para mi la mas sagrada entre las islas.

Finalmente, nos separamos con un desgarrro. Mi corazon estaba cansado de la lucha. En el ultimo momento, yo estaba mas tranquilo. Me hincó de rodillas ante el, le abrace por ultima vez con estos brazos; <<¡dame tu bendicion, padre mio!>>, le dije en voz baja. Sonrio noblemente y su frente se ensancho ante las estrellas matutinas, y sus ojos perforaron los espacios celestes...<<¡Protegemelo>>, grito, <<vosotros, espíritus de un tiempo mejor, y elevadlo a vuestra inmortalidad, y todas vosotras, fuerzas bienhechoras del cielo y de la tierra, quedad con el!>>

<<Hay un dios en nosotros>>, añadió luego mas tranquilo, <<que dirige el destino como si fuera un arroyuelo, y todas las cosas son su elemnto. ¡Que este, ante todo, quede contigo!>> Asi nos separamos. ¡Adios querido Belarmino!

HIPERION A BELARMINO

¿A que otro sitio podria huir de mi, si no tuviera los dias queridos de mi juventud?

Como un espiritu que no encuentra ningun descanso en el Aqueronte, vuelvo a las regiones abandonadas de mi vida. Todo envejece y luego vuelve a rejuvenecer. ¿Por qué estamos excluidos nosotros del hermoso ciclo de la naturaleza? ¿O es valido tambien para nosotros ? Quisiera creerlo, pero hay en nosotros algo, la ambicion irresistible a ser todo, que, como el Titan del Etna, brota enojada desde las profundidades de nuestro ser.

Pero, a pesar de todo, ¿quién no prefiere sentir en si mismo como un aceite hirviente, que reconocerse nacido para el latigo y el yigo? ¿Qué es mas noble, un caballo de batalla furioso o un jamelgo de orejas colgantes?

Hubo un tiempo, querido amigo, en que mi pecho se encendia tambien con grandes esperanzas, en que tambien a mi golpeaba en los pulsos la alegría de la inmortalidad, en

que caminaba entre esplendidos proyectos como en la vasta noche de los bosques, en que, feliz como los peces del oceano, penetraba mas, cada vez mas, en mi futuro sin orillas. ¡Oh feliz natura! ¿Con que intrpidez salto el adolescente de tu cuna! ¡Como se alegraba con su armadura sin estrenar! Su arco estaba tenso y sus flechas crujian en el carjac, y los inmortales, los altos espíritus de la antigüedad, le guiaban, y su Adamas se encontraba entre ellos.

Alli donde fuera o estuviera me escoltaban esas formas magnificas; los grandes hechos de todas las epocas se confundian en mi pensamiento como llamas, e igual que en una tormenta se van uniendo entre si las gigantescas imágenes de las nubes del cielo, asi se unian, asi se transformaban en mi en una victoria infinita las cien diferentes victorias de las olimpiadas.

¿Quién es capaz de contener esto, a quien no derriba el esplendor terrible de la antigüedad como derriba un huracan los bosques juvenes, cuando se apodera de el, como lo hizo conmigo, y cuando le falta, como a mi, el elemento en que podria conseguir un sentimiento de su propia fuerza?

La grandeza de los antigüos, como una tempestad, me hizo doblegar la cerviz, elimino la sangre de mi rostroy, a menudo, cuando nadie me veia, caia al suelo en medio de mil lagrimas como un abeto derribado que yace junto al arroyo y esconde en la corriente su copa marchita. ¡Con que gusto hubiera comprado con sangre un solo momento de la vida de un gran hombre!

Pero ¿de que me sirvio? Nadie me queria.

Es lastimoso verse a si mismo aniquilado de esta forma; y aquel a quien a esto le resulte incomprendible, que no pregunte mas, y que de las gracias a la naturaleza que lo creo, como a las mariposas, para la alegria, que siga su camino y que no vuelva a hablar mas en su vida de dolor ni de desgracia.

Yo amaba a mis heroes como un mosquito la luz; buscaba su peligrosa proximidad, me alejaba volando, y de nuevo la buscaba.

Como un ciervo sangrante en medio del arroyo, me hundia a menudo de cabeza en el torbellino de la alegria para refrescar mi pecho ardiente y ahogar los magnificos sueños febriles de gloria y de grandeza, pero ¿de que servia?

Y cuando, a menudo, hacia la medianoche, el corazon abrasado me hacia bajar al jardin, entre los arboles empapados de rocío, y el arrullo de la fuente y el aire delicioso y la luz de la luna calmaban mis sentidos, y pasaban sobre mi las nubes plateadas, libres y apacibles, y desde la lejanía me llamaba la voz apagada de la pleamar, ¡que amistosamente jugaban entonces con mi corazon todos los grandes fantasmas de su amor!

<<¡Adios, seres celestiales!>>, me decia a menudo en mi interior cuando comenzaba a sonar sobre mi la suave melodía del amanecer, <<¡adios, muertos magnificos! ¡quisiera seguirus, quisiera sacudir de mi lo que me dio mi siglo e irrumpir en el reino mas libre de las sombras!>>

Pero gimo atado a la cadena y atrapo con amarga alegria la miserable copa que ofrecen a mi sed.

HIPERION A BELARMINO

Mi isla se me volvio demasiado estrecha despues de la partida de Adamas. Ya hacia tiempo que me aburría en Tina. Quería ver mundo

<<Ve primero a Esmirna>>, dijo mi padre, <<aprende alli las artes de la mar y de la guerra, aprende las lenguas de los pueblos civilizados y sus constituciones y opiniones, sus usos y costumbres, prueba todo y elige lo mejor...Despues, creo yo, podras ir mas lejos.>>

<<Aprende tambien a tener un poco de paciencia>> añadió mi madre; y le agradeci este consejo.

Es delicioso dar el primer paso fuera de los límites de la juventud; Cuando pienso en mi partida de Tina es como si pensara en el día de mi nacimiento. Era nuevo el sol que brillaba sobre mi y gozaba de la tierra, del mar y del aire como si fuera la primera vez.

La gran actividad con que me ocupe entonces en Esmirna de mi formación, y mis rápidos progresos, contribuyeron a calmar no poco mi corazón. Recuerdo también muchos ratos de feliz descanso en aquella época. ¡Que a menudo fui, bajo los árboles siempre verdes, a la orilla del Meles, al lugar donde nació mi querido Homero, y recogí flores y las eche, como una ofrenda, a la sagrada corriente! Después, en mis sueños apacibles, entraba en la cercana gruta donde, según se dice, cantaba el viejo su Iliada. Allí lo encontraba. Su presencia hacía enmudecer en mí todo sonido. Abría su divino poema y me resultaba tan vivo y distinto que era como si hasta entonces no lo hubiera conocido.

Me gusta recordar mis paseos por los alrededores de Esmirna. Es un país espléndido, y mil veces he deseado tener alas para volar una vez al año al Asia Mayor.

Dejando la llanura de Sardes trepe por las escarpadas aristas del Tmolus.

Había pasado la noche al pie del monte, en una cabaña acogedora, entre mirtos y perfumes de plantas de mirra; a mi lado, en las doradas aguas del Pactolo, jugaban los cisnes; un antiguo templo de Cibele, destacando de entre los olmos, brillaba en la clara luz de la luna como un tímido fantasma. Cinco gráciles columnas lloraban sobre las ruinas, y un pórtico majestuoso yacía hundido a sus pies.

Ahora ascendía mi sendero hacia la cima a través de mil matorrales en flor. De la escarpada pendiente colgaban árboles susurrantes y derramaban sobre mi cabeza sus tiernos copos.

Había partido de mañana. Al mediodía estaba en lo alto de la montaña. De pie, mirando al frente lleno de júbilo, respiraba el aire más puro del cielo. Fueron horas maravillosas.

Como un mar, yacía ante mí el país de donde venía, juvenil, lleno de alegría de vivir; era un inagotable y celestial juego de colores con el que la primavera saludaba a mi corazón, e igual que el sol del cielo se volvía a identificar con las mil modificaciones de la luz que le devolvía la tierra, mi espíritu se reconocía en la plenitud de la vida que le rodeaba y le asaltaba por todas partes.

A la izquierda se precipitaba hacia los bosques, gozoso como un gigante, el río, saltando desde las rocas marmoreas que colgaban sobre mi cabeza, donde el águila jugaba con sus crías, donde las cumbres nevadas brillaban apuntando al Eter azul; a la derecha se congregaban nubes tormentosas sobre los bosques de Sipila; yo no sentía la tormenta que las arrastraba, solo sentía un vientecillo en mis cabellos, pero oía sus truenos como se oye la voz del futuro y veía sus llamas como la luz lejana de la presentida divinidad. Volví hacia el sur y continué mi camino. Ante mí se extendía entera la tierra paradisíaca que riega el Caistro en sus bonitos meandros, como si no dispusiera del tiempo suficiente para disfrutar de todas las riquezas y delicias que le rodeaban. Como el céfiro, erraba mi espíritu encantado de belleza en belleza, desde el pueblecito desconocido y apacible que yacía allá abajo, al pie de la montaña, hasta donde se difumina la sierra de Messogis.

Volví a Esmirna como regresa un borracho del banquete. Mi corazón estaba demasiado rebosante de bienestar para no prestar algo de su sobrante a todo lo perecedero. Había capturado en mí con tanta felicidad la belleza de la naturaleza, que tenía que llenar con ella las lagunas de la vida humana. Mi miserable Esmirna, revestida de los colores de mi entusiasmo, parecía una novia. La urbanidad de sus ciudadanos me atraía. Lo absurdo de sus costumbres me divertía como la gracia de un niño, y como yo estaba, por naturaleza, por encima de todas las costumbres y formas establecidas, jugaba con unas y otras y las adaptaba y rechazaba como disfraces de carnaval.

Pero el único condimento que me sazonaba la insípida alimentación del trato cotidiano eran los pocos rostros y fisonomías agradables que la compasiva naturaleza envía de vez en cuando a nuestra oscuridad como estrellas que la iluminen.

¡Como se alegraba con ellas mi corazón! ¡Como creía yo en el significado de estos afectuosos jeroglíficos! Pero me sucedió con ellos como una primavera, hacia tiempo, con

los abedules. Había oído hablar de la sabia de estos árboles y pensaba, con admiración, que era una preciosa bebida la que debían proporcionar sus bellos troncos. Pero no había en ellos suficiente fuerza y espíritu.

¡Ah, y que desesperante era todo lo demás que escuchaba y veía!

Realmente me parecía a veces, cuando me encontraba entre aquellas gentes cultivadas, que la naturaleza humana se había disuelto en la enorme diversidad del reino animal. Como en todas artes, también eran allí los hombres especialmente degradados y corrompidos. Hay animales que aullan cuando oyen música. Estas gentes bien educadas, por el contrario, reían cuando se hablaba de belleza de espíritu y de juventud del corazón. Los lobos huyen cuando alguien enciende el fuego. Cuando aquellos hombres veían una chispa de razón volvían la espalda, como ladrones.

Si pronunciaba alguna vez frases cálidas, hablando de la antigua Grecia, bostezaban y me decían que había que vivir en los tiempos actuales, y algún otro sentenciaba que el buen gusto no se había perdido del todo.

Y de inmediato podía comprobarse. El uno cantaba chistes cuarteleros, el otro inchaba los carrillos y enhebraba una sarta de lugares comunes.

Otro, que se consideraba ilustrado, se burlaba del cielo y afirmaba que más valía pájaro en mano que ciento volando. Pero cuando se le hablo de la muerte, junto de inmediato las manos y poco a poco llevo la conversacion hasta hablar de lo peligrosa que era la actual incapacidad de nuestros sacerdotes.

Los únicos a los que a veces escuchaba eran los narradores, archivos vivientes de nombres de ciudades y países extranjeros, cajas de vistas parlantes donde lo mismo pueden verse potentados a caballo que iglesias y mercados.

Finalmente me cansé de volcarme buscando uvas en el desierto y flores en los ventisqueros. Viva entonces preferentemente solo, y el carácter afable de mi juventud desapareció de mi alma casi por completo. Lo incurable del siglo, o las cosas que cuento y por otras que em callo, se me había hecho evidente, y el hermoso consuelo de encontrar mi mundo en un alma, de abrazar a mi especie en una criatura amiga, me faltaba también.

¡Querido!, ¿qué sería la vida sin esperanza? Una chispa que salta del carbón y se extingue, o como cuando se escucha en la estación desapacible una rafaga de viento que silva un instante y luego se calma, ¿eso seríamos nosotros?

La misma golondrina busca un país más hospitalario en el invierno, la fiera merodea en el calor del día y sus ojos buscan una fuente. ¿Quién dice al niño que la madre no le rechazara su pecho? Y ya ves, sin saberlo la busca.

Nada viviría si no tuviera esperanzas. Mi corazón guardaba entonces sus tesoros, pero solo para conservarlos para tiempos mejores, pare ese alguien único, sagrado, fiel, que con seguridad, en algún periodo de mi existencia, acabaría encontrando mi alma sedienta.

¡Que feliz me unía a ese ser a menudo cuando, en horas de anhelo, jugueteaba en torno de mi frente aliviada, como la luz de la luna! ¡Ya entonces te conocía, ya entonces me contemplabas desde las nubes como un genio, tu, la que surgiste una vez de las revueltas olas del mundo en la calma de tu belleza! Entonces dejaría de luchar y de inflamarse este corazón.

Igual que un lirio que se balancea en el aire callado, así se mecía mi ser en su elemento, en el fascinador soñar con ella.

HIPERION A BELARMINO

A partir de entonces ya no me apetecía seguir en Esmirna. Además, mi corazón se había ido cansando poco a poco. A ratos, todavía podía apoderarse de mí el deseo de recorrer el mundo o de enrolarme en una buena guerra, o el de buscar a mi Adán para abrasar en su fuego mi melancolía, pero en eso quedaba todo, y mi vida, prematuramente marchita, no quería volver a recobrar nunca más su frescor.

Faltaba poco para que terminara el verano; yo presentía ya los tenebrosos días de la lluvia, el silbar de los vientos y el rugir de los torrentes, y la naturaleza, que como una fuente

espumeante habia penetrado en todas las plantas y arboles, ante mi espiritu sombrio se replegaba, se cerraba y desaparecia en si misma, igual que yo.

Pero yo queria llevar conmigo todo lo que pudiera de esta vida que huia, todo aquello que me habia sido amable en el exterior queria introducirlo en mi, pues estaba seguro de que el año siguiente no me encontraria bajo aquellos arboles y aquellos montes, y por eso recorria yo entonces, a pie o a caballo, con mas asiduidad que de costumbre, toda la region.

Pero lo que me impulsaba a salir era, sobre todo, el secreto deseo de ver a una persona a quien, desde hacia algun tiempo, encontraba todos los dias bajo los arboles cada vez que pasaba por la puerta de la ciudad.

Como un sombrio titan avanzaba el soberbio extranjero entre el genero de los enanos que se deleitaban con huraña alegria contemplando su belleza, midiendo su talla y su fuerza y disfrutando con mirada furtiva de aquella tostada e incandescente cabeza de romano, como de un fruto prohibido; y cada vez era un hermoso momento aquel en que los ojos de este hombre, para cuya mirada el libre Eter parecia demasiado angosto, buscaban e indagaban, sin la menor altaneria, hasta que se encontraba con mis ojos, y, sonrojandonos, nos mirabamos y pasabamos el uno junto al otro.

Una vez que me habia internado yo profundamente en los bosques de Mimas, volvia ya de atardecida. Habia descabalgado y llevaba de la brida a mi caballo por un estrecho y empinado sendero cubierto de ramas y raices, al encaminarme asi entre los arbustos hacia el abismo que se abria a mis pies, cayeron de pronto sobre mi dos bandoleros caraborniotas y me costo trabajo, en el primer momento, contener sus sables desenvainados; pero como ya estaban cansados por otra empresa anterior, conseguí salir con bien del apuro. Volvi a montar tranquilo en el caballo y seguí mi descenso.

Al pie del monte, en medio de los bosques y de las rocas hacinadas, llegué a un pequeño prado. De pronto se lleno de luz. La luna acababa de aparecer sobre los oscuros arboles. A alguna distancia vi unos caballos echados en el suelo y a unos hombres tumbados junto a ellos sobre la hierba.

<<¿Quién sois?>>, les grite.

<<¡Es Hiperion!>>, exclamo una voz llena de gozosa sorpresa.<<Tu me conoces>>, continuo diciendo aquella voz; <<todos los dias te encuentro bajo los arboles a la puerta de la ciudad>>.

Mi caballo volo como una flecha hacia el. La luz de la luna iluminaba su rostro. Le reconocí y salte a tierra.

<<¡Buenas noches!>>, me dijo aquel fuerte amigo, que me contemplo con mirada a un tiempo tierna y salvaje, y estrecho con sus manos vigorosas las mias de forma que en mi interior percibi el sentido de lo queria comunicarme.

¡En aquel momento acabo la insignificancia de mi vida!

Alabanda, que asi se llamaba el extranjero, me conto que el y su criado habian sido atacados por unos bandoleros, que los dos con que yo tropecé habian sido puestos en fuga por el, que habia perdido el camino para salir del bosque y por eso se le habia echo necesario quedarse en aquel sitio, donde yo les encontré.<<He perdido un amigo en este asunto>>, añadió, mostrandome su caballo muerto.

Di el mio a su criado y continuamos el camino a pie.

<<Nos esta bien empleado>>, dije mientras saliamos del bosque cogidos del brazo; <<¿por qué lo hemos dudado tanto tiempo y hemos pasado siempre de largo? Ha sido necesario que un accidente nos uniera>>.

<<Sin embargo, debo decirte>>, contesto Alabanda, <<que tu eres el mas culpable, el mas frio. Hoy cabalgaba yo tras tus pasos>>.

<<¡Amigo mio!>>, exclame, <<¡presta atencion! En amor no conseguiras nunca aventajarme>>.

Cada vez nos sentiamos mas unidos y mas alegres estando juntos.

Cerca ya de la ciudad llegamos a un bien construido kan, que descansaba junto al rumor de las fuentes, entre frutales y olorosas praderas.

Decidimos pasar la noche allí. Todavía estuvimos sentados largo rato junto a las ventanas abiertas. Una elevada calma espiritual nos envolvía. Tierra y mar callaban, radiantes, como las estrellas suspendidas sobre nosotros. Apenas llegaba desde el mar a nuestra habitación un vientecillo que jugaba tiernamente con la llama de nuestra lámpara, o penetraban hasta nosotros los tonos más potentes de una lejana música, mientras una nube tormentosa se balanceaba en el lecho del Eter, y de vez en cuando resonaba a lo lejos a través de la calma, como un gigante dormido cuando más fuerte respira en sus terribles sueños.

Nuestras almas tenían que atraerse con tanta más fuerza porque hasta entonces habían estado cerradas contra nuestra voluntad. Nos encontrábamos como dos torrentes que ruedan desde lo alto del monte y echan fuera de sí la carga de tierra y piedras y madera podrida y el inerte caos que los frena para abrirse paso el uno hacia el otro y llegar a confluír en aquel punto donde, atrapándose uno al otro con la misma fuerza, unidos en una sola corriente majestuosa, comienza su peregrinaje hacia el inmenso mar.

El, expulsado por el destino y la barbarie de los hombres de su propia casa, viviendo entre extranjeros, lleno de amargura y fiereza desde su temprana juventud y, sin embargo, en lo profundo de su corazón lleno de amor, lleno de deseo de atravesar su ruda corteza para acceder a un elemento más amigo; yo, tan alejado en mi interior ya de todo, tan extraño y solitario con toda mi alma entre los hombres, tan ridículamente acompañado en las más queridas melodías de mi corazón por el sonar de los cascabeles del mundo; yo, antipático para todos los ciegos y paráliticos y, sin embargo, demasiado ciego y parálitico para mí mismo, tan sobrecargado en mi mismo corazón de todo lo que, aunque fuera de lejos, me asemejara a los listos y a los razonadores, a los bárbaros y a los ingeniosos, y tan lleno de esperanza, tan lleno solo de la espera de una vida más hermosa...

¿No deberíamos, dos jóvenes así, caer el uno en brazos del otro con prisa alegre y tormentosa?

¡Oh tú, mi amigo y compañero de lucha, mi Alabanda! ¿Dónde estás? Casi llego a creer que has ascendido hasta el país desconocido de la calma, que has vuelto a ser lo que antes fuiste, cuando los dos éramos niños.

A veces, cuando una tormenta pasa sobre mi cabeza y reparte sus divinas fuerzas entre los bosques y los sembrados, o cuando las olas del mar juegan entre sí, o un coro de águilas se eleva en torno a la cima de la montaña por la que camino, mi corazón palpita como si mi Alabanda no estuviera lejos; pero donde más seguro, actual e inconfundible vive, es en mí, enteramente tal como era antes, un acusador ardiente, el más severo y terrible, cuando hablaba de los pecados del siglo. ¡Como despertaba entonces mi espíritu desde sus profundidades! ¡Como se me venían a los labios palabras como truenos de justicia implacable! Como mensajeros de la Nemesís recorrían nuestros pensamientos la tierra y la limpiaban hasta que no quedaba sobre ella rastro alguno de maldición.

También convocábamos al pasado ante nuestro tribunal; la orgullosa Roma no nos asustaba con su poderío; Atenas no nos sobornaba con su florecimiento juvenil.

Como tormentas cuando se alborozan y abanzan sin reposo sobre bosques y montañas, así se disparaban nuestras almas en proyectos colosales; no es que hubiéramos creado, de una forma inhumana, nuestro mundo, como con una palabra mágica, y esperando infantil e inexperimentadamente no encontrarnos con ninguna resistencia; Alabanda era demasiado razonable y valiente para ello. Pero a menudo el entusiasmo menos sujeto a trabas es también belicoso y prudente.

Hay un día que sigue estando siempre presente en mí.

Habíamos ido juntos al campo, estábamos sentados confidencialmente a la sombra del siempre verde laurel y leíamos juntos aquel pasaje de Platón en que habla de manera tan maravillosamente sublime del envejecimiento y del rejuvenecer; de vez en cuando nuestros

ojos descansaban en el paisaje mudo y sin hojas, donde el cielo, mas hermoso que nunca, jugaba con las nubes y con el brillo del sol en torno a los arboles dormidos del otoño. Luego hablabamos un rato sobre la Grecia actual, ambos con el corazon sangrante, pues ese suelo profanado era tambien la patria de Alabanda.

Alabanda estaba realmente mas agitado que de costumbre.

<<Cuando contemplo a un niño>>, exclamo, <<pienso lo ignomioso y corruptor del yugo que ha de llevar y que vivira en la indigencia, como nosotros, que buscara, como nosotros, por lo bello y verdadero, que acabara por pasar sin dar fruto porque estara solo, como nosotros, que..., ¡oh, sacad a vuestros hijos de la cuna y tirarlos al rio, al menos para sustraerlos a vuestra vergüenza!>>

<<Seguro, alabanda>>, le dije, <<seguro que las cosas acabaran cambiando>>.

<<¿Y como?>>, respondio; <<los heroes han perdido su fama y los sabios sus discipulos. Los grandes hechos, cuando no son asumidos por un pueblo noble, no son mas que un golpe violento en una frente sorda, y las mas altas palabras, cuando no resuenan en corazones igualmente elevados, como una hoja muerta cuyo rumor se hunde en el barro. ¿Qué quieres hacer?>>

<<Quiero>>, le dije, <<empuñar la pala y arrojar la inmundicia a un foso, Un pueblo en el que el espiritu y la grandeza no engendran ya ni espiritu ni grandeza, no tiene ya nada en comun con otros que todavia son hombres, no tiene ya ningun derecho y es una vacia bufonada, una supersticion, pretender honrar todavia a tales cadaveres faltos de voluntad, como si hubiera en ellos un corazon romano. ¡Fuera con ellos! No puede quedarse donde esta el arbol seco y podrido, porque roba luz y aire a la vida joven que madura para un mundo nuevo>>.

Alabanda volo hacia mi, me abrazo y sus besos me llegaron hasta el alma. <<¡Hermano de armas!>>, dijo, <<¡mi querido hermano de armas! ¡Ojala tuviera en este momento un centenar de brazos!

>>Por fin oigo por una vez mi misma melodía>>, continuo con una voz que conmovia mi corazon como un grito de guerra; <<¡no hace falta nada mas! Has dicho palabras magnificas. Pues, ¿qué?, ¿debe depender el dios del gusano? El dios que hay en nosotros, al que se le abre la infinitud como un camino, ¿debe estar quieto y esperar hasta que el gusano le ceda el paso? ¡No, no! ¡No se os pregunta si quereis! ¡ Vosotros, esclavos y barbaros, no querreis nunca! Tampoco se pretende mejoraros, ¡no tendria sentido!; solo pretendemos ocuparnos de que no impidais la marcha triunfal de la humanidad. ¡Oh, que me enciendan una antorcha, que me prepare alguien la azada, que voy a arrancar de la tierra las cepas inutilés!>>

<<Si es posible, las apartaremos suavemente a un lado>>, le dije yo entonces.

Alabanda se callo un momento.

<<Mi alegría esta en el futuro>>, proseguio al fin, tomando fogosamente mis manos.

<<Gracias a Dios no tendre un final comun! Ser feliz significa en el habla de los criados tener sueño. ¡Ser feliz! Cuando me hablais de ser feliz es como si tuviera papilla y agua tibia en la boca. Tan estupidas y barbaras son todas esas cosas a las que sacrificais vuestros laureles, vuestra inmortalidad

<<Oh luz sagrada que sin descanso actúas en tu inmenso reino, que marchas alla arriba sobre nuestras cabezas y cuya alma se me comunica a mi tambien en los rayos que bebo, ¡que tu dicha sea la mia!

>>De tus hechos se alimentan los hijos del sol; viven de la victoria; con el espiritu se alientan mutuamente y su fuerza es la alegría.>>

El espiritu de este hombre se apoderaba de uno a menudo de tal forma que daban ganas de avergonzarse, pues uno se sentia arrastrado por el como una pluma.

<<¡Oh cielos y tierra>>, exclame, <<esto es alegría! Estos son otros tiempos, este no es el tono de mi siglo pueril, este no es el suelo donde el corazon del hombre jadea bajo la fusta de su arriero. ¡Si! ¡Si, con tu alma magnífica de hombre, tu y yo salvaremos a la patria.>>

<<Eso quiero>>, replico, <<o morir>>.

A partir de aquel día nos hicimos cada vez más entrañables y queridos el uno para el otro. Una seriedad profunda, indescriptible, se apoderó de nosotros. Pero no por ello éramos menos felices cuando estábamos juntos. Cada cual vivía solo en los tonos fundamentales y eternos de su ser, y avanzábamos sobriamente, de una gran armonía a otra. Nuestra vida común estaba llena de un rigor y una audacia magníficos.

<<¿Por qué te has vuelto tan taciturno?>>, me preguntó una vez Alabanda mientras sonreía. <<En las regiones más cálidas>>, le respondí, <<cerca del sol, tampoco cantan los pájaros>>.

Pero todo tiene sus altibajos en este mundo y el hombre, con toda su fuerza de gigante, no es capaz de impedirlo. Una vez vi a un niño que tendía su mano para atrapar la luz de la luna; pero la luz prosiguió tranquilamente su camino. Así estamos nosotros, y aspiramos a detener el pasajero destino.

¡Oh, quien fuera capaz únicamente de contemplarlo tan tranquila y sensatamente como la marcha de los astros!

Cuanto más feliz eres, menos cuesta condenarte al abismo, y los días felices como los que vivimos Alabanda y yo son como una cima de rocas escarpadas donde basta que te roce tu compañero de viaje para que te precipites sobre las rocas cortantes en el abismo profundo. Hemos hecho un soberbio viaje a Quíos y hemos experimentado mil alegrías. Como brisas sobre la superficie del mar reinaban sobre nosotros los amistosos encantos de la naturaleza. Con alegre sorpresa nos mirábamos uno a otro sin decir palabra, pero los ojos decían: <<¡Nunca te he visto así!>> Tan magnificados estábamos por las fuerzas de la tierra y del cielo.

Durante la travesía seguimos discutiendo con sereno ardor sobre algunos asuntos; como de costumbre, también en aquella ocasión se alegró mi corazón viendo aquel espíritu en su ruta loca y audaz, por la que se aventuraba tan desprovisto de reglas, tan lleno de una libre alegría, y no obstante, por lo general, tan seguro.

<<No puedes convencer a nadie>>, le dije entonces con íntima devoción; <<tu persuades, seduces a los hombres antes de abrir la boca; cuando hablas no es posible la duda, y el que no duda no puede ser convencido>>.

<<Orgulloso adulador>>, contesto, <<¡estas mintiendo! ¡Pero está bien que me lo adviertas! Ya me has hecho volverme irracional con demasiada frecuencia. Ni por todos los imperios quisiera librarme de ti, pero a menudo me inquieta el hecho de que te me vuelvas tan indispensable, de estar tan atado a ti; y mira>>, continuo, <<¡ya que soy enteramente tuyo, es preciso que sepas también todo de mí! ¡Hasta ahora, en medio del esplendor y la gloria, no hemos pensado en volvernos hacia el pasado>>

Entonces me hablo de su destino; escuchándole, era como si viera a un joven Hércules en lucha con Megeria.

<<¿Me perdonarás ahora>>, concluyó el relato de sus desdichas, <<estarás más tranquilo a partir de ahora cuando, como a menudo me sucede, me vuelva rudo, agresivo e insoportable?>>

<<¡Oh, calla, calla!>>, exclame, interiormente conmovido; <<¡mientras estes ahí, mientras te conserves para mí...!>>

<<¡Si, para ti!>>, dijo; <<y me alegra de todo corazón comprobar que soy, por tanto, un alimento aceptable para ti. Y si a veces tengo sabor a manzana silvestre, exprímeme hasta convertirme en bebida.>>

<<¡Dejame, dejame!>>, exclame; pero me resistía en vano; aquel hombre había de mí un niño y yo no se lo ocultaba; vi mis lágrimas y ¡ay de él si no hubiera debido verlas!

<<Nos abandonamos al goce>>, intervino de nuevo Alabanda, <<y matamos el tiempo con esta embriaguez>>.

<<Estamos pasando juntos nuestra luna de miel>>, dije bromeando, <<asi que es normal que todo suene aun como si estubieramos en Arcadia. ¡Pero volvamos a nuestra conversacion anterior!>>

<<Me parece que tu concedes demasiado poder al Estado. Este no tiene derecho a exigir lo que no puede obtener por la fuerza. Y no se uede obtener por la fuerza lo que el amor y el espiritu dan. ¡Que no se le ocurra tocar eso o tomaremos sus leyes y las clavaremos en la picota! ¡Por el cielo!, no sabe cuanto peca el que quiere hacer del Estado una escuela de costumbres. Siempre que el hombre ha querido hacer del estado su cielo, lo ha convertido en su infierno.

>>El Estado no es mas que la ruda corteza que envuelve el meollo de la vida. Es el muro que rodea el jardin de los frutos y flores humanos.

>>ero ¿de que sirve el muro que rodea el jardin cuando el suelo esta seco? En ese caso, la unica ayuda es la lluvia del cielo.

>>¡Oh lluvia del cielo! ¡Oh entusiasmo! Tu volveras a traernos la primavera de los pueblos. A ti no puede hacerte nacer el Estado. Pero si el no te lo impide, vendras; vendras con tus voluptuosidades todopoderosas, nos envolveras en nubes de oro y nos alzaras sobre la condicion mortal y nos asombraremos y preguntaremos si todavia somos nosotros aquellos desvalidos que preguntabamos a los astros si en ellos floreceria aun para nosotros la primavera...¿Me preguntas cuando llegara? Cuando la preferida del tiempo, la mas joven, la mas hermosa hija del tiempo, la nueva Iglesia, surja de entre esas formas manchadas y viejas, cuando el despertar del sentimiento de lo divino devuelva al hombre su divinidad y a su pecho la hermosa juventud, cuando...no puedo anunciarlo, pues apenas lo presiento, pero es seguro que llegara, seguro. La muerte es una mensajera de la vida, y el hecho de que durmamos ahora en nuestros hospitales es señal de que pronto nos despertaremos sanos. ¡Enconces seremos; entonces habremos encontrado el elemento de los espiritus!>> Alabanda callo, y durante un instante me contemplo asombrado. Yo estaba exaltado por ilimitadas esperanzas; fuerzas divinas me arrastraban como a una nube...

<<¡Ven!>>, le dije, y cogi a Alabanda de la ropa. <<¡Ven! ¿Quién podria soportar mas tiempo en el calabozo que nos envuelve con sus tinieblas?>>

<<¿A dónde, visionario?>>, contesto secamente Alabanda, y por su rostro parecia deslizarse un sombra de burla.

Yo me encontré como caido de una nube. <<¡Vete!>>, dije, <<¡eres un ser mezquino!>>

En aquel mismo momento entraron unos extranjeros en la habitacion, extraños tipos, casi todos flacos y palidos, al menos tal me lo parecieron a la luz de la luna, tranquilos, pero con algo en su aspecto que penetraba en el alma como una espada, y era como si se stubiera delante de la omnisapiencia; se hubiera tenido la duda de si su aspecto exterior no corresponderia a naturalezas miserables, a no ser por las huellas que en ellos habia dejado la sensibilidad aniquilada.

Uno especialmente me impresiono. La calma de sus rasgos era la calma de un campo de batalla. La ira y el amor se habian desencadenado sobre aquel hobre y la razon brillaba sobre las ruinas del sentimiento como el ojo de un gavilan posado sobre palacios destruidos. Sus labios denotaban profundo desprecio. Se notaba que aquel hombre no podia ocuparse de nada de poca importancia.

Otro podia deber su calma mas bien a una dureza natural de su corazon. No se encontraba en el apenas rastro alguno de violencia debido a su propia fuerza o al destino.

Un tercero parecia haber arrancado a la vida su frialdad mas por la fuerza de la conviccion y estar todavia a menudo en lucha consigo mismo, pues habia una contradiccion secreta en su ser, y me parecia como si tuviera que autovigilarse. Fue el que menos hablo.

Alabanda salto como un muelle de acero al entrar ellos.

<<Te buscabamos>>, exclamo uno del grupo.

<<Me habriais encontrado>>, dijo riendo Alabanda, <<aunque me escondiera en el centro de la tierra. Son amigos mios>>, añadió volviendose hacia mi.

Me pareció que observaban mi mirada con bastante atención.

<<Este es también uno de esos que quisieran mejorar el mundo>>, dijo Alabanda al cabo de un rato, señalándome.

<<¿Hablas en serio?>>, me pregunto uno de los tres.

<<Mejorar el mundo no es ningún chiste>>, dije yo.

<<¡Has dicho mucho en pocas palabras!>>, grito uno de ellos. <<¡Tu eres de los nuestros!>>, añadió otro.

<<¿También vosotros pensáis como yo?>>, pregunte.

<<¡Pregunta que hacemos!>>, fue la respuesta.

<<¿Y si lo preguntara?>

<<Te diríamos que estamos aquí para limpiar la tierra, que quitamos las piedras de los campos y desacemos los duros terrones con la azada, que labramos surcos con el arado para atacar a la mala hierba de raíz, para cortarla de raíz, para arrancarla con raíces y todo para que se seque con el fuego del sol.>>

<<No es que pretendamos cosechar>>, añadió otro; <<la paga nos llegara demasiado tarde, tampoco para nosotros madurara la cosecha.

>>Estamos en el declinar de nuestros días. A menudo nos equivocamos, tuvimos muchas esperanzas y actuamos poco. Preferimos arriesgar que reflexionar. Queríamos llegar pronto al fin y confiamos en la suerte.

Hablábamos mucho de alegría y dolor y amábamos y odiábamos ambas cosas. Jugábamos con el destino y el hizo lo mismo con nosotros. Nos elevó y nos hundió desde el trono hasta el cayado del mendigo. Nos sacudió como se hace con un incensario humeante, y humeamos hasta que el carbón se transformó en ceniza. Dejamos de hablar de felicidad y de mala suerte. Hemos pasado ya la mitad de la vida en que esta verdea y caliente. Pero lo que sobrevive a la juventud no es lo peor. La fría espada se forja con metal caliente.

También se dice que el mosto que se cosecha en los volcanes apagados y muertos no es de los peores.>>

<<No decimos esto por nuestro bien>>, exclamo otro entonces con mayor viveza, <<sino por el tuyo. Nosotros no mendigamos corazones humanos. Pues no necesitamos ni el corazón ni la voluntad del hombre. Porque en ningún caso están en contra nuestra, ya que todo está a nuestro favor, los sabios y los locos, los simples y los instruidos y todos los vicios y todas las virtudes de la barbarie y de la cultura están, aunque no a sueldo nuestro, si a nuestro servicio, y colaboran ciegamente en la consecución de nuestros fines. Únicamente quisieramos que alguien gozara con todo ello, por eso buscamos entre los miles de auxiliares ciegos a los mejores, para transformarlos en auxiliares videntes. Pero si nadie quiere habitar lo que nosotros construimos, no es culpa nuestra ni nos molesta. Hemos hecho lo que teníamos que hacer. Si nadie quiere cosechar donde nosotros labramos, ¿quién nos lo reprochara? ¿Quién maldice el árbol cuando su fruto cae al cieno? A menudo me he dicho a mi mismo: “estas haciendo sacrificios a la podredumbre”, pero, a pesar de todo, acababa mi trabajo cotidiano.>>

<<¡Son unos impostores!>>, gritaban todas las paredes a mi sensibilidad. Me sentía como alguien a punto de ahogarse en medio del humo, que derriba puertas y ventanas para lograr salir afuera; tal era mi sed de aire y de libertad.

También ellos se dieron cuenta pronto del desagrado de mi ánimo y se retiraron. El día despuntaba ya cuando salí del kan donde habíamos estado juntos. Yo sentía el soplo del aire matutino como bálsamo en una llaga ardiente.

El tono burlón de Alabanda me había irritado ya demasiado para que sus misteriosos amigos no me hicieran dudar por completo de él.

<<Es malo>>, exclame; <<si, es malo. Finge una confianza ilimitada y vive con tales gentes...y te lo oculta>>.

Sentía lo mismo que una novia cuando se entera de que su amado hace vida común con una ramera.

¡Ah, no era uno de esos dolores que se pueden cobijar, que se llevan en el corazón como a un hijo y que en la penumbra cantan con tonos de jilgero!

Como una serpiente furiosa que trepa inexorable por rodillas y caderas, enlaza todos los miembros del cuerpo y luego hunde sus dientes venenosos en el pecho y luego en la nuca, así era mi dolor, así me ahogaba con su terrible abrazo. Pedía ayuda a lo más elevado de mi corazón, invoque grandes pensamientos para seguir todavía tranquilo, lo conseguí durante algunos instantes, pero en seguida mi cólera era mayor, en seguida mate, como se apaga un incendio, toda chispa de amor en mí.

<<¡Así tiene que ser>>, pensaba; <<esas son sus gentes, tiene que estar confabulado con ellos contra ti! ¿Y que quiere de ti? ¿Qué puede buscar en ti, en un exaltado? ¡Ojalá hubiera seguido su camino! ¡Pero a esta gente le gusta entretenerse con su opuesto! ¡Tener en su establo un animal extraño les satisface...!>>

¡Y, sin embargo, había sido inexplicablemente feliz con él, me había hundido con tanta frecuencia en sus abrazos para despertar de ellos con el pecho invulnerable, me había endurecido y purificado en su fuego, como el acero!

Cuando una vez, en la cálida medianoche, le señale los dioscuros, Alabanda puso su mano sobre mi corazón y dijo: <<Solo son estrellas, Hiperión; solo letras con las que está escrito en el cielo el nombre de los héroes fraternales; ¡pero ellos están en nosotros!, vivos y verdaderos, con su valor y su amor de dioses, y tú, tú eres el hijo de los dioses, y compartes tu inmortalidad con tu Castor mortal!>>

Otra vez, recorriendo con él los bosques de Ida, bajamos al valle para preguntar en él a los callados tumulos mortuorios por sus muertos, y le dije a Alabanda que quizá, entre los tumulos, alguno podría pertenecer al espíritu de Aquiles y su amado, y Alabanda me confió como a menudo volvía a ser como un niño y pensaba que un día caeríamos en un mismo campo de batalla y descansaríamos juntos bajo un mismo árbol... ¿Quién hubiera imaginado entonces esto?

Me dediqué a reflexionar con toda la fuerza de espíritu de que era capaz, y le defendía, y de nuevo le acusaba con mayor amargura; me resistía a mis pensamientos, quería serenarme, pero con ello solo conseguía hundirme de nuevo por completo en las tinieblas.

¡Oh sí! Mis ojos habían sido heridos por tantos puñetazos; apenas comenzaban a curar, ¿cómo podía esperarse de ellos una mirada más sana?

Al día siguiente Alabanda me visitó. Mi corazón hervía cuando él entro, pero me contuve, aunque su orgullo y su calma me irritaban y acaloraban.

<<El aire está esplendido>>, dijo al fin, <<y la noche va a ser muy hermosa; ¡vayamos juntos a la acrópolis!>>

Yo acepté. Durante un buen rato no dijimos ni una sola palabra. <<¿Qué quieres?>>, pregunté al fin.

<<¿Y tú me lo preguntas?>>, contestó aquel hombre feroz, con una melancolía que me llegó al alma. Yo estaba conmovido, turbado.

<<¿Qué debo pensar de ti?>>, pregunté de nuevo.

<<Piensa que soy lo que soy>>, contestó con tranquilidad.

<<Tienes que disculparte>>, dije con voz alterada, mirándole con orgullo; <<¡disculpate!, ¡purifícate!>>

Aquello fue demasiado para él.

<<¿Cómo es posible?>>, exclamo irritado, <<que este quiera tratarme según su capricho? Es verdad, deje demasiado pronto la escuela, sacudi y rompi todas las cadenas, pero aun faltaba una, aun había que romper una, todavía no me había fustigado nunca un cazador de grillos... ¡Protesta si quieres! ¡Ya he callado demasiado tiempo!>>

<<¡Oh Alabanda, Alabanda!>>, exclame.

<<¡Calla>>, contestó, <<y no utilices mi nombre como un puñal contra mí!>>

Entonces me ganó por completo el malhumor. No descansamos hasta que fue casi imposible una retirada. Destrozamos brutalmente el jardín de nuestro amor. A menudo nos

parabamos y callabamos, y nos hubieramos lanzado tan a gusto uno al cuello del otro llenos de alegría..., pero el funesto orgullo ahogaba todo grito de amor que subiera del corazón.

<<¡Adios!>>, grite al fin, y sali corriendo. Pero, involuntariamente, me volvi, e involuntariamente, Alabanda me habia seguido.

<<¿No es verdad, Alabanda>>, le dije, <<que es un extraño mendigo el que tira al arroyo su ultima moneda?>>

<<Si es asi, que se muera de hambre>>, contesto, y se fue.

Vacilante, segui mi camino, llegue hasta el mar y contemple las olas... ¡Ay!, mi corazón queria hundirse alla abajo y mis brazos volar hacia el aire libre; pero pronto, como caido del cielo, descendio sobre mi un espiritu mas dulce y puso orden con su tranquila vara en mi animo indomable y suficiente; entonces reflexione con mas calma en mi destino, en mi fe en el mundo, en mis tristes experiencias, y considere al hombre tal como lo habia descubierto y reconocido desde mi temprana juventud, en multiples aprendizajes, y en todas partes encuentre disonancias sordas o estridentes; solo en la simple limitacion de la infancia encuentre todavia las melodias puras... <<Es mejor, me dije, convertirse en abeja y construir su casa con inocencia que reinar con los dueños del mundo y aullar con ellos como los lobos, mejor que domesticar pueblos y ensuciarse las manos en esa materia impura>>; queria volver a Tina para vivir en mis huertos y campos.

¡Sonries! Para mi era un asunto muy serio. ¿Por qué, si la vida del mundo consiste en la alternancia del desarrollo y del repliegue, en huida y vuelta a si mismo, por que no tambien el corazón del hombre?

Sin duda el nuevo aprendizaje me resultaba duro, sin duda me aparte a disgusto del orgulloso error de mi juventud -¿quién se corta con gusto las alas a si mismo?- , ¡pero no habia mas remedio, tenia que ser asi!

Lo logre. Por fin conseguí embarcarme. Un viento fresco de montaña me saco del puerto de Esmirna. Con una calma maravillosa, como un niño que nada sabe del instante proximo, yacia en mi barco y contemplaba los arboles y mezquitas de aquella ciudad, mis verdes paseos junto a la orilla, mi sendero hacia la acropolis, veia todo eso y lo dejaba alejarse cada vez mas; pero cuando llegue a alta mar y todo se fue hundiendo y desapareciendo como un ataúd en la fosa, entonces fue como si mi corazón se hubiera partido... <<Oh cielos!>>, exclame, y toda la vida que habia en mi se despertó e intento retener el presente que huía, pero ya estaba lejos, lejos.

Ante mi se extendia, como una bruma, el pais celeste que habia recorrido en todas direcciones, como un corzo libre entre los pastos, por valles y montes, y habia llevado el eco de mi corazón a sus manantiales y a sus arroyos, a las lejanias y a las profundidades de la tierra.

Hasta alli, hasta el Tmolo habia llegado, inocente y solitario; alli abajo, donde antaño estubo Efeso y su juventud feliz, Teos y Mileto, hasta alli arriba, hasta la sagrada y triste Troya, habia llegado con Alabanda y, como un dios, habia reinado sobre el y, como un niño, cariñoso y creyente, habia obedecido a su mirada, con alegría en el alma, con jubiloso e interno gozo de su ser, siempre feliz, lo mismo cuando sujetaba la brida de su caballo que cuando, elevado por encima de mi mismo, en esplendidas decisiones, en audaces pensamientos, en le fuego de la conversacion, unia mi alma con la suya.

Y ahora se habia acabado; yo ya no era nada; irremediabilmente me habian despojado de todo, me habia convertido en el mas pobre de los hombres, y ni siquiera sabia como.

<<¡Oh error eterno!>> pensaba para mi <<¿cuándo escapara el hombre de tus cadenas?>> Hablamos de nuestro corazón, de nuestros planes, como si fueran nuestros, cuando es una potencia extraña la que nos abate y nos hecha a la tumba a su gusto, y de la que no sabemos ni de donde viene ni adonde va.

Queremos crecer y extender hacia arriba nuestros troncos y ramas, pero son el suelo y la tormenta los que nos conducen en otra direccion, y cuando el rayo cae en tu copa y te hiende de arriba abajo hasta la raiz, ¡pobre arbol!, ¿qué puedes hacer?

Así pensaba yo. ¿No te gusta quizás, Belarmino? Pues aun tendrás que oír otras cosas. ¡Esto, por ejemplo, amigo mío!: lo triste es que nuestro espíritu toma de tan buen grado la forma del corazón extraviado, conserva tan agusto la tristeza fugaz, que el pensamiento mismo, que debería ser quien sanara los dolores, se pone él también enfermo, que el jardinerío se rasga a menudo la mano en los rosales que debía plantar. Esto hace que muchos hombres, como Orfeo, hayan sido tenidos por locos por otros que, si no, hubieran sido gobernados por ellos. Esto a hecho a menudo que las más nobles naturalezas sirvieran de escarnio a las gentes que andan por las calles; este es el escollo para los favoritos del cielo, que su amor es potente y delicado, como su espíritu, que las olas de su corazón se agitan con más fuerza y más de prisa que el tridente con que el dios de los mares las gobierna, y por eso, ¡amigo mío!, nadie debe sentirse por encima de los demás.

HIPERION A BELARMINO

¿Serás capaz de escucharme, de comprenderme, si te hablo de mi larga y enferma tristeza? ¡Tomame tal cual me doy y piensa que es mejor morir porque se ha vivido, que vivir porque no se ha vivido nunca! No envidies a los que carecen de sufrimientos, ídolos de madera a quienes nada falta precisamente porque sus almas son tan pobres, a los que no preguntan si llueve o luce el sol, porque nada tienen que precise de cultivos.

¡Si!, ¡si!, es muy fácil ser feliz, estar tranquilo, con un corazón seco y un espíritu limitado. Concedido: ¿quién se enfadara porque la diana de madera no se queje cuando la flecha da en ella y porque el puchero vacío suene a hueco cuando alguien lo estrella contra la pared? Al menos deberíais resignaros, queridas gentes, deberíais asombraros en silencio si no sois capaces de comprender que hay algunos que no son tan felices como vosotros, que no son tampoco tan autosuficientes; si, deberíais absteneros de convertir en ley vuestra sabiduría, pues obedecerlos sería el fin del mundo.

A partir de entonces viví en Tina muy tranquilo, con gran sencillez. Dejaba pasar en realidad las apariencias del mundo sobre mi cabeza como las nieblas otoñales; a veces me reía también, con los ojos húmedos, de mi corazón, cuando este pretendía echarse a volar para alcanzarlas, como un pájaro hacia las uvas pintadas, y así permanecí tranquilo y apacible. Dejaba con gusto que cada cual expresara sus opiniones y sus errores. Yo me había convertido, pero no quería convencer a nadie más, solo me resultaba triste ver que la gente creía que yo no rechazaba sus bufonadas porque las tenía en tal alto aprecio como ellos mismos. No quería someterme a todas sus necesidades, pero trataba solo de evitarlas cuando podía. <<¡Al fin y al cabo son su alegría>>, pensaba, <<y viven de ellas!

Incluso llegaba a menudo a participar, a colaborar, y aunque permanecía entre ellos indiferente, desprovisto de todo entusiasmo, nadie lo notaba, nadie echaba nada en falta, y si le hubiera dicho que me disculparan se habrían quedado parados, se habrían admirado de mis palabras y hubieran preguntado: ¿pero que nos has hecho?...¡Que delicados!

Con frecuencia, cuando estaba por la mañana en la ventana y veía acercarse el laborioso día, llegaba a olvidarme por un momento de mí, miraba a mi alrededor como si tuviera que emprender algo con lo que se alegrara mi ser, como antes, pero pronto me enfriaba, volvía en mí como alguien que deja escapar una palabra de su lengua materna en un país donde no la comprenden...<<¿Adonde vas, corazón?>>, me decía a mí mismo juiciosamente, y me obedecía.

<<¿Qué es lo que hace que el hombre desee con tanta fuerza?>>, me preguntaba a menudo; <<¿qué hace en su pecho la infinitud? ¿La infinitud? ¿Y donde está? ¿Quién la ha encontrado? El hombre quiere más de lo que puede. Esto al menos es verdad. Tu mismo los has comprobado muy a menudo. También es necesario que así sea. Ello proporciona el dulce y exaltante sentimiento de una fuerza que no se expande como desearía, que es precisamente lo que hace nacer los hermosos sueños de inmortalidad y todos los amables y colosales fantasmas que fascinan mil veces al hombre, ello crea en el hombre su Eliseo y sus dioses, precisamente porque la línea de su vida no es recta, porque no vuela como una flecha y porque una fuerza extraña se cruza en el camino del fugitivo.

>>Las olas del corazon no estallarian en tan bellas espumas ni se convertirian en espiritu si no chocaran con el destino, esa vieja roca muda.

>>Pero tambien ese impulso acaba muriendo en nuestro pecho y con el nuestros dioses y su cielo.

>>El fuego asciende en alegres figuras desde la oscura cuna donde duerme, y su llama se eleva y cae, y se quiebra y vuelve a retorcerse alegremente, hasta que su sustancia se consume, entonces humea y lucha y se apaga; lo que queda son cenizas.

>>Asi sucede con nosotros. Esta es la quientaesencia de todo lo que los sabios nos cuentan en sus terribles y atrayentes misterios.

>>¿Y tu, que te quedaste tu? Que a veces algo se despierte en ti y que tu corazon, como la boca del moribundo, en un solo momento se abra y se cierre tan violentamente, es precisamente un mal presagio.

>>¡Quedate tranquilo y deja que las cosas sigan su curso! ¡No hagas filigranas! ¡No intentes puerilmente hacerte una pulgada mas alto...! Eso es como si quisieramos crear otro sol y nuevos discipulos para el, confeccionar una tierra y una luna.>>

Asi soñaba yo. Pacientemente, me iba despidiendo poco a poco de todo. ¡Compañeros de mi epoca! ¡Cuando expireis interiormente, no se os ocurra consultar ni a vuestros medicos ni al sacerdote!

Habeis perdido la fe en todo lo grande; por eso, por eso debeis desaparecer si esa fe no vuelve como un cometa de lejanos cielos.

HIPERION A BELARMINO

Hay un olvido de toda existencia, un callar de nuestro ser, que es como si lo hubieramos encontrado todo.

Hay un callar, un olvido de toda existencia en que es como si hubieranmos perdido todo, una noche de nuestra alma en que no nos alumbraba el centelleo de ningun astro, ni tan siquiera un tizon de leña seca.

Me fui tranquilizando. Ya nada me despertaba a medianoche. Ya no me consumia en mi propia llama.

Tranquilo y solitario, miraba ante mi, sin volver la vista ni al pasado ni al futuro. Las cosas, lejanas o proximas, ya no penetraban en mi espiritu; a los hombres, cuando no me obligaban a mirarlos, no los veia.

Antes, este siglo se habia presentado a mi espiritu como el tonel de las Danaides, y mi alma se vertia con su prodigo amor para llenar los huecos; ahora ya no veia agujeros, ahora ya no me oprimia el fastidio de vivir.

Ya no decia nunca mas a la flor: ¡tu eres mi hermana!, ni a las fuentes: ¡somos de la misma raza!, sino que daba a cada cosa fielmente su nombre, como un eco.

Como un rio de orillas aridas, en cuyas aguas no se refleja ni una sola hoja de sauce, corria ante mi el mundo desprovisto de toda belleza.

HIPERION A BELARMINO

Nada puede crecer y nada puede hundirse tan profundamente como el hombre. A menudo compara su sufrimiento con la noche del abismo y su felicidad con el Eter, ¡pero que poco dice al expresarse asi!

Aunque no hay nada mas bello que cuando, tras una larga muerte, despunta en el un nuevo amanecer, y el dolor, como un hermano, sale al encuentro de la alegria que a lo lejos alborea.

¡Ah, fue con un presentimiento celeste como salude entonces de nuevo la llegada de la primavera! Como el rasguear de la lira de la amada a lo lejos, en el aire callado, cuando todo duerme, asi resonaban sus dulces melodias en mi pecho como si llegaran desde el Eliseo, presentia su futuro cuando las ramas muertas se agitaban y un soplo ligero rozaba mis mejillas.

¡Propicio cielo de Jonia! Nunca estuve mas ligado a ti, pero tampoco fue nunca mi corazon tan semejante a ti como entonces, con sus juegos dulces y serenos...

¿Quién no siente el anhelo de las alegrías del amor cuando la primavera vuelve a los ojos del cielo y al seno de la tierra?

Yo me levantaba como un convaleciente, lenta y prudentemente, pero el pecho se me estremecía feliz con esperanzas tan secretas que se me olvidaba preguntar que podia significar aquello.

Sueños mas hermosos cercaban ahora mi sueño y, cuando despertaba, se me habian quedado en el corazon como la huella de un beso en la mejilla de la amada. ¡Oh!, la luz del amanecer y yo saliamos al encuentro uno del otro como amigos reconciliados que aun se mantuvieran algo alejados, pero que llevaran ya en el alma el cercano e infinito momento del abrazo.

En realidad, mis ojos no volvieron a abrirse libremente nunca mas como antes, armados y cargados de su propia fuerza; se habian vuelto mas suplicantes, imploraban la vida, pero, sin embargo, en mi interior sentia como si de nuevo pudiera convertirme en aquel que habia sido, incluso en alguien mejor.

Volvia a mirar a la gente como si fuera yo tambien a actuar y a alegrarme entre ellos. Me ligaba a todo, realmente de corazon.

¡Oh cielos! ¡que alegría maligna era para ellos ver que el orgulloso original se habia vuelto, esta vez, como uno de ellos! ¡que gracioso les resultaba que el hombre arrastrara al ciervo del bosque hasta su corral...!

¡Ay! Yo buscaba a mi Adamas, a mi Alabanda, pero no encontraba a ninguno.

Finalmente escribi a Esmirna, y era como si resumiera en el momento de escribir toda la ternura y toda la fuerza del ser humano; así escribi hasta tres veces, pero no hubo respuesta; suplique, amenace, invoque las horas del amor y de la audacia, pero no hubo respuesta del nunca olvidado, del amado hasta la muerte... <<¡Alabanda!>> clamaba, <<Alabanda, me has condenado sin remedio. ¡Tu me mantenias todavia en pie, eras la ultima esperanza de mi juventud! ¡Ahora mi rechazo es sagrado y cierto!>>

Lloramos a los muertos como si ellos sintieran la muerte, pero los muertos estan en paz. El dolor que no tiene igual, el sentimiento ininterrumpido de la aniquilacion total se produce cuando nuestra vida pierde su significado de esta forma, cuando el corazon se dice: tienes que morir y nada quedara de ti; no has plantado flor ninguna, ni construido ninguna cabaña que te permitan decir: dejo un rastro de mi en la tierra. ¡Ay! ¡y el alma puede seguir siempre colmada de deseo, a pesar de toda esta desesperacion!

Todavia buscaba algo, pero ya no me atrevia a mirar a la gente cara a cara. Habia horas en las que la risa de un niño me asustaba.

A pesar de todo, me sentia muy tranquilo y cargado de paciencia, y sentia tambien a menudo una maravillosa fe en la fuerza curativa de algunas cosas; en una paloma que compre, en un viaje en abrcá, en un valle que todavia me ocultaban los montes; todavia podia esperar consuelo.

¡Ya basta! ¡ya basta! Si hubiera crecido junto a Temistocles, si hubiera vivido en tiempo de los Escipiones, seguramente mi alma no se hubiera conocido nunca a si misma bajo este aspecto.

HIPERION A BELARMINO

A veces, sin embargo, se dejaba sentir todavia en mi una fuerza espiritual, aunque solo con afanes de destruccion.

¿Qué es el hombre?, podia ser el comienzo de mi razonamiento; ¿cómo sucede que haya algo así en el mundo que, como un caos, fermenta y se pudre igual que un árbol seco y nunca se desarrolla hasta la madurez? ¿ Como permite la naturaleza que exista este agraz entre sus dulces uvas?

Se dirige a las plantas diciendoles: ¡yo tambien fui un dia como vosotras!, y a los astros puros: ¡quiero ser como vosotros, en otro mundo! Mientras tanto se desgarrá en pedazos y

ejerce de vez en cuando sus artes consigo mismo como si pudiera volver a juntar lo vivo una vez que ya se ha disuelto, como si se tratara de una obra de albañilería; pero tampoco le desconcierta que nada mejore gracias a su actuación; lo que hace, pasa siempre por ser una prueba de su habilidad.

¡Ah, pobres de vosotros los que sentís todo esto, los que tampoco gustáis de hablar del destino humano, los que os sentís también cada vez más atrapados por la nada que reina sobre nosotros, fundamentalmente convencidos de que nacemos para nada, de que amamos una nada, creemos en nada, nos esforzamos por nada, para hundirnos poco a poco en la nada...! ¿qué puedo hacer si os flaquean las rodillas cuando, pensáis seriamente en ello? Porque yo también me he hundido muchas veces en estos pensamientos y he gritado: ¿por qué llevas el hacha a mis raíces, espíritu cruel? Y todavía estoy aquí.

Antiguamente, mis sombríos hermanos, era distinto. Sobre nosotros estaba la belleza, ante nosotros la belleza y la alegría; estos corazones desbordaban a la vista de los lejanos fantasmas de dicha, y audaces y regocijados, se elevaron también nuestros espíritus y traspasaron la barrera; y cuando miraron a su alrededor, ¡ay!, solo había un vacío infinito.

¡Oh!, a veces caigo de rodillas y mis manos se retuercen e imploran no se a quien que cambie mis pensamientos. Pero no puedo acallar los gritos de la verdad. ¿No me he convencido por mi mismo ya dos veces? Cuando contemplo la vida, ¿qué es lo último de todo? Nada. Cuando me elevo en el espíritu, ¿qué es lo más elevado de todo? Nada.

¡Pero calmate, corazón! ¡Estas desperdiciando tus últimas fuerzas! ¿Tus últimas fuerzas? ¿Y tu, tu quieres asaltar el cielo? Pues donde están tus cien brazos, Titan, donde tu Pelion y tu Osa, tus escalas para asaltar el castillo del padre de los dioses, para que subas y derribes al dios mismo y la mesa de los dioses y todas las cumbres inmortales del Olimpo, y prediques a los mortales. <<¡Quedaos abajo, hijos del instante, no os esforcéis por subir a estas alturas, porque aquí arriba no hay nada!>>?

Puedes dejar de considerar lo que otros prefieren. A ti te vale tu nueva doctrina. Si sobre ti y ante ti no encuentras más que el vacío y el desierto, es porque en tu interior no hay más que vacío y desierto.

Si vosotros, los demás, sois más ricos que yo, bien podríais también ayudar un poco.

Si vuestro jardín está tan lleno de flores, ¿por qué no me alegra su perfume a mí también?...

Si estáis tan llenos de divinidad, tenéis de sobra para darme de beber. En las fiestas, nadie carece de nada, ni siquiera el más pobre. Pero solo hay alguien que celebre su fiesta entre vosotros, y es la muerte.

La necesidad, la angustia y la noche son vuestras dueñas. Ellas os separan u os obligan a juntaros, a palos. Al hambre le llamáis amor, y allí donde no veis nada, allí moran vuestros dioses. ¿Dioses? ¿Amor?

Si, los poetas tienen razón, no hay nada, por pequeño e insignificante, con lo que no sea posible el entusiasmo.

Así pensaba yo entonces. Todavía no comprendo cómo nacieron en mí tales pensamientos.

LIBRO SEGUNDO

HIPERION A BELARMINO

Vivo ahora en la isla de Ayas, en la querida Salamina.

Amo esta parte de Grecia por encima de todas las cosas: Lleva los colores de mi corazón.

Se mire a donde se mire, siempre se encuentre enterrada una alegría.

No obstante, uno está siempre rodeado también por mucho de amable y de grande.

En la ladera de la montaña me he construido una cabaña con ramas de lentisco y he plantado alrededor musgo y árboles, tomillo y toda clase de arbustos.

Allí paso mis horas más queridas, allí me siento tardes enteras y miro hacia el Atica hasta que el corazón, finalmente, me late demasiado fuerte; entonces tomo mis pertrechos, bajo a la bahía y me dedico a pescar.

O tambien leo alla arriba algun texto sobre la antigua y magnifica batalla naval que desencadeno antaño en Salamina su tumulto, salvaje pero sabiamente mandado, y me alegro del espiritu que pudo dominar y domar, como un jinete a su caballo, el furioso caos de amigos y enemigos, y me avergüenzo interiormente de mi propia historia guerrera.

O miro al mar y reflexiono acerca de mi vida, sus altibajos, su felicidad y su tristeza, y mi pasado suena a menudo en mi como un rasgueo en el que el musico recorre todos los tonos y mezcla entre si, con un orden oculto, disonancia y armonia.

Hoy es todo tres veces mas hermoso aquí arriba. Dos amables dias de lluvia han refrescado el aire y la tierra, mortalmente cansada.

El suelo se ha vuelto mas verde; mas abierto el campo. Los dorados trigos, mezclados con las alegres centaureas, se extienden hasta el infinito, y de las profundidades del bosque se alzan, serenas y claras, mil cumbres esperanzadas. Tierna y enorme, atraviesa el espacio cada linea de las lejanias; como gradas suben los montes hacia el sol, escalonados unos tras otros. Todo el cielo esta puro. La luz blanca solo a sido exhalada en el Eter y, como una nubecilla plateada, atraviesa la timida luna el claro dia.

HIPERION A BELARMINO

Hace tiempo que no me sentia como ahora.

Como el aguila de Jupiter el canto de las musas, escucho en mi la maravillosa e infinita armonia. Sin inquietudes en los sentidos ni en el lma, fuerte y alegre, con una sonriente seriedad, juego en mi espiritu con el destino y sus tres hermanas, las sagradas parcas. Lleno de una juventud divina, se alegra todo mi ser de si mismo, de todo. Como el cielo estrellado, estoy a un mismo tiempo quieto y en movimiento.

He esperado mucho tiempo que llegara esta epoca de fiesta para volverte a escribir una vez mas. Ahora soy lo bastante fuerte; asi que dejame contarte.

En medio de mis dias mas sombrios me invito un conocido de Calauria a que subiera a visitarle. Debia ir hasta sus montañas, me escribio; alli se vivia con mayor libertad que en cualquier otro sitio y tambien alli florecian, en medio de los pinares y el arrastre de las aguas, bosques de limoneros y palmeras, y bonitos arbustos y mirtos, y la sagrada vid. Habia construido en lo alto de la montaña un jardin y una casa; gruesos arboles le daban sombra y fresos vientos la rodeaban en los abrasadores dias del verano; como cuando un pajaro se encarama en la copa de un cedro, se veian desde alli en la profundidad los pueblos y las verdes colinas, y tambien los apacibles rebaños que, como niños, se agrupaban en torno a la soberbia montaña y se nutrian de sus espumeantes arroyos.

Cuando me embarque, hacia un calido y azul dia abrileño. El mar estaba extrañamente hermoso y puro, y el aire, ligero, como en regiones mas altas. Dejaba uno la tierra tras de si, yendo en aquella balanceante barca, como una comida costosa cuando se alcanza el vino sagrado.

En vano se resistia mi espiritu tenebroso al influjo del mar y del aire. Acabe entregandome, no pregunte nada sobre mi ni sobre los otros, no busque nada, no pense en nada, me deje acunar por el bote medio en sueños y me imagine que iba en la barca de Caronte. ¡Ah, que dulce es beber asi de la copa del olvido!

A mi alegre barquero le hubiera gustado hablar conmigo, pero yo me expresaba con monosilabos.

Me señalaba con el dedo y me mostraba a derecha y a izquierda las islas azules, pero yo no miraba mucho tiempo, y de inmediato volvia a mis queridos sueños propios.

Finalmente, cuando me mostro las tranquilas cumbres a lo lejos y dijo que pronto estaríamos en Calauria, puse mas atencion y todo mi ser se abrio al maravilloso poder que jugaba conmigo de manera a la vez dulce, tranquila, e inexplicable. Con los ojos muy abiertos, asombrado y contento, miraba al frente, a los secretos de la lejanía, el corazon me latia con prisa, y la mano se me escapo y apreto, bruscamente amistosa, el brazo del barquero...

<<¿Asi que eso es Calauria?>> exclame. Ello hizo que me mirara, y yo mismo no sabia que hacer conmigo.

Salude a mi amigo con gran cariño. Todo mi ser estaba lleno de dulce inquietud.

Aquella misma tarde quise recorrer una parte de la isla. Los bosques y valles secretos me atraian indescriptiblemente, y el dia agradable hacia que salieran al exterior todos los seres. Era evidente que todo lo que vive aspira a mas que a comida diaria, que tambien los pajaros y los demas animales tienen sus fiestas.

¡Era fascinante ver todo aquello! Como cuando la madre zalamera pregunta quien de los que le rodean es su preferido y todos los hijos se precipitan en su seno y hasta el mas pequeño alza los brazos desde la cuna, asi volaba y daba saltos y tendia al aire divino todo lo viviente, y escarabajos y golondrinas, y palomas y cigüeñas se agitaban entremezcladas en una jubilosa confusion igual en los abismos que en las alturas, y aquellas a quienes la tierra retenia convertian en vuelo su paso, el caballo saltaba bramando los fosos y el corzo las cercas, y del fondo del mar subian los peces y saltaban sobre la superficie. A todos les penetraba el aire maternal hasta el corazon y los elevaba y atraia hacia si.

Y las gentes salian a las puertas y sentian maravilladas la brisa inmaterial que suavemente agitaba los finos cabellos en sus frentes, como refrescaba el brillo de la luz, y entreabrian contentos sus ropas para recibirla en le pecho, respiraban mas dulcemente, agitaban con mayor ternura el mar claro, suave y acariciador en que vivian y se afanaban.

¡Oh hermano del espiritu que reina y vive en nosotros potente como el fuego, aire sagrado! ¡que hermoso es que me escoltes a donde quiera que vaya, tu, omnipotente, inmortal!

Con los niños era con quienes mejor jugaba el elevado elemento.

Uno tarareaba tranquilamente para si, otro dejaba escapar de sus labios una descuidada cancioncilla, un tercero un canto alegre a voz en cuello; los unos se tumbaban, los otros daban saltos; otros, vagabundeaban absortos.

Y todo ello era la expresion de una misma sensacion de bienestar, todo una sola respuesta a las tiernas caricias de aquel aire lleno de encanto.

En mi habia un anhelo indescriptible y una gran paz. Una fuerza ajena me dominaba.

<<Espiritu amigo>>, me decia a mi mismo, <<¿hacia donde me llamas? ¿Al Eliseo o a otra parte?>>.

Penetre en un bosque rodeando un arroyo susurrante que a veces se desplomaba entre rocas, otras se deslizaba manso sobre los guijarros, y poco a poco se estrechaba y se convertia en un camino abovedado donde jugaba solitaria la luz del mediodia en la silenciosa oscuridad...

Aquí... ¡me gustaria ser capaz de hablar, Belarmino! ¡me gustaria mucho escribirte con calma!

¿Hablar? ¡Oh, soy un profano en la alegria! ¡quiero hablar!

Pero en el pais de los bienaventurados, quien habitaba es el silencio, y mas arriba de las estrellas olvida el corazon su indigencia y su lenguaje.

¡La divinidad que entonces se me aparecio la he protegido reverente, la he llevado en mi como un talisman! ¡Y si a partir de ahora el destino me atrapa y me lanza de un abismo a otro y ahoga en mi toda fuerza y todo pensamiento, que esto solo sobreviva en mi mismo y luzca en mi y reine con una claridad eterna e indescriptible...!

Tu estabas tendida, dulce vida mia, levantaste los ojos, te pusiste en pie y te quedaste alli, en tu esbelta plenitud, divinamente tranquila, lleno todavia aquel cielo de rostro del sereno extasis del que yo te sacaba.

Aquel que ha mirado en la calma de esos ojos, aquel a quien se han abierto esos dulces labios, ¿de que otra cosa podra hablar?

¡Paz de la belleza! ¡Paz divina! Quien calmo una vez en ti su vida furiosa y su espiritu lleno de dudas, ¿cómo podra encontrar remedio en otra parte?

No puedo hablar de ella, pero hay horas en que lo mejor y mas bello se nos aparece como en una nube y el cielo de la perfeccion se abre ante el amor anhelante; ¡entonces, Belarmino, piensa en este ser, dobla la rodilla conmigo y piensa en mi felicidad! Pero no

olvides que yo tube lo que tu solo adivinas, que yo vi con estos ojos lo que a ti solo se te aparece como entre nubes.

¡Pensar que hay gentes que a veces creen que son felices! ¡Oh, pensad que no podeis ni imaginar lo que es la alegría! ¡A vosotros no se os a aprecido aun ni la sombra de su sombra! ¡Pasad de largo y no hableis del Eter azul vosotros, ciegos!

¡Y pensar que se puede volver uno como un niño, que vuelve el tiempo dorado de la inocencia, el tiempo de la paz y de la libertad, que existe a pesar de todo una alegría, un lugar de reposo en la tierra!

¿No envejece el hombre, no se marchita, no es como una hoja caida que no vuelve a encontrar su arbol y que es arrastrada por los vientos hasta que la arena la entierra?

¡Y, sin embargo, su primavera vuelve!

¡No lloreis cuando lo mas perfecto se marchita! ¡Pronto se rejuvenecera! ¡No os entristezcais cuando calle la melodia de vuestro corazon! ¡Pronto vuelve a encontrar una mano que la hace brotar de nuevo!

Y yo, ¿cómo era?, ¿no era como una lira rota? Aun sonaba un poco, pero eran sonos mortuorios. ¡Habia cantado mi sombrío canto del cisne! Con gusto me hubiera trenzado una corona funebre, pero solo tenia flores de invierno.

Y ahora, ¿dónde estaba el silencio mortal, la noche y el vacio de mi vida, la mezquindad de ser mortal?

Sin duda, la vida es pobre y solitaria. Vivimos aquí abajo como el diamante en la sombra. Preguntamos en vano como hemos venido aquí para volver a encontrar el camino que nos lleva arriba.

Somos como el fuego que duerme en la rama seca o en el pedernal, y luchamos e intentamos encontrar en todo momento el fin de nuestra estrecha prision. Pero acaban llegando los momentos de la liberacion que compensan siglos de lucha, momentos en que lo divino sale de su celda, en que la llama se desprende de la madera y se eleva victoriosa sobre las cenizas, en que nos parece que el espiritu libre, olvidadas las penas y la servidumbre, vuelve en triunfo a las galerias del sol.

HIPERION A BELARMINO

¡Hubo un tiempo en que fui feliz, Belarmino! ¿No lo sigo siendo? ¿No lo seria aunque el sagrado instante en que la vi por primera vez hubiera sido el ultimo?

He visto una vez lo unico, lo que mi alma buscaba, y la perfeccion que situamos lejos, mas alla de las estrellas, que relegamos al final del tiempo, yo la he sentido presente. ¡Estaba aquí, lo mas elevado estaba aquí, en el circulo de la naturaleza humana y de las cosas! Ya no pregunto donde esta; estaba en el mundo, puede volver a el, solo que ahora esta mas oculto en el. Ya no pregunto que es; lo he visto, lo he conocido.

¡Oh vosotros, los que buscais lo mas elevado y lo mejor en la profundidad del saber, en el tumulto del comercio, en la oscuridad del pasado, en el laberinto del futuro, en las tumbas o mas arriba de las estrellas! ¿Sabeis su nombre?, ¿el nombre de lo que es uno y todo?

Su nombre es belleza.

¿Sabias lo que queriais? Todavia no lo se yo, pero lo intuyo, el nuevo reino de la nueva divinidad, y corro hacia el y cojo a los demas y los llevo conmigo como el rio lleva a los otros rios al oceano.

¡Y eres tu, tu quien me ha indicado el camino! Contigo empece. No merecen palabras los dias en que aun no te conocia...

¡Oh Diotima, Diotima, ser celestial!

HIPERION A BELARMINO

¡Olvidemos que existe el tiempo y no contemos los dias de la vida!

¿Qué son los siglos frente al momento en que dos seres se adivinan y se acercan de esta manera?

Aun estoy viendo la tarde en que Notara me llevo, por primera vez a su casa. Ella vivia solo a unos cientos de pasos de nosotros, al pie de la montaña.

Su madre era una mujer juiciosamente cariñosa, su hermano un joven llano y alegre, y ambos reconocían de todo corazón en cuanto hacían o dejaban de hacer que Diotima era la reina de la casa.

¡Ay!, todo estaba santificado, embellecido por su presencia. Todo lo que yo veía, lo que tocaba, su alfombra, su cojín, su mesita, todo estaba en secreta unión con ella. ¡Y cuando me llamo por primera vez por mi nombre, cuando ella misma llegó tan cerca de mí que su aliento inocente rozó mi ser a la escucha...!

Hablamos poco el uno con el otro. Uno se avergüenza de su idioma y quisiera convertirse en música y unirse en una sola canción celestial.

Además, ¿de qué podíamos hablar? Solo nos mirábamos. Teníamos miedo de hablar de nosotros.

Finalmente hablamos de la vida de la tierra.

Nunca se le había cantado un himno tan sencillo y tan ardiente.

Nos hizo bien derramar el exceso de nuestros corazones en el seno de esta buena madre.

Así nos sentimos aliviados como los árboles cuando el viento del verano sacude sus ramas quietas y riega sus dulces frutos por la hierba.

Llamamos a la tierra una de las flores del cielo, y al cielo le llamábamos el jardín infinito de la vida. Igual que las rosas se alegran con el polvillo dorado, decíamos, así alegra la esplendorosa luz del sol la tierra con sus rayos; es un ser soberanamente vivo, decíamos, casi divino, cuando le brota del corazón furioso fuego o agua suave y clara; siempre feliz, igual cuando se alimenta de gotas de rocío como cuando lo hace de nubes de tormenta que reserva para su goce con la complicidad del cielo, la siempre fiel y amante mitad del dios solar, quizá inicialmente más íntimamente unida a él por un decreto del destino para que lo buscara, se acercara, se alejara y, entre alegrías y tristezas, madurara la suprema belleza. Esto fue lo que hablamos. Te doy el contenido, el espíritu de la conversación. Pero esto, ¿qué es sin la vida?

Oscurecía y tuvimos que irnos. <<¡Buenas noches, ojos angelicos!>>, pense en mi corazón; <<¡y que te me aparezcas pronto de nuevo, hermoso espíritu divino, con tu calma y plenitud!>>

HIPERION A BELARMINO

Un par de días después subieron a nuestra casa. Nos paseamos juntos por el jardín. Diotima y yo nos adelantamos sin darnos cuenta, absortos, y con frecuencia me subían a los ojos lágrimas de felicidad al pensar en aquel ser sagrado que tal humildemente caminaba a mi lado.

Nos paramos al borde de la cima y contemplamos el oriente infinito.

Los ojos de Diotima se agrandaron y suavemente, como se abre un capullo, se abrió su rostro querido a los aires del cielo, se transformó en idioma y en alma y, como si iniciara un vuelo hacia las nubes, toda su figura se alzó dulcemente, con una leve majestad, y apenas tocaba la tierra con los pies.

¡Oh, me hubiera gustado cogerla entre mis brazos como el águila a Ganimedes y volar con ella sobre el mar y sus islas!

Luego dio algunos pasos y contemplo la abrupta pared rocosa. Se complacía en medir la horrorosa profundidad y en perderse allá abajo, en la noche de los bosques que apiñaban a sus pies sus claras cumbres por encima de los trozos de rocas y de los espumeantes torrentes.

El pretil en que se apoyaba era algo bajo. Así que me fue lícito sostener ligeramente a la encantadora mientras se inclinaba hacia delante. ¡Ah, un estremecimiento de cálida voluptuosidad recorrió todo mi ser, un delirio arrebatador colmó mis sentidos y las manos me ardían como ascuas al tocarla!

¡Y el agrado del corazón al estar íntimamente junto a ella, y la preocupación ingenua y tierna de que pudiera caerse, y la alegría de contemplar el entusiasmo de aquella muchacha deliciosa!

¿Qué vale todo lo que los hombre hacen y piensan durante milenios frente a un solo momento de amor? ¡Y es también lo más logrado, lo más hermosamente divino de la naturaleza! A él conducen todas las gradas desde el umbral de la vida. De él venimos, a él vamos.

HIPERION A BELARMINO

Solo su canto debería poder olvidar, solo aquellos acentos del alma deberían no volver nunca más a mis continuos sueños.

No se conoce al cisne, altivo como un buque al navegar, cuando dormita en la orilla.

Solo cuando cantaba se reconocía a la amada silenciosa, que tan poco gustaba de expresarse con palabras.

Entonces, solo entonces, aparecía la divina taciturna en toda su majestad y encanto; entonces exhalaba de sus finos labios bermejos un como mandamiento de los dioses, entre oración y caricia. ¡Como se agitaba el corazón con aquella divina voz, como aparecía todo lo grande y lo humilde, toda la alegría y la tristeza de la vida, embellecida por la nobleza de aquellos acentos!

Como la golondrina que atrapa las abejas en pleno vuelo, así se apoderaba ella siempre de todos nosotros.

No era ni placer ni admiración, era la paz del cielo la que se derramaba sobre nosotros.

Mil veces se lo he dicho y me lo he dicho a mi mismo: lo más hermoso es también lo más sagrado. Y así era todo en ella. Como su canto, así era su vida.

HIPERION A BELARMINO

Entre las flores, su corazón se sentía en casa, como si fuera una de ellas.

Las llamaba a todas por sus nombres, su amor le hacía darles otros nuevos, más bellos, y sabía con exactitud la época más alegre de la vida de cada una.

Como una hermana cuando los que la aman acuden a ella desde cada rincón y a cada cual le gustaría ser saludado primero, así iba aquella tranquila criatura, atareados sus ojos y sus manos, ensimismada en su felicidad, cuando caminábamos por los prados o por el bosque. Y todo ello no tenía nada de ajeno o de adquirido, sino que era innato en ella.

Pues es eternamente cierto y se ve en todas partes que cuanto más inocente y hermosa es un alma, mayor es su confianza con los restantes seres vivos y felices a los que llaman inanimados.

HIPERION A BELARMINO

Mil veces me he reído en la alegría de mi corazón de esas gentes que suponen que a un espíritu elevado debe serle imposible saber como se prepara una verdura. Diotima era muy capaz, llegado el momento, de hablar de los asuntos del hogar, y ciertamente no hay nada más noble que una noble joven que cuida de la llama bienhechora y, tal como la naturaleza, prepara los alimentos que nos alegran el corazón.

HIPERION A BELARMINO

¿Qué es todo el saber artificial del mundo, que es toda la orgullosa emancipación del pensamiento humano comparada con los acentos espontáneos de aquel espíritu que no sabía lo que quería ni lo que era?

¿Quién no prefiere la uva madura y fresca, recién cogida de la cepa, a las pasas secas que el comerciante comprime en una caja y envía a todo el mundo? ¿Qué es la sabiduría de un libro frente a la sabiduría de un ángel?

Diotima parecía decir siempre muy poco, pero decía mucho.

Yo le acompañaba una vez, ya de anocheada, a su casa; nubes deshinchadas se deslizaban por el prado como sueños, y los astros radiantes, vistos al través de las ramas, parecían genios al acecho.

Era raro oírle hablar de la hermosura que le rodeaba, aunque su ferviente corazón no dejaba de percibir ni el roce de una hoja ni el murmullo de un manantial.

Pero aquella tarde me dijo: <<¡Qué hermoso!>>

<<¡Sin duda es por amor a nosotros!>>, dije, mas o menos como dicen las cosas los niños, medio en broma, medio en serio.

<<Puedo comprender lo que dices>>, me contesto; <<me gusta imaginar el mundo como una vivienda familiar en que cada cosa, sin siquiera pensar en ello, se adapta a lo demas, y donde cada uno vive para placer y alegria de los otros precisamente porque asi le nace del corazon>>

<<¡Feliz y elevada creencia!>>, exclame.

Ella callo un rato.

<<Asi que nosotros somos tambien los niños de la casa>>, agregue al fin; <<lo somos y lo seremos>>.

<<Lo seremos eternamente>>, respondio.

<<¿Realmente?>>, pregunte.

<<Para ello confio en la naturaleza>>, repuso, <<igual que confio en ella cada dia>>.

¡Oh, me hubiera gustado ser yo Diotima cuando dijo estas palabras! ¡Pero tu no sabes lo que dijo, mi querido Belarmino, porque ni has visto ni has oido como lo dijo!

<<Tienes razon>>, exclame; <<la belleza eterna, la naturaleza, no puede sufrir ninguna perdida en si misma, igual que no puede sufrir ningun añadido. Mañana, su atavio es otro que el que hoy tenia; pero de lo mejor de nosotros, de nosotros, no puede prescindir, y menos que de nadie, de ti. Creemos que somos eternos porque nuestra alma siente la belleza de la naturaleza. Si alguna vez faltaras tu de ella seria fragmentaria y ya no divina y perfecta. No mereceria que le entregaras tu corazon si tuviera que sonrojarse de tus esperanzas>>.

HIPERION A BELARMINO

No he conocido a nadie tan carente de necesidades, tan divinamente sobrio.

Como las olas del oceano la costa de las Islas Afortunadas, asi rodeaba mi desasosegado corazon la paz de aquella divina muchacha.

Yo no tenia nada que darle mas que un animo lleno de feroces contradicciones, lleno de recuerdos sangrantes; no tenia nada que darle mas que mi amor sin fronteras con sus mil preocupaciones, sus mil tumultuosas esperanzas; ella, en cambio, estaba ante mi en su belleza inmutable, sin esfuerzo, ahí, en su sonriente perfeccion, y toda aspiracion, todos los sueños de la condicion mortal, si, todo lo que anuncia el genio en las horas matinales de las altas regiones, todo ello estaba realizado en esta unica alma serena.

Se suele decir que por encima de las estrellas cesa la lucha y se nos promete que en futuro, depositando nuestro poso, se transformara en noble vino de alegria la vida fermentada; pero ya nadie busca en esta tierra la paz del corazon de los bienaventurados. Yo se hacerlo de otra manera. He tomado un camino mas corto. De pie ante ella escuche y vi la paz del cielo, y en medio del quejumbroso caos se me parecio Urania.

¿Con que frecuencia he acallado mis lamentaciones ante esta imagen!, ¡que a menudo se han apaciguado mi exaltada vida y mi impetuoso espiritu cuando, sumergido en dulces reflexiones, mire en su corazon como se mira a la fuente cuando se estremece en calma con los contactos del cielo que golpea sobre ella con gotas de plata!

Aquel alma era mi Leteo, mi sagrado Leteo, donde bebia el olvido de la existencia; cuando estaba ante ella, como un inmortal, me desvanecia alegremente, y como tras una pesadilla tenia que reirme de todas las cadena que me habian oprimido.

¡Oh, con ella me habria convertido en un hombre feliz, excelente!

¡Con ella! Pero no fue asi, y ahora vagabundeo por lo que hay en mi y ante mi y mas lejos, y no se que debo hacer de mi y de las demas cosas.

Mi alma es como u pez arrojado a la arena de la orilla, fuera de su elemento, que se debate y se agita hasta que se deseca con el calor del dia.

¡Ay!, ¡si al menos hubiera todavia en el mundo algo que yo pudiera hacer!

¡Si hubiera un trabajo, una guerra para mi, me reanimaria!

Se dice que una loba amamanto a niños que habían sido arrancados del pecho de su madre y arrojados al bosque.

Mi corazón no ha tenido tanta suerte.

HIPERION A BELARMINO

Solo de vez en cuando puedo hablar un par de palabras de ella. Necesito olvidar todo lo que ella es, si debo hablar de ella. Tengo que fingirme como que vivió en tiempos antiguos, como si supiera algo de ella por una narración, si no quiero ser apresado por su retrato viviente y consumirme en el éxtasis y en el dolor, si no quiero morir la muerte de la alegría por ella y la muerte del dolor por ella.

HIPERION A BELARMINO

Es en vano; no me lo puedo ocultar a mi mismo. Allí donde huya con mis pensamientos, en lo alto del cielo o en el abismo, al principio y al final de los tiempos, incluso cuando me hecho en los brazos de aquel que era mi último refugio, del que otras veces eliminaba en mi cualquier preocupación, del que habitualmente consumía en mi toda la alegría y todo el dolor de la vida con la llama en que se manifestaba, del sublime y misterioso espíritu del mundo, incluso cuando me hundo en el océano sin fondo, también allí, también allí me alcanza el dulce horror, el dulce, turbador y mortal horror de que la tumba de Diotima está junto a mi.

¿Lo oyes, lo oyes? ¡La tumba de Diotima! Mi corazón se había serenado tanto y, sin embargo, mi amor estaba enterrado con la muerta a la que amaba.

Tu sabes, Belarmino, que hacía mucho tiempo que no te escribía acerca de ella, y cuando escribía, lo hacía sosegadamente, según creo.

¿Qué ha pasado, pues?

Ahora voy a la costa y miro hacia Calauria, allá lejos, donde ella reposa. Eso es lo que me sucede.

¡Oh, pensar que nadie me presta su barca, si, que nadie se apiada de mi y me ofrece sus remos y me ayuda a llegar hasta ella!

¡Si, pensar que el bondadoso mar no queda en calma para que yo no me construya un bote y navega hasta ella!

¡Quisiera abalanzarme al mar furioso e implorar a sus olas que me arrojen a la costa donde yace Diotima...!

¡Querido hermano! Doy consuelo a mi corazón con toda clase de fantasías, me procuro cierto narcótico; y sería mejor, sin duda, liberarse para siempre que ayudarse con paliativos; ¿pero a quien no le sucede lo mismo? Así me contento con eso.

¿Qué me contento? ¡No estaría mal! Si así fuera, habría recibido ayuda en aquello en que ni siquiera un dios puede ayudar.

Yo ya he hecho lo que podía. Que el destino me devuelva mi alma.

HIPERION A BELARMINO

¿No era ella para mí? Decíme, hermanas del destino, ¿no era ella para mí? ¡A las fuentes puras pongo por testigos, y a los árboles inocentes que nos escucharon, y a la luz del día, y al Eter! ¿No era ella para mí? ¿No estaba unida a mí en cada nota de la vida?

¿Dónde está el ser que fuera tan capaz de conocerla como el mío? ¿En que espejo se juntaban como en mí los rayos de aquella luz? ¿No temblo de alegría ante su propio esplendor cuando por vez primera lo descubrió en mi alegría? ¡Ah! ¿dónde está el corazón que, como el mío, le diera su plenitud y la recibiera de ella, que hubiera estado allí solo para proteger el suyo, como hacen las pestañas con el ojo?

No éramos sino una sola flor, y nuestros almas vivían una en otra como la flor cuando ama y oculta sus tiernas alegrías en su cerrado cáliz.

Y a pesar de esto, ¿no me fue arrancada y arrojada al polvo como una corona usurpada?

HIPERION A BELARMINO

Antes de que lo supieramos ninguno de los dos, ya nos pertenecíamos.

Cuando estaba ante ella, felizmente sosegado, con el corazón pleno de agasajos, y callaba, y toda mi vida se entregaba en los rayos de los ojos que solo a ella la veían, solo a ella la

abrazaban, y ella entonces volvía a contemplarme con una tierna duda y no sabía donde estaba yo con mis pensamientos, cuando a menudo, hundido en su alegría y su belleza, la espiaba al realizar alguna de sus encantadoras ocupaciones, y al más ínfimo movimiento, como la abeja en torno a las ramas vacilantes, mi alma vagaba y volaba, y cuando ella entonces se volvía hacia mí con pensamientos serenos y, sorprendida por mi alegría, me obligaba a disimularla, y ella volvía a buscar y a encontrar la calma en su querido trabajo... Cuando, con maravillosa clarividencia, descubría cada acorde y cada discordia en las profundidades de mi ser en el momento mismo en que aparecían, antes incluso de que yo mismo las percibiera, cuando ella apreciaba la menor sombra de una nubecilla en mi frente, la menor sombra de melancolía, de orgullo en mis labios, la chispa más insignificante en mis ojos, cuando vigilaba el flujo y el reflujo de mi corazón y presentía, llena de inquietud, las horas sombrías, mientras mi espíritu, excesivamente derrochador, manirroto, se consumía en abundante peroratas, cuando aquel ser querido, fiel como un espejo, me denunciaba la más ligera alteración en mi mejilla y a menudo me amonestaba con amistosa solicitud por la versatilidad de mi forma de ser y me regañaba como se hace con un niño al que se quiere... ¡Ah! Aquella vez en que tú, toda inocencia, contaste con los dedos los escalones que había desde mi refugio hasta tu casa, cuando me enseñaste los caminos por donde paseabas, los sitios donde solías sentarte, y me contaste como habías pasado allí el tiempo, y acabaste diciéndome que ya entonces sentía como si yo también hubiera estado desde siempre allí... ¿No nos pertenecíamos ya desde hacía mucho tiempo?

HIPERION A BELARMINO

Construyo a mi corazón una tumba para que pueda descansar en ella; me encierro en mí mismo como una larva, porque afuera solo hay invierno; me protejo de la tormenta con los recuerdos más felices.

Una vez estábamos con Notara –así se llamaba el amigo con quien yo vivía- y algunos otros que, al igual que nosotros, pertenecían a los originales de Calauria, sentados en el jardín de Diotima, bajo los almendros en flor, y hablabamos entre otras cosas de la amistad.

Yo no había participado apenas en la conversación; desde hacía algún tiempo procuraba hablar poco de cosas que tocaban de cerca al corazón; mi Diotima me había vuelto así de laconico...

<<En vida de Harmodio y de Aristogiton>>, dijo en algún momento alguien, <<aun existía la amistad en el mundo.>> Esto me alegró demasiado como para poder seguir callado.

<<¡Deberíamos tejerte una corona por lo que acabas de decir!>> exclame dirigiéndome a él; <<¿Tienes realmente una idea de cómo fue, algo que pueda compararse a la amistad de Aristogiton y Harmodio? Perdoname, pero ¡por el Eter!, habría que ser Aristogiton para poder llegar a sentir como amaba Aristogiton, y no debería temer al rayo el hombre que quisiera ser amado con el amor de Harmodio, pues, o estoy engañado en todo, o aquel terrible adolescente amaba con la misma intransigencia que Minos. Pocos han superado tal prueba, y no es más fácil ser amigo de un semidios que sentarse en la mesa de los dioses, como Tántalo. Pero no hay tampoco nada más hermoso en esta tierra que la interdependencia de dos personas tan valiosas como aquellas.

>>Esta es también mi esperanza, lo que anhelo en las horas solitarias: que esos mismos tonos poderosos y aun otros más altos deben volver alguna vez a la sinfonía del mundo en su discurrir. El amor engendró milenios colmados de hombres llenos de vida; la amistad volverá a engendrarlos. Los pueblos acaban de salir de la armonía infantil; la armonía de los espíritus será el principio de una nueva historia del mundo. Los hombres comenzaron con la felicidad de las plantas y crecieron y siguieron creciendo hasta que maduraron; a partir de entonces crecieron de forma incesante, por dentro y por fuera, hasta que ahora el género humano, infinitamente descompuesto, yace como un caos tal que el vertigo se apodera de todos los que todavía sienten y ven, pero la belleza huye de la vida de los hombres hacia lo alto, hacia el espíritu, se transforma en ideal lo que era naturaleza, y aunque el árbol está seco y podrido desde la base misma, todavía ha retoñado de él una copa nueva y verdegueta

al brillo del sol como lo hacia el tronco en los dias de su juventud; lo que fue la naturaleza, es hoy el ideal. En el, en este ideal, en esta divinidad rejuvenecida, se reconocen los pocos y son uno, pues hay uno en ellos, y de estos, de estos da comienzo la segunda edad del mundo...Creo que ya he dicho bastante para explicar lo que pienso.>>

Me gustaria que hubieras visto entonces a Diotima levantarse de un salto tendiendome las manos y exclamando: <<Lo he comprendido, amigo, lo he comprendido en toda su profundidad.

>>El amor engendro al mundo, la amistad lo hara renacer.

>>Entonces, ¡oh vosotros, los futuros dioscuros!, deteneos un momento cuando paseis ante el lugar donde duerma Hiperion, deteneos soñando sobre las cenizas del olvidado y decid: seria como uno de nosotros si ahora estuviera aquí.>>

¡Yo le oi decir esto, Belarmino! Y despues de aquella experiencia, ¿no he sido capaz de buscar voluntariamente la muerte?

¡Si! ¡si! he sido recompensado de antemano, he vivido. Un dios es capaz de soportar mayor alegria, pero yo no.

HIPERION A BELARMINO

¿Me preguntas que como me fue en aquel tiempo? Como a alguien que ha perdido todo para ganarlo todo.

Realmente, a menudo volvia por la arboleda de Diotima como alguien borracho por el triunfo, a menudo debia alejarme de ella a toda prisa para no traicionar ni uno solo de mis pensamientos; hasta tal punto me enloquecia de alegria y de orgullo con la amravillosa creencia de que era amado por Diotima.

Entonces buscaba los montes mas altos y sus vientos, y como un aguila cuyo sangriento plumaje ya esta curado, mi espiritu se remontaba hacia lo libre y se desplegaba, como si fuera suyo, sobre el mundo visible: ¡maravilloso! A menudo me parecia como si las cosas de la tierra se purificaran y se fundieran en mi fuego como el oro, y algo divino nacia de ellas y de mi, tanta era mi alegria; ¡y como aupaba a los niños y los apretaba contra mi agitado corazon, como saludaba a las plantas y a los arboles! Me hubiera gustado poseer un encantamiento para reunir en torno a mis manos generosas a los timidos ciervos y a todas las aves salvajes del bosque, como un pueblecito familiar, ¡tan dulce era la locura de mi amor!

Pero al poco tiempo todo era en mi como una luz apagada, y me quedaba mudo y triste como una sombra, buscando la vida desaparecida. No queria quejarme, ni tampoco queria consolarme. Eche de mi la esperanza como un tullido rechaza sus muletas; no me atrevia a llorar; no me atrevia, sobre todo, a existir. Pero finalmente, mi orgullo estallaba en lagrimas, y el dolor, que me hubiera gustado negar, me era grato, y lo acogia, como a un niño, en mi pecho.

<<¡No, no!>>, gritaba mi corazon. <<¡No, no, Diotima! No me duele. Conserva tu tu paz y dejame seguir mi camino. No permitas que tu tranquilidad sea perturbada, ¡hermoso lucero!, aunque por debajo de ti todo fermenta y se oscurezca.

>>¡No dejes que tus rosas empalidezcan, divina y bienaventurada juventud! No dejes que tu belleza envejezca con las preocupaciones terrenales. ¡Esta es mi alegria, vida mia, que llevas en ti el cielo sereno! Es preciso que no conozcas nunca la miseria, ¡no! ¡no!, no debes sentir en ti la pobreza del amor.>>

Y luego, cuando volvia a bajar a su casa...¡hubiera querido poder preguntar al aire y descifrar en el paso de las nubes lo que iba a sentir una hora despues! ¡Y como me alegraba cuando un rostro amistoso se cruzaba conmigo en el camino y, solo para no ser demasiado seco, me decia: <<¡Buenos dias!>>

Cuando una pequeña vendedora que venia del bosque me ofrecia sus fresas con un ademán con el que parecia querer regalarlas, o cuando un campesino, al pasar yo por delante de su casa, trepado en su cerezo recogia el fruto y desde las ramas me gritaba si no

me apetecía probar un puñado...¡todas estas cosas eran buenas señales para mi supersticioso corazón!

¡Que bien me hacia ver abierta hacia el camino por el que yo bajaba una de las ventanas de Diotima! Quizá hacia solo un momento que se había asomado a ella.

Y al fin estaba ante ella, sin aliento y vacilante, y apretaba mis brazos cruzados contra mi corazón para no sentir su agitación y, como el nadador en medio de las aguas turbulentas, mi espíritu luchaba y se esforzaba para no hundirse en el amor infinito.

<<¿De qué podemos hablar hoy?>> balbucee a penas; <<a veces cuesta trabajo, no se consigue encontrar el tema, fijar en el el pensamiento,>>

<<¿Aun anda volando por los aires?>> me respondió Diotima. <<Tienes que sujetarle plomo a las alas, o si no lo atare yo a un hilo, como hacen los niños con las cometas, para que no se nos escape...>>

Aquella adorable muchacha intentaba ayudarnos, a ella misma y a mí, por medio de esta broma, pero con ello no conseguía apenas nada.

<<¡Si, si!>>, exclamaba yo, <<como quieras, como mejor te parezca...¿quieres que te lea? Tu laud debe seguir aun afinado desde ayer... y tampoco tengo nada concreto que leer...>>

<<Mas de una vez>> dijo ella <<me has prometido contarme como viviste antes de conocernos, ¿no podrias hacerlo ahora?>>

<<Es verdad>>, conteste; mi corazón es muy propicio a tales exteriorizaciones, y entonces le conte, igual que a ti, la historia de Adamas y de mis días solitarios en Esmirna, la de Alabanda y como fui separado de él, y la incompreensible enfermedad que se apoderó de mí ser antes de llegar a Calauria...<<Ahora lo sabes todo>>, le dije tranquilo al finalizar, <<a partir de ahora será mas difícil que choques conmigo; a partir de ahora diras>> añadió sonriente: <<no os burleis de este Vulcano si cojea un poco, pues a sido arrojado por los dioses dos veces desde el cielo a la tierra.>>

<<¡Calla!>>, dijo con voz ahogada, ocultando sus lágrimas en el pañuelo; <<oh, calla y no hagas bromas a costa de tu destino ni de tu corazón porque los comprendo mejor que tú!

>>¡Querido..., querido Hiperion! Es muy difícil ayudarte.

>>¿Y sabes>>, prosiguió, elevando la voz, <<¿sabes que es lo que te consume, lo único que te falta, lo que buscas como Alfeo buscaba a su Aretusa, lo que te entristece en todas tus tristezas? Es algo que no ha desaparecido hace solo unos años; no se puede decir exactamente cuando existió ni cuando desapareció, ¿pero existió, existe, está en ti! Lo que buscas es un tiempo mejor, un mundo mas hermoso. Era ese mundo unicamente lo que abrazabas cuando abrazabas a tus amigos; tu, junto con ellos, eras ese mundo.

>>Lo viste llear a ti con Adamas, pero desapareció también junto con él. En Alabanda se te apareció su luz por segunda vez, pero mas ardiente y calida, y por eso también tu alma creyó encontrarse en medio de la noche cuando él te faltó.

>>¿Ves ahora también por que la mas pequeña duda sobre Alabanda debía convertirse en ti en desesperación?, ¿por qué lo rechazaste solo porque no era ningún dios?

>>No querias a hombres, creeme; lo que querias era un mundo. ¡La pérdida de todos los siglos de oro tal como llegaron a ti, condensados en un solo momento feliz, el espíritu de todos los espíritus de un tiempo mejor, la fuerza de todas las fuerzas de los héroes, todo eso te lo debía compensar un solo ser humano...! ¿Ves ahora que pobre eres y, al mismo tiempo, que rico?, ¿por qué se alternan en ti de forma tan atroz pena y alegría?

>>Porque posees todo y nada, porque el espectro de los días de oro que deben venir te pertenece, pero todavía no está ahí, porque eres un ciudadano en las regiones del derecho y la belleza, pero eres un dios entre dioses en los hermosos sueños que te invaden durante el día, y cuando despiertas te encuentras en el suelo de la Grecia actual.

>>¿Dos veces, decias? No, seras precipitado setenta veces en un solo día del cielo a la tierra. ¿Debo decirtelo? Temo por ti, te resulta difícil soportar el destino de estos tiempos. Lo intentarás todavía muchas veces.

>>¡Oh Dios, y tu ultimo refugio sera una tumba!>>

<<¡No, Diotima>>, grite, <<no, por el cielo, no! Mientras una sola melodia resuena en mi no temere el funebre silencio de los lugares salvajes bajo las estrellas; mientras sigan brillando el sol y Diotima no habra noche para mi.

>>¡Que doblen las campanas por todas las virtudes! Yo te escucho a ti, a ti, amor, el canto de tu corazon, y encuentro an ti la vida inmortal mientras todo se consume y marchita.>>

<<¡Oh Hiperion!>>, exclamo, >>¿qué estas diciendo?>>

<<Digo lo que tengo que decir. No puedo, no puedo ocultar por mas tiempo toda mi felicidad, mi temor, mis preocupaciones...¡Diotima!...Si, tu lo sabes, tu tienes que saberlo, hace tiempo que ves que me hundo cuando no me tiendes la mano.>>

Estaba sorprendida, turbada.

<<¿Y es es en mi?>>, exclamo, <<¿¿en mi donde Hiperion quiere apoyarse? Ahora deseo, ahora por primera vez deseo ser algo mas que solo una simple mortal. Pero sere para ti cuanto pueda ser.>>

<<¡Oh, entonces lo seras todo para mi!>>, grite.

<<¿Todo? ¡Hipocrita! ¿Y la humanidad, que en el fondo es lo unico que amas?>>

<<¿La humanidad?>>, dije. <<Quisiera que la humanidad hiciera de diotima su divisa y pintara tu imagen en sus estandartes, y dijera: ¡hoy debe triunfar lo divino! ¡Angel celestial! ¡Que dia iba a ser ese!>>

<<¡Vete>>, me dijo, <<vete y muestra al cielo tu transfiguracion! ¿no debe suceder tan cerca de mi!

>>¿Verdad que te iras, querido Hiperion?>>

Obedeci. ¿Quién no hubiera obedecido? Me fui. Nunca me habia alejado de ella de esta forma. ¡Oh Belarmino, que alegria, que tranquilidad en mi vida, que calma divina, que alegria celestial, maravillosa, insondable!

Las palabras aquí ya no tienen sentido, y quien pretenda obtener una imagen de tal felicidad es que no la ha conocido nunca. Lo unico que podria llegar a expresar tal alegria era el canto de Diotima cuando flotaba en el justo medio entre la altura y la profundidad.

¡Oh praderas de las orillas del Leteo! ¡Oh vosotros, senderos crepusculares de los bosques del Eliseo! ¡Lirios de los arroyos del valle! ¡Diademas de rosas de la colina! Creo en vosotros, en esta hora amistosa, y digo a mi corazon: alla la volveras a encontrar, y con ella toda la alegria que perdiste.

HIPERION A BELARMINO

Quiero seguir una vez ms hablandote de mi felicidad.

Quiero templar mi pecho en las alegrías del pasado hasta que se haga duro como el acero, quiero ejercitarme en ellas hasta hacerme invencible.

¡Ah, verdad es que a menudo se derrumban sobre mi alma como mandobles de espada, pero juego con la espada hasta que me acostumbro a ella, mantengo la mano en el fuego hasta que lo soporto como si fuera agua!

No quiero acobardarme; ¡si, quiero ser fuerte! No quiero ocultarme nada, quiero invocar a la mas feliz de las felicidades desde la tumba.

Es increíble que el hombre tenga miedo de lo mas hermoso, pero asi es.

¿No he huido yo mismo cientos de veces de esos momentos, de las mortales delicias de mis recuerdos, y he apartado mi mirada, como un niño, ante los relampagos? Y, sin embargo, no crece en el frondoso huerto del mundo nada mas delicioso que mis alegrías, sin embargo, no se da en el cielo ni en la tierra fruto mas noble que mis alegrías.

Pero solo a ti, Belarmino, solo a un alma pura y libre como la tuya se lo cuento. No quisiera ser tan prodigo como el sol con sus rayos; no quiero hechar mis perlas a la masa estúpida. Desde aquella ultima conversacion sobre asuntos del alma, cada dia que pasaba me conocia menos a mi mismo. Sentia que habia un divino secreto entre Diotima y yo.

Me asombraba, soñaba. Mi alma se sentía como si a medianoche se me hubiera aparecido un espíritu y me hubiera elegido para deambular con él.

Es una extraña mezcla de felicidad y de melancolía la que sentimos cuando se hace tan evidente que a partir de entonces viviremos siempre una existencia fuera de lo común. Desde aquel momento no conseguí nunca más ver a Diótima sola. Siempre tenía que estorbarnos y separarnos un tercero, y el mundo entre ella y yo era como un vacío interminable. Así pasaron seis días de mortal inquietud, sin que supiera nada de Diótima. Era como si los demás, los que estaban a nuestro alrededor, paralizaran mis sentidos, como si mataran toda mi vida exterior para que mi alma cautiva no pudiera encontrar ningún camino para llegar hasta ella.

Si mis ojos la buscaban, todo era noche frente a mí; si quería dirigirme a ella con alguna palabra, esta se me atragantaba.

¡Ah!, a veces el sagrado deseo sin nombre quería desgarrarme el pecho, y el amor, poderoso, rugía en mí como un Titán prisionero. Mi espíritu no se había resistido nunca hasta entonces tan profundamente, con tan íntima intransigencia, contra las cadenas que el destino le forjara, contra la implacable y ferrea ley que le hacía estar separado, no convertirse en una sola alma con su amorosa mitad.

La noche iluminada por los astros se convirtió entonces en mi elemento. Cuando todo estaba tranquilo como en las profundidades de la tierra donde secretamente crece el oro, entonces surgía la más hermosa vida de mi amor.

Entonces ejercía el corazón su derecho a poetizar. Entonces me contaba como el espíritu de Hiperión había jugado con su dulce Diótima a las puertas del Eliseo antes de descender a la tierra, en una infancia divina entre el armonioso arrullo de la fuente y al amparo de ramajes similares a los de la tierra cuando centellean hermosados en las aguas doradas.

É igual que el pasado, se abría también en mí la puerta del porvenir.

Entonces volábamos Diótima y yo; viajábamos, como golondrinas, de una primavera del mundo a otra, por el vasto espacio del sol y más arriba, hacia las otras islas del cielo, a las doradas costas de Sirio, al valle de los espíritus de Arturo...

¡Oh, nada más deseable que beber así, en un solo cáliz, junto con la amada, las delicias del mundo!

Embriagado por el dulce arrullo que a mí mismo me cantaba, me dormía en medio de magníficas fantasmagorías.

Pero cuando se encendía de nuevo la vida de la tierra con los rayos del amanecer, alzaba los ojos y buscaba los sueños de la noche. Habían desaparecido, como las hermosas estrellas, y solo quedaban, como una huella suya en mi alma, las delicias de la melancolía. Estaba triste, pero creo que los bienaventurados deben sentir también esa tristeza. Era la mensajera de la alegría, era el gris que precede a la luz del día, del que brotan las innumerables rosas del amanecer...

Luego los calores del verano hacían que todo se replegara a la oscuridad de las sombras. También en torno a la casa de Diótima todo estaba tranquilo y vacío y las celosas cortinas me cerraban el paso en todas las ventanas.

Vivía pensando en ella. <<¿Dónde estás?>>, pensaba; <<¿dónde puede encontrarte mi solitario espíritu, dulce muchacha? ¿Miras al vacío y sueñas? ¿Has echado a un lado la labor y apoyas el brazo en la rodilla y la cabeza en la mano y te entregas a agradables pensamientos?

>>¿Qué nada turbe la paz de mi amada cuando refresca su corazón con dulces fantasías, que nada toque este racimo ni haga caer el fresco rocío de sus granos!>>

Así soñaba. Pero mientras mis pensamientos la espían entre las paredes de su casa, mis pies la buscaban en otra parte, y antes de que me diera cuenta estaba caminando por las avenidas del bosque sagrado, tras el jardín de Diótima, donde la vi por primera vez. ¿Pero que me pasaba? Muchas veces había vuelto a pasear entre aquellos árboles, me había familiarizado con ellos, me había tranquilizado entre ellos; pero entonces se apoderó de mí

una fuerza tal como si penetrara en las sombras de Diana para morir ante la aparición de la diosa.

Continue mi camino. A cada paso todo se convertía en mí en lo más maravilloso. Hubiera querido volar, tan fuerte era el impulso de mi corazón, pero era como si tuviese plomo en los pies. Mi alma, en su carrera, había dejado atrás los miembros terrenales. Yo ya no oía, y ante mis ojos resplandecían y vacilaban todas las formas. Mi espíritu estaba ya con Diótima; la copa del árbol jugueteaba con la luz del alba, mientras las ramas bajas sentían todavía el frío de la amanecida.

<<¡Ah! ¡Mi Hiperión!>>, me gritó entonces una voz; me precipité en aquella dirección. <<¡Mi Diótima! ¡Oh mi Diótima!>>, no pude decir ni una palabra más; quedé sin aliento y perdí la consciencia.

¡Desvanécete, desvanécete, vida mortal, miserable negocio en que el espíritu solitario contempla y cuenta una y otra vez los centimos que ha reunido! ¡Todos estamos llamados a disfrutar de la alegría divina!

Aquí hay una laguna en mi existencia. Morí, y al despertar me encontré apoyado en el corazón de aquella celestial muchacha.

¡Oh vida del amor! ¡Como habías llegado hasta ella con tu gracioso florecer! Como acunada en un ligero sueño por el canto de los genios benéficos, reposaba su encantadora cabecita sobre mi hombro, sonreía con dulce paz y, finalmente, alzó sus etéreos ojos hacia mí con gozoso e ingenuo asombro, como si aquella fuera la primera vez que dirigieran su vista al mundo.

Largo tiempo permanecimos así, olvidados de nosotros mismos, en tierna contemplación, y ninguno sabía que nos pasaba, hasta que la alegría se desbordó en mí entre lágrimas y gemidos de dicha; recupere también mi perdido lenguaje, y mi silenciosa exaltación despertó de nuevo por completo a la existencia.

Finalmente miramos también a nuestro alrededor.

<<¡Oh mis viejos árboles amigos!>>, exclamó Diótima como si no los hubiera visto desde hacía tiempo, y el recuerdo de los pasados días solitarios jugueteaba en torno a sus alegrías como las sombras en torno a la nieve inmaculada cuando enrojece y brilla en el alegre crepúsculo.

<<¡Ángel del cielo!>>, grite, <<¿quién puede abarcarte?, ¿quién puede decir que te ha comprendido por entero?>>

<<¿Te asombros?>>, me respondió, <<de que te quiera tanto? ¡Querido! ¡Humilde orgulloso! ¿Acaso soy una de esas que no pueden creer en ti? ¿No te he sondeado? ¿No he reconocido el genio en medio de sus nubes? Da igual que te ocultes y no te veas a ti mismo; yo hare que surja tu ser más profundo, yo..>>

>>Pero ya está aquí, ya se ha levantado, como un astro; ha desgarrado su envoltura y surge como una primavera; ha brotado como una fuente cristalina de la gruta oscura; este ya no es Hiperión el tenebroso, ya no existe su salvaje tristeza..., ¡oh soberano mío!>>

Todo aquello era para mí como un sueño. ¿Podía creer en aquel milagro del amor? ¿Podía? La alegría me hubiera matado.

<<¡Oh divina!>>, exclame, <<¿me estás hablando a mí?, ¿puedes renunciar así a ti misma, tu, toda plenitud, y encontrar alegría en mí? Oh, ahora veo, ahora se lo que con frecuencia he intuido, que el hombre es una envoltura en la que ha menudo se encierra un dios; una copa en la que el cielo vierte su néctar para dar de beber lo mejor a sus hijos...>>

<<¡Sí, sí!>>, me respondió con una entusiasta sonrisa, <<tu tocayo, el espléndido Hiperión del cielo, está en ti!>>

<<Déjame>>, replique, <<déjame ser tuyo, déjame olvidarme de mí, deja que toda vida y todo espíritu en mí vuelen solo hacia ti; ¡solo hacia ti, en una grandiosa contemplación sin fin! ¡Oh Diótima!, así me mantenía también antes ante la vaga imagen divina que mi amor se inventaba, ante el ídolo de mis sueños solitarios; yo lo alimentaba fielmente, le daba vida con mi propia vida, lo refrescaba y lo calentaba con las esperanzas de mi corazón, pero nada me

daba que no le hubiera dado yo, y cuando estaba en la pobreza me dejaba pobre. ¡En cambio ahora...! Ahora te tengo en mis brazos y siento la respiración de tu pecho y siento tus ojos en mis ojos, la belleza del presente inunda mis sentidos y yo la conservo, poseo así el esplendor y ya no vacilo...¡Si! ¡Realmente no soy el que antes fui, Diotima! Me he convertido en igual a ti y lo divino juega ahora con lo divino como los niños juegan entre si...>>

<<Pero tienes que volverte un poco más tranquilo>>, dijo.

<<¡Si, también tienes razón, mi amor!>>, replique alegremente; <<si no, no se me aparecieran las Gracias; si no, no seré capaz de ver, en el amor de la belleza, sus más leves y dulces movimientos. Oh, si, quiero aprender a no pasar por alto nada de lo que hay en ti. ¡Dame solo tiempo suficiente!>>

<<¡Adulador!>>, contesto. <<Por hoy hemos llegado al final, ¡querido adulador! Las doradas nubes del crepúsculo me lo están advirtiendo. ¡Oh, no te entristezcas! ¡Conserva en ti y en mi la alegría pura! ¡Dejala resonar en ti hasta mañana y que el pesar no la mate...! Las flores del corazón requieren tiernos cuidados. Sus raíces están en todas partes, pero solo se desarrollan en un ambiente cálido. ¡Adios, Hiperion!>>

Y se apartó de mí. Todo mi ser se inflamó en mí cuando vi que iba a desaparecer en su radiante belleza.

<<¡Oh tu..!>>, exclame precipitándome tras ella, y derrame mi alma sobre su mano en infinitos besos.

<<¡Dios mío!>>, dijo ella, <<¿qué sucederá en el futuro?>>

Estas palabras me afectaron. <<¡Perdona, mi cielo!>>, dije; <<me voy. ¡Buenas noches Diotima! ¡Piensa todavía un poco en mí!>>

<<Lo hare>>, replique; <<¡buenas noches!>>

Y ahora ni una palabra más, Belarmino. Sería demasiado para mi resignado corazón. Me siento trastornado. Pero voy a salir, voy a tumbarme entre las plantas y los árboles y voy a rogar que la naturaleza me de esa misma calma.

HIPERION A BELARMINO

A partir de entonces, nuestras dos almas vivieron una unión cada vez más libre y hermosa, y todo en nosotros y en torno nuestro se conjugaba en una paz de oro. Parecía como si el viejo mundo hubiera muerto y empezara con nosotros uno nuevo, tan sutil, tan fuerte, tan amoroso, tan ligero se había vuelto todo, y nosotros, y con nosotros todos los seres, volabamos, espiritualmente unidos, como un coro de mil tonalidades inseparables, a través del Eter infinito.

Nuestras conversaciones transcurrían como una corriente de aguas azules en la que brillan aquí y allá las arenas doradas, y nuestra calma era como la calma de las cimas, de esas alturas esplendidamente solitarias, muy por encima del espacio de las tormentas, donde solo el aire divino murmura todavía en la frente del audaz viajero.

Y luego la maravillosa, la santa tristeza, cuando sonaba la hora de la separación en medio de nuestro arrobamiento, y yo exclamaba: <<¡Ahora volvemos a ser mortales, Diotima!>>, y ella me decía: <<¡La muerte es apariencia, es como esos colores que centellean en nuestros ojos cuando hemos mirado mucho tiempo al sol!>>

¡Ah, y los deliciosos juegos del amor! Las palabras acariciadoras, las solicitudes, las susceptibilidades, el rigor y la indulgencia...

¡Y la clarividencia con que nos mirabamos el uno al otro, y la fe infinita con que nos magnificabamos mutuamente!

¡Si!, el hombre, cuando ama, es un sol que todo lo ve y todo lo transfigura; cuando no ama, es una orada sombría en la que se consume un humeante candil.

Debería callarme, debería olvidar y callar. Pero esa llama me atrae con su encanto hasta que me precipito en ella y perezco como los insectos.

De pronto, en medio de esos dichosos y generosos intercambios, senti que Diotima se iba quedando cada vez más y más silenciosa.

Pregunte e imploro, pero esto solo parecio alejarla mas; finalmente me suplico que no le hiciera mas preguntas, que me fuera, y si volvia que le hablara de otra cosa. Esto me sumergio a mi tambien en un doloroso silencio, en el que no sabia encontrarme a mi mismo. Era como si un repentino e incomprensible destino hubiera condenado a muerte a nuestro amor, y toda vida desaparecio de mi y de todas las cosas.

Aunque me avergonce de este pensamiento; sabia con certeza que no era el azar lo que imperaba en el corazon de Diotima. Pero ella permanecio ajena a mi, y mi alma, inconsolable, insaciable, queria un amor siempre presente, manifiesto; los tesoros ocultos eran para mi tesoros perdidos. La felicidad me habia hecho desconocer la esperanza; entonces era todavia como esos niños impacientes que lloran porque quieren la manzana del arbol, como si no existiera de verdad hasta que la tocan sus labios. No tenia un momento de tranquilidad, volvia a suplicar con vehemencia y con humildad, con ternura y con ira; el amor me armaba con su elocuencia todopoderosa y discreta, y entonces..., entonces, ¡oh Diotima!, entonces lo obtuve, obtuve aquella maravillosa confesion, y la tengo y la conservare hasta que la ola del amor me conduzca, junto con todo lo que hay en mi, a la antigua patria, al seno de la naturaleza.

¡La inocente! Todavia no conocia la poderosa plenitud de su corazon, y tiernamente sorprendida por la riqueza que encontraba en el, lo enterro en la profundidad de su pecho. Y cuando admitio con tanta simplicidad, cuando reconocio entre lagrimas que amaba demasiado y que se habia despedido de todo lo que habitualmente acunaba en su corazon, ¡oh como exclamo!: <<Me he vuelto infiel a mayo, y al verano y al otoño, y no me fijo si es de dia o de noche, como antes; ya no pertenezco al cielo ni a la tierra, pertenezco solo a uno solo; pero la floracion de mayo, la llama del verano y la madurez del otoño, la claridad del dia y la gravedad de la noche, y el cielo y la tierra estan reunidos para mi en ese solo! Tal es mi amor...>>, y entonces, cuando me miro con el corazon entusiasmado, cuando, con una sagrada y audaz alegria, me tomo en sus hermosos brazos y me beso en la frente y en la boca, ¡ah!, cuando su divina cabeza, muerta de placer, cayo sobre mi cuello desnudo y sus dulces labios tranquilizaron mi agitado pecho y su amado aliento me llevo hasta el alma..., ¡oh Belarmino!, entonces me abandonaron los sentidos y el espiritu huyo de mi. Pero ya veo, si, ya veo como tiene que terminar esto. El timon ha caido a la olas y el barco, como un niño cogido por los pies, sera estrellado contra las rocas.

HIPERION A BELARMINO

Hay horas grandes en la vida. Levantamos los ojos hacia ellas como hacia las colosales figuras del futuro y de la antigüedad, entablamos con ellas una esplendida lucha y, si sobrevivimos, se convierten en hermanas nuestras y ya no nos abandonan.

Un dia estabamos sentados juntos en lo alto del monte, sobre una piedra de la antigua capital de esta isla, y hablabamos de cómo habia encontrado alli su fin Demostenes, como aquel leon se habia alzado alli mismo hasta la libertad escapando con una sagrada y voluntaria muerte de las cadenas y los puñales macedonios. <<Aquel espiritu admirable se fue del mundo bromeando>>, dijo uno de nosotros; <<¿Por qué no?>> dije; <<ya no tenia nada que buscar aquí; Atenas se habia convertido en la ramera de Alejandro y el mundo era como un ciervo acosado hasta la muerte por el montero mayor>>.

<<¡Oh Atenas!>>, exclamo Diotima; <<¡que tristeza me ha invadido a veces cuando miraba hacia ella y se elveba hasta mi en el azul del amanecer el fantasma del Olimpion!>>

<<¿A que distancia esta de aquí?>>, pregunte.

<<A un dia de viaje, mas o menos>>, contesto Diotima.

<<¡A un dia de viaje>> exclame, << y todavia no he estado alli! Tenemos que ir juntos cuanto antes.>>

<<¡De acuerdo!>>, respondio Diotima; <<mañana tendremos el mar en calma y todo esta ahora todavia en su verdor y madurez.

>>Son precisos el sol eterno y la vida de la tierra inmortal para realizar tal peregrinaje.>>

<<¡Entonces mañana!>>, dije, y nuestros amigos asintieron.

Zarpamos de la rada temprano, con el canto del gallo. En la fresca claridad resplandecíamos nosotros y el mundo. En nuestros corazones había una juventud dorada y tranquila. La vida en nosotros era como la vida de una isla recién nacida del océano, en la cual comienza su primera primavera.

Ya hacía tiempo que mi alma había alcanzado un mayor equilibrio bajo el influjo de diotima; aquel día la sentía triplemente pura, y mis fuerzas dispersas y destruidas se habían concentrado en un solo justo medio.

Hablabamos unos con otros de la excelencia del antiguo pueblo ateniense, de donde provenía, en que consistía.

Alguien dijo: <<fue debido al clima>>; otro :<<al arte y la filosofía>>; un tercero : <<a la religión y a sus formas estatales>>.

<<El arte y la religión atenienses, y su filosofía y sus formas estatales>> dije yo <<fueron flores y frutos del árbol, no suelo y raíces. Tomad los efectos por la causa.

>>Y a quien me diga que fue el clima el que dio forma a todo aquello, que piense que también nosotros vivimos en ese mismo clima.

>>El pueblo de los atenienses creció desde cualquier punto de vista más libre de toda influencia violenta que ningún otro pueblo de la tierra. Ningún conquistador lo debilitó, ninguna victoria lo embriagó, ninguna religión extranjera lo trastornó, ninguna sabiduría presurosa lo hizo madurar en una cosecha a destiempo. Abandonada a sí misma, como el diamante cuando nace, es su infancia. No se sabe nada de ellos hasta los tiempos de Pisistrato y de Hiparco. Tomaron poca parte en la guerra de Troya, que, como un invernadero, templó y exaltó demasiado pronto a la mayor parte de los pueblos griegos... De un destino extraordinario no nacieron hombres. Los hijos de tal padre son grandes, colosales, pero seres hermosos o, lo que es lo mismo, hombres, no lo son nunca, o solo tardamente, cuando los contrastes luchan entre sí con demasiada fuerza como para no acabar por hacer las paces.

>>Lacedemonia excede a los atenienses en su abundante fuerza, y por ello precisamente se habría destruido y desaparecido también antes si ni hubiera llegado Licurgo y sujetado a la fogosa naturaleza con su disciplina. A partir de entonces, en el espartano todo se obtiene gracias a la educación, toda perfección es alcanzada y adquirida al precio de un esfuerzo autoconsciente, y, si en cierto sentido puede hablarse de la sencillez de los espartanos, no la había, en absoluto, entre ellos, en su aspecto de sencillez ingenua, natural, auténtica. Los lacedemonios rompieron demasiado pronto el orden del instinto, degeneraron demasiado pronto, y por eso tuvo que empezar con ellos también demasiado pronto la disciplina; Pues cualquier disciplina y cualquier arte empieza demasiado pronto cuando la naturaleza del hombre no ha madurado bastante. En el niño debe vivir una naturaleza completa antes de que vaya a la escuela, para que la imagen de la niñez le muestre el camino de vuelta desde la escuela a la naturaleza total.

>>Los espartanos quedaron para siempre como un fragmento; pues el que no fue nunca totalmente un niño, difícil será que se convierta totalmente en un hombre.

>>Sin duda, cielo y tierra hicieron lo suyo por los atenienses, como por todos los griegos: no les dieron ni excesiva pobreza ni tampoco abundancia. Los rayos del cielo no cayeron sobre ellos como una lluvia de fuego. La tierra no los minó, no los emborrachó con caricias y dones excesivos, como a menudo hizo en otras partes esa madre imprudente.

>>A ello se unió la inmensa hazaña de Teseo, la restricción voluntaria de su poder real.

>>¡Oh! Tal semilla, sembrada en los corazones del pueblo, tiene que producir un océano de espigas doradas, y durante mucho tiempo se puede apreciar aun su acción y su fecundidad en los atenienses.

>>Lo dire otra vez: el que los atenienses crecieran tan libres de influjos autoritarios de toda clase, con un régimen tan moderado, es lo que los hizo tan excelentes, ¡y solo eso podía hacerlo!

>>¡No molesteis al hombre ya desde su cuna! ¡No lo saqueis del cerrado capullo de su ser, de la cabaña de su infancia! No hagais demasiado poco por el, de forma que no se halle privado de vosotros y asi os diferencie de el; en pocas palabras, dejad que el hombre tarde bastante en saber que hay hombres, que hay algo mas fuera de el, pues solo asi se convierte en hombre. Y el hombre es un dios en cuanto es hombre. Y cuando es un dios, es hermoso>>.

<<¡Que extraño!>>, exclamo uno de los amigos.

<<Nunca hasta ahora habias hablado tan profundamente a mi alma>>, dijo Diotima.

<<A ti te lo debo>>, respondi.

<<Asi era un hombre el ateniense>>, continue, <<asi tiene que volver a ser. Salio hermoso de las manos de la naturaleza, hermoso en cuerpo y alma, como se suele decir.

>>El primer hijo de la belleza humana, de la belleza divina, es el arte. En el se rejuvenece y se perpetua a si mismo el hombre divino. Quiere sentirse a si mismo, por eso coloca su belleza frente a si. Asi se dio el hombre a si mismo sus dioses. Pues al principio el hombre y sus dioses eran una sola cosa, y en ella, desconocida de si misma, estaba la belleza eterna... Hablo de un misterio, pero existen...

>>El primer hijo de la belleza divina es el arte. Asi ocurrio entre los atenienses.

>>La segunda hija de la belleza es la religion. Religion es amor a la belleza. El sabio la ama por si misma, infinita, omnicomprensiva; el pueblo ama a sus hijos, los dioses, que le aparecen con numerosos rostros. Tambien fue asi en Atenas. Y sin tal amor a la belleza, sin tal religion, todo Estado es un flaco esqueleto sin vida ni espiritu, y todo pensamiento y toda accion un arbol sin copa, una columna tronchada.

>>Que realmente este fue el caso entre los griegos, y especialmente entre los atenienses, que su arte y su religion son los autenticos hijos de la belleza eterna – de la naturaleza humana realizada – y solo podian proceder de la naturaleza humana realizada, se muestra claramente solo con querer ver con mirada imparcial los objetos de su arte sagrado y la religion con la que amaban y honraban aquellos objetos.

>>Lagunas y errores hay en todas partes, y por eso tambien los hubo alli. Pero una cosa es segura: que, no obstante, en los objetos de su arte se encuentra casi siempre al hombre maduro. No existe la mezquindad ni la monstruosidad de los egipcios y los godos, sino la naturaleza y la forma del hombre. Se desvian menos que otros hacia los extremos de lo sobrenatural y de lo natural. Sus dioses estan mas que otros en el hermoso punto medio de la humanidad.

>>E igual que sus objetos, era tambien su amor. ¡No excesivamente servil, pero tampoco intimo en exceso!

>>De la belleza espiritual de los atenienses se derivaba tambien su necesario sentido de la libertad.

>>El egipcio soporta sin dolor el despotismo de lo arbitrario; el hijo del norte soporta sin oposicion el despotismo de la ley, la injusticia con forma legal; pues el egipcio tiene, desde que esta en el vientre de su madre, un impulso hacia la veneracion y la idolatria; en el norte se cree demasiado poco en la pura y libre vida e la naturaleza como para no depender supersticiosamente de lo legal.

>>El ateniense no puede soportar lo arbitrario porque su naturaleza divina no admite ser importunada; no puede soportar la legalidad en todo porque tampoco siente que sea necesaria en todo. Dracon no es lo mas apropiado para el. Quiere ser tratado con dulzura, y hace muy bien>>.

<<¡Bueno!>>, me interrumpio alguien, <<eso lo entiendo, pero como ese pueblo poetico y religioso pudo ser a la vez tambien un pueblo filosofico, eso es lo que no veo>>

<<¡Pues sin poesia no hubiera sido nunca un pueblo filosofico!>>, dije.

<<¿Qué tiene que ver la filosofia>>, me respondio, <<que tiene que ver la fria excelsitud de esa ciencia, con la poesia?>>

<<La poesia>>, dije seguro de lo que decia, <<es el principio y el fin de esa ciencia. Como Minerva de la cabeza de Jupiter mana esa ciencia de la poesia de un ser infinitamente divino. Y asi confluye al fin tambien en ello lo que hay de incompatible en la misteriosa fuente de la poesia>>.

<<¡Que hombre mas paradójico!>>, exclamo Diotima. <<y, sin embargo, creo que le sigo. De todas formas, os habeis apartado del tema. Estabamos hablando de Atenas.

>>El hombre que no haya sentido en si al menos una vez en su vida la belleza en toda su plenitud>>, continúe, <<con ls fuerzas de su ser jugueteando entre si como los colores en el arco iris, el que nunca ha experimentado como solo en horas de entusiasmo concuerda todo interiormente, tal hombre no llegara nunca ni a ser un filosofo exceptico; su espiritu no esta hecho ni siquiera para la destruccion, asi que menos aun para construir. Porque, creeme, el esceptico, por serlo, encuentra en todo lo que piensa contradiccion y carencia solo porque conoce la armonia de la belleza sin tachas, que nunca podra ser pensada. Si desdeña el seco pan que la razon humana le ofrece con buena intencion, es solo porque en secreto se regala en la mesa de los dioses>>.

<<¡Exaltado!>>, exclamo Diotima, <<por eso tu tambien eras un exceptico. Pero ¡volvamos a los atenienses!>>

<<Ya voy llegando a ellos>>, dije. <<Solo un griego podia encontrar la gran frase de Heraclito, que [xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx] (lo uno diferente en si mismo), pues es la esencia de la belleza y antes de que se descubriera eso no habia filosofia alguna.

>>A partir de entonces podia definirse; todo estaba alli. La flor se habia abierto; ya se podia analizar.

>>La epoca de la belleza habia sonado entre los hombres, estaba alli en cuerpo y alma, existia lo infinitamente acorde.

>>Se lo podia descomponer, dividirlo con el pensamiento, se podia pensar de nuevo como junto lo dividido, se podia reconocer asi cada vez mejor la esencia de lo mas elevado y mejor, y lo asi reconocido darlo como ley en los multiples dominios del espiritu.

>>¿Veis ahora porque los atenienses tenian que ser tambien un pueblo filosofico?

>>El egipcio, en cambio, no. Quien no vive en un mismo amor y contraamor con el cielo y la tierra, quien no vive unido en este sentido con los elementos en los que se mueve, tampoco esta naturalmente tan unido consigo mismo, y la experiencia de la belleza eterna le es al menos mas dificil que a un griego.

>>Como un soberbio despota, la zona oriental del cielo obliga a sus habitantes, con su poder y su esplendor, a agacharse hasta tocar el suelo, y, aun antes de que el hombre haya aprendido a andar, tiene que arrodilarse; antes de haber aprendido a hablar, tiene que rezar; antes de que su corazon alcance un equilibrio, tiene que inclinarse; y antes de que su espiritu sea lo bastante fuerte para dar flores y frutos, el destino y la naturaleza, con su ardiente calor, eliminan de el toda fuerza. El egipcio esta sometido antes de ser un todo, y por eso no sabe nada de todo, nada de la belezza, y lo mas elevado a o que da nombre es una potencia velada, un enigma terrible; la muda y sombría Isis es para el lo primero y lo ultimo, un vacio infinito del que no ha salido nunca nada razonable. De la nada, por sublime que sea, nunca ha salido nada.

>>El norte, en cambio, empuja a sus hijos demasiado pronto hacia el interior de si mismos, y si el espiritu del fogoso egipcio se presura a correr hacia el mundo con un exceso de alegria por el viaje, en el norte el espiritu se decide por el regreso a si mismo incluso antes de estar dispuesto para partir.

>>En el norte hay que estar en posesion de la razon aun antes de que haya en uno un sentimiento maduro; se siente uno responsable de todo aun antes de que la inocencia haya llegado a su hermoso final; hay que ser razonable, hay que convertirse en un espiritu autoconsciente antes de ser hombre, en una persona inteligente antes de ser niño; no llega a florecer y madurar la unidad del hombre total, la belleza, antes de que el se forme y desarrolle. La pura inteligencia, la razon pura, son siempre reinas del norte.

>>Pero de la pura inteligencia no broto nunca nada inteligible, ni nada razonable de la razon pura.

>>Sin belleza de espiritu, la inteligencia es como un siervo artesano que desbasta una valla de madera tosca de acuerdo con lo que se le ha indicado, y clava uno tras otro los postes para el jardin que su dueño quiere construir. El asunto todo de la inteligencia es cuestion de necesidad. Nos protege del sinsentido y de la injusticia asegurando el orden; pero estar seguro frente al sinsentido y frente a la injusticia no es el grado mas alto de la perfeccion humana.

>>Sin belleza del espiritu y del corazon, la razon es como un capataz que el amo de la casa ha enviado para vigilar a los criados; el sabe tan poco como los criados en que acabara aquel trabajo inacabable, y solo grita: '¡Eh, vosotros, a trabajar!', pero casi ve con fastidio que el trabajo avanca, pues cuando acabe ya no tendra que dar mas ordenes y su papel se habra acabado.

>>De la pura inteligencia no ha surgido ninguna filosofia, pues la filosofia es mas que una ciega exigencia de un progreso nunca demasiado resolutivo en el arte de unir y de diferenciar una determinada sustancia.

>>Pero, en cambio, si la razon que aspira a elevarse es iluminada por el divino [xxxxxxxxxxxxxxxx], ya no exige ciegamente y sabe porque ya para que exige.

>>El sol de la belleza ilumina a la inteligencia en lo que le es propio, como el dia de mayo al taller del artista, e igual que este, no corre afuera y abandona su trabajo urgente, sino que piensa con gusto en el dia de fiesta en que ira a pasear en la rejuvenecida luz de la primavera>>.

Tal era mi estado de animo cuando tomamos tierra en la costa de Atica.

Teniamos el espiritu todavia demasiado lleno de la antigua Atenas para poder hablar mucho de una manera ordenada, y yo mismo me admiraba de la naturaleza de mis expresiones.

<<¿Cómo he podido perderme en las aridas cimas en que me visteis>>, exclame.

<<Siempre sucede asi>>, contesto Diotima, <<cuando uno se siente muy bien. La fuerza rebosante busca un empleo. Los corderillos se embisten a cabezazos cuando se han hartado de la leche de su madre>>.

Al subir las pendientes del Licabetes, a pesar de la prisa por llegar, nos parabamos a veces, absortos en pensamientos y maravillosas esperanzas.

Es hermoso que le sea al hombre tan dificil convencerse de la muerte e lo que ama, y sin duda nadie ha ido a la tumba de su amigo si la debil esperanza de encontrarse alli con el amigo vivo. A mi me impresiono el hermoso fantasma de la antigua Atenas como el rostro de una madre que regresara del mundo de los muertos.

<<¡Oh Partenon>>, exclame, <<orgullo del mundo! A tus pies yace el reino de Neptuno como un leon domado, y son como niños los otros templos agrupados a tu alrededor, el agora elocuente y el bosque de Acadamo...>>

<<¿Es posible que consigas trasladarte de tal forma a laa epocas antiguas?>>, me dijo Diotima.

<<No me recuerdes aquellas epocas>>, respondi; <<habia una vida divina y el hombre era entonces el centro de la naturaleza. La primavera, cuando florecia en torno a Atenas, era como una flor modesta en el seno de una doncella; el sol se levantaba rojo de pudor sobre los esplendores de la tierra.

>>Las rocas de marmol del Himeto y del Pentelico surgian de la cuna en que dormian como niños en el regazo de la madre, y cobraban forma y vida en las cariñosas manos de los atenienses.

>>La naturaleza ofrecia miel y las mas bellas violetas, y mirtos y olivos.

>>La naturaleza era sacerdotisa, y el hombre su dios, y en ella toda vida, y cada forma y cada tono de ella, eran solo un eco ferviente de su señor, a quien ella pertenecia.

>>Solo a el festejaba, solo a el sacrificaba.

>>Y el se lo merecía, ya le retuviera el amor en el taller sagrado donde abrazaba las rodillas de la imagen divina que el mismo había creado, o, instalado en las laderas de la verde cumbre del Sunio, en medio de los discípulos atentos, dejara huir el tiempo entre altos pensamientos, ya corriera en el estadio, o, desde el sillón del orador, como el dios de las tormentas, lanzara lluvia y luz solar y rayos y nubes de oro...>>

<<¡Oh, mira!>>, me dijo de pronto Diotima.

Mire, y hubiera querido desaparecer ante aquella grandiosa visión.

Como un inmenso naufragio cuando los huracanes ya han callado y huido los marinos, y el cadáver de la flota destrozada yace irreconocible en el banco de arena, así yacía Atenas a nuestros pies, y las columnas huérfanas se elevaban ante nosotros como los troncos desnudos de un bosque que por la tarde aún verdeaba pero que por la noche ardió por completo.

<<Aquí>>, dijo Diotima, <<aprende uno a callarse acerca de su propio destino, sea bueno o malo.>>

<<Aquí aprende uno a callar acerca de todo>>, continué yo. <<Si al menos los segadores que cosecharon estas mieses hubieran enriquecido sus graneros con tales espigas, nada se habría perdido, y yo me contentaría con estar aquí de espigador; pero ¿quién se aprovecha de ellas?>>

<<Toda Europa>>, contestó uno de los amigos.

<<¡Oh, sí!>>, exclamé, <<se llevaron las columnas y las estatuas y se las han vendido unos a otros y no han tenido en menos aprecio a estas nobles formas, a causa de su rareza, que a los papagayos y a los monos.>>

<<¡No digas eso!>>, replicó el mismo, <<y si realmente les falta también el espíritu de todo lo bello, será porque no se puede exportar ni comprar>>.

<<¡Así es!>>, exclamé. <<Y además, aquel espíritu ya había desaparecido antes de que llegaran a Atica los destructores. Solo cuando las casas y los templos han muerto, se atreven las bestias salvajes a penetrar por puertas y callejas>>.

<<Para el que tiene aquel espíritu>>, dijo Diotima para consolarme, <<Atenas se yergue todavía como un frutal en flor. Al artista no le resulta difícil completar un torso>>:

Al día siguiente salimos muy temprano, vimos las ruinas del Partenón, el emplazamiento del antiguo teatro de Baco, el templo de Teseo, las dieciséis columnas que todavía siguen en pie del divino Olimpio; pero lo que más me impresionó fue la vieja puerta por la que se pasaba antiguamente de la ciudad vieja a la nueva, donde seguramente en aquella época se saludaban en un solo día mil hermosos seres humanos. Ahora no se llega ni a la ciudad vieja ni a la nueva por esa puerta, y allí está, muda y desolada, como una fuente seca de cuyos caños brotaba antes con amistoso murmullo el agua clara y fresca.

<<¡Ay!, dije mientras vagábamos de acá para allá, <<resulta un soberbio juego del destino que derrumbe aquí los templos y de sus piedras destrozadas para que sirvan a los niños de proyectiles, que haga de los dioses mutilados bancos ante las cabañas de los campesinos, y de las tumbas lugares de reposo para el toro que padece, y tal prodigalidad es más regia que el capricho de Cleopatra cuando bebió las perlas disueltas; sin embargo, ¡qué lastima de tanta grandeza y hermosura!>>.

<<¡Buen Hipérion!>>, dijo Diotima, <<es hora de que partas de aquí; estás pálido y tus ojos están cansados, e intentas en vano aliviarte con ocurrencias. ¡Ven, salgamos! ¡al verde! ¡entre los colores de la vida! Eso te hará bien>>.

Salimos a los jardines vecinos.

Los otros, por el camino, entraron en conversación con dos sabios ingleses que recogían su cosecha entre las antigüedades de Atenas, y no querían irse de aquel lugar. Con gusto les deje allí.

Todo mi ser se reanimó cuando me volví a ver otra vez solo con Diotima; ella había sostenido una lucha épica con el sagrado caos de Atenas. Los silenciosos pensamientos de Diotima reinaban sobre los escombros como las templadas cuerdas de la musa celeste sobre los elementos discordantes. Como la luna que surge de las tiernas nubes, se elevaba

su espíritu de aquel hermoso sufrimiento; aquella divina criatura, en su melancolía, era como la flor cuyo perfume se aviva con la noche.

Nos alejamos más y más, y al fin nuestro paseo no fue en vano.

¡Oh bosques de Angele, donde el olivo y el ciprés, entremezclando sus murmullos, se refrescan con amistosas sombras, donde el dorado fruto del limonero brilla entre el oscuro follaje, donde la parra llameante crece caprichosa sobre la cerca y el pomelo maduro yace en el camino sonriente como el niño perdido al que se encuentra! ¡oh senderos perfumados y secretos! ¡oh parajes apacibles donde la imagen del mirto sonríe desde la fuente! Nunca os olvidare.

Diotima y yo anduvimos un rato de un lado a otro bajo los magníficos árboles, hasta que se nos ofreció un lugar espacioso y alegre.

Allí nos sentamos. Había entre los dos una calma maravillosa. Mi espíritu revoloteaba en torno al divino rostro de la muchacha como la mariposa en torno de una flor, y todo mi ser se aligeraba, se concentraba en la alegría de la contemplación embriagadora.

<<¿Qué, ya te has consolado, cabeza loca?>>, dijo Diotima.

<<¡Sí, sí! ya lo estoy>>, respondí. <<Lo que daba por perdido lo tengo; aquello por lo que suspiraba como si hubiera desaparecido del mundo, está ante mí. ¡No, Diotima! Aun no se ha secado, la fuente de la eterna belleza.

>>Ya te lo he dicho una vez: ya no necesito ni a los dioses ni a los hombres. Sé que el cielo está muerto, despoblado, y la tierra, que antes desbordaba de hermosa vida humana, se ha vuelto casi como un hormiguero. Pero aun hay un lugar donde el antiguo cielo y la tierra antigua me sonríen. En tu olvido a todos los dioses del cielo y a todos los hombres divinos de la tierra.

>>¡Que me importa el naufragio del mundo; de lo único que se es de mi isla bienaventurada!>>

<<Hay un tiempo para el amor>>, dijo Diotima con amistosa seriedad, <<como hay un tiempo para vivir en la cuna feliz. Pero la vida misma nos arranca de allí.

<<¡Hiperión!>>, y entonces me cogió fogosamente de la mano y su voz se elevó con solemnidad, <<¡Hiperión! Creo que has nacido para grandes cosas. ¡No te desconozcas! La falta de ocasión es lo que te ha retenido. Nada iba lo bastante deprisa para ti, eso te abatía. Como los esgrimidores jóvenes, te tiraste a fondo demasiado pronto, aun antes de estar seguro de tu meta y antes de que tu puño estuviera adiestrado, y como, naturalmente, fuiste tocado más veces de las que tu tocaste, te entró miedo y dudaste de ti y de todo, pues eres tan sensible como violento. Pero nada se ha perdido por eso. Si tu carácter y tu actividad no hubieran madurado tan pronto, no sería tu espíritu lo que es; no serías el hombre pensante, el hombre que sufre, el hombre agitado que eres. Créeme, no habrías reconocido nunca de una forma tan pura el equilibrio de la hermosa humanidad si tu mismo no lo hubieras perdido de tal forma. Tu corazón ha encontrado por fin la paz. Así quiero creerlo. Y lo comprendo. Pero ¿piensas realmente que has llegado a la meta? ¿Quieres encerrarte en el cielo de tu amor y dejar secarse y enfriarse a tus pies al mundo, que te necesita? ¡Tienes que descender como el rayo de luz, como la lluvia refrescante, tienes que bajar a la tierra mortal, tienes que iluminar como Apolo, sacudir y vivificar como Jupiter; si no, no eres digno de tu cielo. Te lo ruego, vuelve otra vez a Atenas y fíjate también en los hombres que caminan entre sus ruinas: en los rudos albaneses y en los otros griegos, buenos e infantiles, que con una danza alegre y un cuento sagrado se consuelan de la ultrajante tiranía que pesa sobre ellos...¿Puedes decir que te avergüenzas de ese tema? Yo opino, sin embargo, que sería formativo. ¿Puedes apartar tu corazón de los necesitados? ¡No son malos, no te han hecho ningún mal!>>

<<¿Qué puedo hacer por ellos?>>, pregunté.

<<Dales lo que tienes en ti>>, respondió Diotima, <<da>>...

<<¡Ni una palabra, ni una palabra más, alma grande!>>, exclamé, <<si no, me subyugaras, si no, será como si me hubieras empujado a ello a la fuerza..

>>No seran mas felices, pero seran mas nobles. ¡No!, tambien seran mas felices. Es preciso que surjan, que se eleven, como las montañas nuevas entre las olas del mar cuando le empuja su fuego subterráneo.

>>Sin embargo, estoy solo y avanzo entre ellos sin gloria. Pero cuando alguien es un hombre. ¿no es mas poderoso que centenares que son solo fragmentos de hombres?

>>¡Santa naturaleza! Eres la misma en mi y fuera de mi. No tiene que ser tan difícil unir lo que esta fuera de mi con lo divino que hay en mi. ¿No le basta a la abeja con su pequeño reino? ¿Pues porque no podría yo plantar y cultivar lo que es necesario?

>>Pues ¿qué?, el mercader árabe sembro su Corán y le creció un pueblo de discípulos como un bosque infinito, ¿y no tendría que ser fértil también el campo a donde la vieja verdad vuelve con una nueva y viva juventud?

>>¡Que cambie todo a fondo! ¡Que de las raíces de la humanidad surja el nuevo mundo! ¡Que una nueva deidad reine sobre los hombres, que un nuevo futuro se abra ante ellos!

>>En el taller, en las casas, en las asambleas, en los templos, ¡que cambie todo en todas partes!

>>Pero todavía tengo que viajar para aprender. Soy un artista, pero no estoy adiestrado. Formo mi espíritu, pero aun no se conducir mi mano...>>

>>Irás a Italia – dijo Diótima -- , a Alemania, a Francia...¿Cuántos años necesitas?, ¿tres, cuatro? Pienso que tres son bastantes; no eres de los tardos y solo buscas lo mas grande y bello...>>

<<¿Y luego?>>

<<Serás educador de nuestro pueblo, serás un gran hombre, espero. Y entonces, cuando te abrace como ahora, soñaré que soy una parte del hombre admirable, me regocijare como si me hubieras entregado la mitad de tu inmortalidad, como Polux a Castor. ¡Oh, voy a estar muy orgullosa, Hiperion!>>

Yo calle un rato. Rebosaba de inexpresable alegría.

<<¿Es posible, pues, la satisfacción entre la decisión y el acto?>>, acabe por decir, <<¿hay un reposo antes de la victoria?>>

<<Hay el reposo del héroe>>, dijo Diótima, <<hay decisiones que, como palabras divinas, son al mismo tiempo mandato y realización, y así es la tuya.>>

Cuando volvimos fue como tras nuestro primer abrazo. Todo se nos había vuelto extraño y nuevo.

Me encontraba entonces en medio de las ruinas de Atenas como el labrador en la sementera. <<¡Descansa tranquilo>>, pensaba mientras volvíamos al barco, descansa tranquilo, país dormido! Pronto verdearía en ti la vida joven y crecería buscando las bendiciones del cielo. Pronto dejaría para siempre de caer en vano la lluvia de las nubes, pronto volvería el sol a encontrar a sus viejos discípulos.

>>¿Preguntas por los hombres, naturalmente? ¿Te lamentas igual que la lira en la que solo toca el hermano del azar, el viento, porque el artista que la tañía ha muerto? ¡Ya llegarán tus hombres, naturaleza! Un pueblo rejuvenecido te rejuvenecerá también a ti, y serás como su desposada, y el antiguo vínculo de los espíritus se renovará contigo.

>>Solo habrá una belleza; y humanidad y naturaleza se unirán en una única divinidad que lo abarcará todo.>>

VOLUMEN SEGUNDO

LIBRO PRIMERO

HIPERION A BELARMINO

A nuestro regreso del Atica vivimos los últimos momentos hermosos del año.

El otoño fue para nosotros un hermano de la primavera, una época de fiesta para recordar las penas y pasadas alegrías del amor. Las hojas que se marchitaban tenían los colores el crepusculo, solo el pino y el laurel permanecían eternamente verdes. Se demoraban en los

aires calidos las aves migratorias, otras se dispersaban por viñas y huertos y cosechaban alegremente los que los hombres habian desdeñado. Y la luz celeste corria mas sonora desde el cielo abierto; a traves de todas las ramas sonreia el sol sagrado, el buen sol, al que nunca nombro sin alegría y agradecimiento, el cual, a menudo, me ha curado con una mirada de mi honda pena y ha purificado mi alma del desaliento y de la preocupacion. Diotima y yo visitamos de nuevo todos nuestros senderos preferidos; en todas partes nos encontrabamos con horas felices desaparecidas.

Nos acordabamos del pasado mayo. Nunca habiamos visto la tierra tal como entonces, pensabamos; parecia que hubiese sido transformada: una nube plateada de retoños, una gozosa llama de vida, limpia de cualquier impureza.

<<¡Ah, todo estaba tan lleno de placer y de esperanza>>, exclamo Diotima, <<tan lleno de crecimiento inaudible y, al mismo tiempo, sin esfuerzo, con tanta paz del alma como un niño que juega consigo mismo y no piensa en nada mas!>>

<<En eso>>, dije yo, <<reconozco al alma de la naturaleza, en ese fuego tranquilo, en esa vacilacion dentro de su potente prisa.>>

<<Y esa vacilacion es tan dulce para los felices>>, dijo Diotima, <<¿sabes?, una vez estabamos por la noche juntos en el puente, tras una fuerte tormenta, y las aguas rojizas del torrente fluian bajo nosotros como una flecha, pero al lado verdeaba en calma el bosque y las claras hojas de las hayas apenas se movian. Entonces nos hizo mucho bien que el verde lleno de vida no huyera tambien de nosotros, como el arroyo, y la hermosa primavera nos mantuvo tan callados como un ave prisionera... que ahora, sin embargo ha huido mas alla de las montañas.>>

Reimos de estas palabras, a pesar de que estabamos mas cerca de la tristeza.

Asi debia escaptambien nuestra propia felicidad, y lo sentiamos.

¡Oh, Belarmino! ¿Quién podra decir que esta seguro cuando incluso lo bello madura tan en contra de su destino, cuando incluso lo divino tiene que humillarse y compartir la muerte necesaria con todo lo que es mortal?

HIPERION A BELARMINO

Me quede todavia un rato con la encantadora muchacha delante de su casa, hasta que la luz de la noche brillo en el tranquilo crepusculo; luego volvi a casa de Notara, pensativo, lleno de una desbordante vida heroica, como siempre que me alejaba de sus abrazos. Habia llegado una carta de Alabanda.

<<Todo se agita, Hiperion>>, me escribia; <<Rusia ha declarado la guerra a la Sublime Puerta; una flota va camino del archipiélago; los griegos pueden ser libres si se alzan tambien ellos y rechazan al sultan hasta el Eufrates. Los griegos haran los que les corresponde, los griegos seran libres y yo me alegro cordialmente de que otra vez haya algo que hacer. Hasta que las cosas han llegado a este punto, apenas vivia.

>>Si todavia eres el de antes, ¡ven! Me encontraras en el pueblo anterior a Coron si vienes por el camino de Misistra. Vivo en la colina, en la granja blanca al lado del bosque.

>>He roto con la gente que conociste en mi casa en Esmirna. Tenias razon, con tu fino olfato, que te hizo no entrar en su circulo.

>>Ya estoy deseando volver a vernos a los dos en esa nueva vida. Hasta ahora el mundo era demasiado malo para ti como para darte a conocer a el. Como no querias realizar tareas serviles, no hacias nada, y el no hacer nada te ponia melancolico y soñador.

>>No querias nadar en un pantano. ¡Ven ahora, ven, y vamos a bañarnos en mar abierta!

>>¡Eso nos hara bien, mi unico amigo!>>

Asi me escribio. En el primer momento quede impresionado. Me ardia el rostro de vergüenza, me hervia la sangre como una fuente de aguas caldas, y no podia parar quieto en ningun sitio, de tanto como me dolia que Alabanda hubiera llegado mas lejos que yo en su vuelo, sin superacion posible. Pero a partir de aquel instante tome tambien mucho mas a pecho el trabajo futuro...

<<Me he vuelto demasiado ocioso>>, me decia, <<demasiado amante de la paz, demasiado etereo, demasiado indolente...Alabanda mira al mundo como un noble piloto, Alabanda es activo y busca en la ola su presa; ¿y tus manos duermen en tus rodillas? ¿y con tus formulas magicas quieres conjurar al mundo? Pero tus palabras son como copos de nieve, inutil, y solo enturbian el aire, y tus voces magicas son para los creyentes, pero los incredulos no te escuchan...¡si! ¡ser manso a su debido tiempo es hermoso, pero ser manso a destiempo es feo, porque es cobarde!...¡Oh, Harmodio, yo quiero ser como tu mirto, como tu mirto donde se escondia una espada! No quiero que mi ociosidad haya sido en balde, y mi sueño ha de ser como aceite cuando se le acerca la llama. No quiero ser un espectador cuando haya que actuar, no quiero andar de aquí para allá preguntando por las novedades cuando Alabanda reciba sus laureles>>.

HIPERION A BELARMINO

La palidez de Diotima, cuando leyo la carta de Alabanda, me llevo al alma. Con calma y seriedad, comenzo a persuadirme de que diera aquel paso, y hablamos mucho a su favor y en contra.

<<¡Oh vosotros, los violentos>>, expreso al fin, <<que siempre estais en los extremos, pensad en la Nemesis!>>

<<A quien sufre con lo extremo>>; dije, <<le conviene lo extremo>>.

<<Aunque tengas razon>>, replique, <<tu no has nacido para ello>>.

<<Eso es lo que parece>>, dije. <<pero ya he esperado demasiado. 'Oh! Quisiera llevar la carga de un Atlas para expiar las faltas de mi juventud. ¿Tengo una conciencia? ¿hay en mi una constancia? ¡Oh, dejame, Diotima! Ahora, precisamente en esta empresa, tengo que conquistarlas>>.

<<¡Eso es vana presuncion!>>, exclamo Diotima, <<el otro dia eras mas humilde, el otro dia, cuando dijiste que tenias que viajar para aprender>>.

<<¡Querida sofista!>>, exclame, <<tambien entonces estabamos hablando de algo completamente distinto. Para conducir a mi pueblo al Olimpo de la divina belleza, donde manan de fuentes eternamente jovenes lo verdadero y lo bueno, aun no estoy preparado. Pero a servirme de una espada si he aprendido, y no necesito mas por ahora. La nueva liga de los espíritus no puede vivir en el aire, la sagrada teocracia de lo hermoso tiene que morar en un Estado libre, este precisa de un lugar en la tierra, y este lugar se lo conquistaremos nosotros>>.

<<Conquistaras>>, replique Diotima, <<Y olvidarás para que has conquistado. Si todo va bien, conseguiras un Estado libre, y entonces te diras: ¿para que lo he construido? ¡Ay, toda esa hermosa vida que deberia brotar en el, se consumira, se destruira en ti! ¡Lo salvaje de la lucha te destrozara, alma hermosa; envejeceras, espíritu feliz! Y cansado de la vida preguntaras al fin: ¿dónde estais ahora, ideales de mi juventud?>>

<<Es cruel, Diotima>>, replique, <<desgarrarme así el corazón, querer atarme de esa forma a mi propio miedo a la muerte, a mis extrañas ansias de vida. ¡Pero no, no, no! La esclavitud mata, pero la guerra justa vivifica todas las almas. ¡Si se echa el oro al fuego, se le da el color del sol! ¡Y lo que le da al hombre su juventud total es romper los lazos! ¡Lo unico que salvara a este siglo reptante, que envenena en germen toda naturaleza hermosa, sera que se rebele y aplaste a la serpiente!...¿Y envejecere, Diotima, si libero a Grecia? ¿envejecer, degenerar, convertirme en un hombre como los demas? ¡Oh! Entonces ¿estaba vacío, y frío, y abandonado por los dioses el joven ateniense que, trayendo el mensaje de la victoria de Maraton, llevo a la cima del Pentelico y vio a sus pies los valles del Atica?>>

<<¡Pero querido, querido>>, exclamo Diotima. <<tranquilizate! No te dire ni una palabra mas. ¡Parte, debes partir, orgulloso! ¡Ay, cuando eres así no tengo ningun poder, ningun derecho sobre ti!>>.

Lloraba amargamente y yo me sentia ante ella como un criminal. <<¡Perdoname, divina criatura!>>, grite arrodillado a sus pies>>, <<¡oh, perdoname, porque es preciso! Yo no

decido, no pienso. Hay una fuerza en mi y no se si soy yo mismo quien me arrastra a dar este paso>>.

<<Toda tu alma te lo ordena>>, respondió ella. <<No obedecerla conduce a menudo a la ruina, pero obedecerla también. Lo mejor es que vayas, pues es lo más grande. Tu, actúa; yo lo soportaré>>.

HIPERION A BELARMINO

A partir de aquel momento, Diotima cambió de manera asombrosa.

Yo había visto con alegría como, desde que existía nuestro amor, su vida, reservada, se había exteriorizado en miradas y tiernas palabras, y su calma genial se me había presentado a menudo con brillante fervor.

Pero ¡que extraña se nos hace un alma noble cuando, tras el primer florecimiento, tiene que elevarse al apogeo del mediodía! Aquella radiante criatura era casi imposible de reconocer, ¡tan sublime y tan doliente se había vuelto!

¡Ah, cuantas veces me postre ante aquella afligida imagen divina y pense que mi alma se disolvería en llanto por el dolor de ella, y sin embargo, asombrosamente, me levantaba, e incluso con fuerzas todopoderosas! De su pecho oprimido había subido a sus ojos una llama. En su ser, demasiado angosto para tantos deseos y penas, los pensamientos se habían vuelto sublimes y audaces. Una nueva grandeza, un poder que dominaba todo cuanto podía sentir, reinaba en ella. Era un ser superior. Ya no pertenecía a la raza de los mortales.

¡Oh Diotima mía, si hubiera podido imaginar entonces en que acabaría todo aquello!

HIPERION A BELARMINO

También el prudente Notara estaba encantado con mis nuevos proyectos; me prometió un fuerte contingente de partidarios; esperaba ocupar pronto el istmo de Corinto y, a partir de allí, tomar toda Grecia. Pero el destino quiso que sucediera de otra forma e inutilizó su trabajo antes de que alcanzara la meta.

Me aconsejó que no fuera a Tina, que bajara directamente al Peloponeso y procurara pasar inadvertido. Opinaba que no debía escribir a mi padre hasta que estuviera de camino, pues al prudente anciano le sería más fácil perdonar un paso ya dado que autorizarlo antes de que hubiera sucedido. No era una forma de actuar que me gustara, pero cuando tenemos en perspectiva una gran meta sacrificamos con gusto los propios sentimientos.

<<Dudo>>, continuó Notara, <<que puedas contar con la ayuda de tu padre en este caso. Por eso te dare lo que aproximadamente te sea necesario para vivir y actuar en cualquier contingencia durante algún tiempo. Si alguna vez puedes, me lo devuelves; si no, lo mío habrá sido también tuyo. No te avergüences de dinero>>, añadió sonriente; <<ni siquiera los corceles de Febo viven del aire, como nos cuentan los poetas.>>

HIPERION A BELARMINO

Y llegó el día de la despedida.

Durante toda la mañana había estado yo arriba, en el jardín de Notara, al aire fresco del invierno, bajo los cipreses y cedros de perenne verdor. Estaba preparado. Las grandes energías de la juventud me mantenían erguido y el dolor que presentía me alzaba aún más alto, como una nube.

La madre de Diotima nos había pedido a Notara, a los demás amigos y a mi que pasáramos junto a ella nuestro último día. Aquellos buenos compañeros se habían alegrado por Diotima y por mí y no habían dejado de apreciar lo que de divino había en nuestro amor. Ahora debían bendecir también mi separación.

Baje y encontré a mi fiel amada junto al hogar. Encargarse del cuidado de la casa en aquel día le parecía una ocupación sagrada, sacerdotal. Había arreglado y embellecido toda la casa, sin permitir que nadie le ayudara en aquella tarea. Había cortado cuantas flores

quedaban aun en el jardin y, a pesar de la avanzada epoca el año, aun habia encontrado rosas y uvas frescas.

Reconocio mis pasos cuando llegue y me salio dulcemente al encuentro; sus palidas mejillas lucian por la llama del hogar, y sus ojos serios, enormes, brillaban de lagrimas. Ella se dio cuenta de cómo me impresionaba. <<Entra, querido>>, dijo; <<mi madre esta dentro y yo volvere enseguida.>>

Entre. Aquella noble mujer me tendio desde su asiento su hermosa mano y exclamo:

<<¡Ven, ven, hijo mio! Deberia enfadarme contigo; me has quitado a mi hija, has borrado de mi, con tus palabras, toda razon, haces cuanto te viene en gana y ahora te vas; ¡oh potencias celestiales, si no tiene razon, perdonadle, y si la tiene, no vacileis en proporcionarle vuestra ayuda!>> Yo quise hablar, pero en aquel momento llego Notara con los demas amigos y, tras ellos, Diotima.

Durante un rato estuvimos callados. Rendiamos homenaje a la tristeza del amor que habia en todos nosotros. Finalmente, tras unas pocas palabras pasajeras, me rogo Diotima que contara algo de la historia de Agis y Cleomenes; yo habia citado aquellas dos grandes almas a menudo con fogosa veneracion, y dicho que eran semidioses son tanta certeza como Prometeo y que su lucha con el destino de Esparta habia sido mas heroica que qualquier otra de los mas gloriosos mitos. El genio de aquellos hombres habia sido el crepusculo de dia griego, como Teseo y Homero habian sido su aurora.

Yo relate la historia y al final todos nos sentiamos mas fuertes y elevados.

<<Feliz aquel>>, exclamo uno de nuestros amigos, <<cuya vida alterna entre alegrías del corazon y frescas luchas.>>

<<¡Si>>, exclamo otro, <<la eterna juventud reside en tener siempre en juego fuerzas bastantes y en mantenernos integros en el placer y en el trabajo!>>

<<¡Oh, quisiera ir contigo!>>, me dijo Diotima.

<<Es bueno tambien que te quedes, Diotima>>, le respondi. <<La sacerdotisa no debe salir del templo. Tu guardas la llama sagrada, tu guardas en silencio la belleza para que yo la vuelva a encontrar en ti.>>

<<Tienes razon, querido, asi es mejor>>, dijo, y su voz temblaba, y oculto sus ojos celestiales en el pañuelo para que no se vieran sus lagrimas y su confusion.

¡Ah, Belarmino, me partia el pecho pensar que era yo quien le hacia enrojecer de aquella forma. <<¡Amigos!>>, grite, <<conservadme a este angel. Si no se da ella, no se da nada mas. ¡Oh cielo, no puedo ni pensar de que seria capaz si la perdiera!>>

<<¡Calmate, Hiperion!>>, me interrumpio Notara.

<<¿Calmarme?>>, exclame. <<¡Oh, amigos míos! Vosotros teneis derecho a preocuparos por las flores del jardin y por como sera la cosecha; vosotros teneis derecho a rezar por vuestras vendimias, ¿y yo no deberia irme sin desear lo unico que mi alma venera?>>

<<¡No, amigo!>>, replico Notara conmovido; <<¡no!, ¡no te me separaras de ella sin expresar tus votos! ¡No, por la divina inocencia de vuestro amor! Podeis contar con mi bendicion.>>

<<Eso me hace pensar>>, dije de inmediato, <<que tambien ella, esta querida madre, debe bendecirnos, debe servirnos con vosotros de testigo...¡Ven, Diotima! Tu madre debe santificar nuestra union hasta que la hermosa comunidad que esperamos nos una en matrimonio.>>

Puse una rodilla en tierra; sonrojada, con los ojos muy abiertos, sonriendo de felicidad, se arrodillo ella tambien a mi lado.

<<Desde hace mucho tiempo>>, exclame, <<nuestra vida, ¡oh Naturaleza!, se confunde con la tuya, y nuestro propio mundo, por el amor, es juvenilmente celeste, como tu y todos tus dioses.>>

<<Paseabamos por tus bosques>>, continuo Diotima, <<y eramos como tu; nos sentabamos junto a tus fuentes y eramos como tu; subiamos a lo alto de los montes con tus hijas las estrella, como tu.>>

<<Cuando estabamos separados>>, segui yo, <<cuando nuestras inminentes delicias vibraban en nosotros como la resonancia de una lira, cuando nos encontrabamos, cuando desaparecia todo sueño y todos los tonos despertaban en nosotros a los plenos acordes de la vida, ¡divina Naturaleza!, entonces eramos siempre como tu, y tambien ahora, cuando nos separamos y muere la alegria, estamos, como tu, llenos de pena, y, sin embargo, tambien de bondad, y por ello es preciso que una boca pura nos atestigüe que nuestro amor es sagrado y eterno, como tu.>>

<<Yo lo atestiguo>>, dijo su madre.

<<Lo atestiguamos>>, gritaron los demas.

A partir de aquel momento, cualquier otra palabra nos resultaba superflua. Yo sentia mi corazon mas elevado que nunca; me sentia maduro para la despedida. <<¡Ahora quiero partir, amigos!>>, dije, y la vida desaparecio en todos los rostros. Diotima, en pie, como una estatua de marmol, dejo morir sensiblemente su mano en la mia. Yo habia matado todo en torno mio, estaba solo y fui presa del vertigo ante el silencio sin fronteras donde mi vida desbordante no encontraba ya ningun apoyo.

<<¡Ay!>>, exclame, <<¡el corazon se me abrasa y vosotros estais tan frios, amigos! ¿Solo los dioses de este hogar prestan oidos a mi voz? ...¡Diotima...! ¡Estas callada, no ves...! ¡Oh, feliz tu que no ves!>>

<<¡Ahora, vete>>, suspiro; <<asi tiene que ser! ¡Vete, querido corazon!>>

<<¡Oh dulce sonido de esos deliciosos labios!>>, exclame, y quede como suplicante ante aquella estatua llena de encanto. <<Dulce sonido, ¡llega hasta mi otra vez! Querida luz de tus ojos, ¡detente en mi otra vez!>>

<<¡No hables asi, amado!>>, dijo ella, <<¡dime palabras mas graves, hablame con mayor corazon!>>

Querria contenerme, pero estaba como en un sueño.

<<¡Ay dolor!>>, grite, <<esta es una despedida sin retorno.>>

<<La vas a matar>>, exclamo Notara. <<Mira lo serena que esta ella y tu tan fuera de ti.>>

La mire y las lagrimas brotaron de mis ojos ardientes.

<<¡Adios, pues, Diotima!>>, grite; <<¡Cielo de mi amor, adios! ¡Ayudadnos a ser fuertes, amigos queridos! ¡Querida madre, a ti te di alegria y dolor! ¡Adios, adios!>>

Sali tambaleandome. Solo Diotima me siguio.

Habia anochecido y las estrellas trepaban por el cielo. Nos paramos, en silencio, al pie de la casa. Habia en nosotros y sobre nosotros algo eterno. Tierna como el eter me envolvió Diotima. <<Loco mio, ¿qué es la separacion?>>, me susurro misteriosamente con la sonrisa de un inmortal.

<<Ahora yo tambien me siento de otra manera>>, dije, <<y no se cual de las dos cosas es un sueño, si mi pena o mi alegria.>>

<<Las dos>>, respondio ella, <<y las dos son buenas>>.

<<¡Oh perfecta!>>, exclame, <<hablo igual que tu. En el cielo estrellado nos reconoceremos. Que el sea la señal entre tu y yo mientras callen los labios>>.

<<¡Que asi sea!>>, respodio lentamente, con un acento que nunca le habia oido, y que fue el ultimo. Su imagen se me desvanecio en la luz del crepusculo y no se si fue realmente a ella a quien vi al volverme por ultima vez, forma incierta que temblo todavia un momento ante mis ojos y luego desaparecio en la noche.

HIPERION A BELARMINO

¿Por qué te cuento todo esto y renuevo mi pena, y reavivo en mi la inquieta juventud? ¿No es suficiente haber caminado una vez por el espacio de la muerte? ¿Por qué no permanezco calado en la paz de mi espiritu?

Por esto, Belarmino: porque cada alentar de la vida sigue siendo valioso para nuestro corazon, porque todas las metamorfosis de la naturaleza pura pertenecen tambien a su

belleza. Nuestra alma, si rechaza las experiencias mortales y solo vive en la calma sagrada, ¿no es como un arbol sin hojas, como una cabeza sin rizos? ¡Querido Belarmino!, he pasado una temporada en calma; he vivido como un niño en las tranquilas colinas de Salamina, he olvidado el destino y las aspiraciones humanas.

Desde entonces muchas cosas han cambiado en mi mirada y ahora hay en mi suficiente paz como para permanecer tranquilo ante cualquier aspecto de la vida humana. ¡Amigo mio!, al final el espiritu nos reconcilia con todo lo existente. No lo creras, al menos oyendomelo a mi. Peo pienso que incluso en mis cartas podrias apreciar como mi alma se vuelve cada dia mas y mas tranquila. Y en el futuro insistire tanto sobre ello que acabaras por creerlo.

Te copio ahora cartas que Diotima y yo nos escribimos tras mi despedida de Calauria. Son lo mas precioso que puedo confiarte. Son la imagen mas calida de aquellos dias de mi vida. Poco te diran del estruendo de la guerra. Pero si mucho de mi propia vida, y esto es lo que quieres saber. ¡Ah!, y veras en ellas tambien con cuanto amor fui amado. Esto no te lo hubiera podido decir yo nunca; es solo Diotima quien lo dice.

HIPERION A DIOTIMA

He despertado de la muerte de la separacion, ¡Diotima mia!, y mi espiritu se levanta de nuevo como tras un sueño.

Te escribo desde lo alto de una de las montañas de Epidauró. A lo lejos, en la profundidad, se adivina tu isla, Diotima, y al otro lado mi estadio, el campo de batalla donde debo vencer o morir. ¡Oh Peloponeso!, ¡oh vosotras, fuentes del Eurotas y del Alfeo! ¡Ahí se decidira todo! Desde los bosques espartanos se lanzara con nuestro ejercito el antiguo genio de la patria, como un aguila de alas rumorosas.

Mi alma esta llena de ganas de actuar y de amor, Diotima, y mi vista recorre los valles griegos como si pudiera ordenar magicamente: ¡jalzaos de nuevo, ciudades de los dioses! Debe haber un dios en mi, pues apenas siento ahora nuestra separacion. Como las sombras bienaventuradas a orillas del Leteo, vive ahora mi alma con la tuya en celeste libertad, y el destino ya no tiene poder alguno sobre nuestro amor.

HIPERION A DIOTIMA

Estoy ahora en pleno Peloponeso. En la misma cabaña en que he pasado hoy la noche dormi antes, cuando, siendo aun casi un muchacho, atrevese estas regiones en compañía de Adamas. ¡Que feliz era entonces, cuando, sentado en el banco de delante de la casa, escuchaba los ruidos de una caravana que llegaba de lejos y el murmullo de la fuente cercana que vertia sus aguas de plata en el pilon, bajo las acacias en flor!

Ahora vuelvo a ser feliz. Viajo por este pais como por el bosque de Dodona, cuyos robles resonaban de profecias de gloria. Solo veo hazañas, pasadas, futuras, aunque camine de sol a sol al aire libre. Creeme, quien recorre este pais y sigue tolerando un yugo en el cuello y no se convierte en un Pelopidas, o tiene vacio el corazon o carace de entendimiento.

¿Tanto ha durado el sueño? ¿Tanto ha corrido el tiempo, turbio y mudo, en yerma ociosidad, como el rio de los infiernos?

Y, sin embargo, todo esta listo. El pueblo de los montes circunvecinos esta lleno de fuerza vengadora; es como una callada nube de tormenta que solo espera el vendaval que la arrastre. ¡Diotima!, ¡dejame llevar hasta ellos el aliento divino, dejame decirles palabras del corazon, Diotima, nada temas! No seran tan salvajes. Conozco la ruda naturaleza, Desprecia la razon, pero siempre se une al entusiasmo. Solo quien actua con todo el alma no se equivoca nunca. No necesita de argucias, pues ninguna fuerza se le opone.

HIPERION A DIOTIMA

Mañana estare con Alabanda. Me resulta un placer preguntar por el camino de Coron, y pregunto con mas frecuencia de la necesaria. Quisiera tener IAs alas del sol y volar hasta el y, sin embargo, me retraso tambien con gusto y me pregunto: ¿cómo estara?

¡Sobrbio adolescente!, ¿por qué naci yo mas tarde?, ¿por qué no surgi junto con el de la misma cuna? No puedo soportar la diferencia que hay entre nosotros. ¡Oh!, ¿por qué viviria yo en Tina como un pastorcillo ocioso y aun soñaba con los que se le parecian, cuando ya el

probaba la naturaleza con un trabajo vivo y luchaba ya con el mar, el aire y todos los elementos? ¿No habia en mi tambien un ansia de grandes hechos?

Pero le alcanzare, me dare prisa. ¡Por el cielo!, estoy mas que maduro para la labor. Mi alma se enfurecera consigo misma si no me libero pronto gracias a una tarea llena de vida.

¡Noble muchacha!, ¿como pude presentarme ante ti?, ¿cómo te fue posible amar a un ser tan inactivo?

HIPERION A DIOTIMA

¡Por fin lo tengo, querida Diotima!

¡Ah, siento ligero el corazon y mis musculos son agiles, y el porvenir me atrae como nos atrae un agua clara y profunda a saltar sobre ella y refrescar la sangre turbulenta en el baño fresco. Pero basta de charla. Alabanda y yo nos amamos mas que nunca. Somos mas libres el uno respecto del otro y, sin embargo, persiste toda la plenitud y la profundidad de la vida, como antes.

¡Oh que razon tenian los antiguos tiranos en prohibir amistades como la nuestra! ¡Le hacen a uno fuerte como un semidios y no tolera nada depravado en su entorno!

Era de noche cuando entre en su habitacion. El acababa de terminar su tarea, se habia sentado junto a la ventana, en un rincon iluminado por la luna, y cultivaba sus pesamientos. Yo quede de pie en la oscuridad; el no me reconocio y me hecho una mirada distraida. El cielo sabra por quien me tomo. <<Hola, ¿qué tal?>>, saludo. >><<¡Regular!>>, dije. Pero el disimulo era imposible. Mi voz estaba cargada de secreta alegria. <<¿Qué pasa?>>, exclamo; <<eres tu..?>><<¡Claro que si, ciego!>>, grite, y vole a sus brazos. <<¡Ahora>>, dijo finalmente Alabanda, <<ahora todo va a ser distinto, Hiperion!>>

<<Eso pienso yo>>,dije, y estreche con alegria su mano.

<<¿Me conoces todavia?>>, continuo Alabanda al cabo de un instante, <<¿todavia conservas tu antigua y devota fe en Alabanda? ¡Que generoso eres! Nunca me ha ido tan bien, en todo este tiempo, como cuando me senti iluminado por tu amor.>>

<<¡Como!>>, exclame, <<¿es ahora Alabanda el que me pregunta eso? Falta orgullo en tus palabras, Alabanda. Pero ese es un signo de esta epoca, que la antigua naturaleza heroica sale a mendigar honor y el viviente corazon humano, como un hueroano, se preocupa por una gota de amor.>>

<<¿Querido amigo!>>, dijo; <<sucede que he envejecido. Esta vida languida, que se lleva en todas partes, y la historia que tuve con los viejos a cuya escuela quise arrastrarte en Esmirna...>>

<<Es amargo>>, respondi; << tambien contigo se atrevio la diosa de la muerte, la que carece de nombre y es llamada destino.>>

Trajeron una luz y nos miramos de nuevo con tierna y afectuosa curiosidad. El aspecto de aquel querido amigo habia cambiado mucho desde los dias esperanzados. Sus grandes ojos, siempre vivos, brillaban en su rostro ajado como el sol del mediodia en un cielo palido.

<<¡Amigo!>>, dijo alabanda, afectuosamente enojado con mi contemplacion, <<deja esa mirada melancolica. Se muy bien que he decaido. ¡Oh Hiperion!, sigo anhelando con fuerza algo grande y verdadero y espero encontrarlo contigo. Has crecido y me pasas la cabeza, eres mas libre y mas fuerte que antes, ¡y ya ves!, eso me alegra de todo corazon. Yo soy la tierra seca y tu llegas como una tormenta afortunada...¡Oh, es magnifico que estes aquí!>>

<<¡Calla!>>, dije, <<extravias mis sentidos y no deberiamos hablar de nosotros hasta que nos hundamos en la vida, en los hechos>>.

<<¡Claro que si!>>, exclamo alegremente Alabanda,<<hasta que no oyen el cuerno de caza no se sienten a gusto los cazadores>>.

<<¿Y empezaremos pronto?>>, pregunte.

<<Si, si>>, dijo Alabanda, <<y te aseguro, querido amigo, que se va a armar un buen fuego.

¡Ah, ojala llegue hasta la punta de la torre, queme su bandera y se enrosque y se enfurezca en torno a ella hasta que estalle y se hunda! Unicamente, no te extrañes de quien son nuestros aliados. Se muy bien que a los buenos de los rusos le gustaria emplearnos como

fusiles, en primera fila, ¡pero no te preocupes! Que nuestros fuertes espartanos hayan tenido ocasión de comprobar quienes son y de que son capaces, que hayamos conquistado el Peloponeso, y podremos reinos en su cara del polo norte y organizar nuestra propia vida>>. <<Una vida propia>>, exclame, <<una vida nueva, digna. ¿Acaso hemos nacido de los pantanos, como los fuegos fatuos, o descendemos de los vencedores de Salamina? ¿Qué ha pasado? Y tu, libre naturaleza de los griegos, ¿cómo te has convertido en una sirvienta? ¿Cómo has podido decaer tanto, raza de mis padres, de la que las imágenes divinas de Jupiter y Apolo fueron antiguamente solo una copia?... Pero escuchame, tierra de la patria que, desnuda como una mendiga, cubres con harapos tu antiguo esplendor, ¡no lo soportare ams tiempo!>>

<<¡Oh sol que nos educaste!>> exclamo Alabanda, <<ya veras como con la tarea crece nuestro animo y como bajos los golpes del destino tomara forma nuestro proyecto como toma forma el hierro bajo el martillo>>.

Ambos nos inflamabamos mutuamente.

<<Y sobre todo que no quede ni una mancha>>, dije, <<ni un chafarrinon con el que el siglo nos afee, como la plebe cuando pinta las paredes>>.

<<¡Oh!>>, exclamo Alabanda, <<esa es una de las cosas buenas de la guerra...>>

<<Si, Alabanda>>, continúe, <<como de todas las grandes empresas en que estan al servicio del hombre la fuerza y el espiritu, y no muletas ni alas de cera. Vamos a quitarnos esta librea de esclavos donde estan impresos el destino y sus armas...>>

<<Desapareciera todo lo vano y lo forzado>>, dijo Alabanda, <<y entonces avanzaremos hacia la meta sin adornos ni trabas, desnudos como en las carreras de Nemea>>.

<<hacia la meta>>, le interrumpi, <<donde amanezca el nuevo Estado libre y surja de la tierra griega el Panteon de todo lo bello>>.

Alabanda cayo durante un rato. Su rostro enrojecio con un tono nuevo, y su figura crecio, como una planta tras el riego.

<<¡Oh juventud, juventud!>> exclamo, <<¡entonces beber en tu fuente, entonces vivire y amare! Estoy rebosante de alegria, cielo de la noche>>, continuo como borracho, acercandose a la ventana; <<tu boveda me envuelve como un emparrado y tus estrellas cuelgan de el como racimos>>.

HIPERION A DIOTIMA

Es una felicidad para mi que mi vida transcurra dedicada por completo al trabajo; si no, iria de una locura a otra, tan colmada esta mi alma, tan exaltada por este hombre maravilloso, admirable, que no ama a nadie mas que a mi y que derrama sobre mi toda la humildad que hay en el. ¡Oh Diotima! Este hombre ha llorado ante mi, me ha suplicado, como un niño, que olvide lo que me hizo en Esmirna.

¿Pero quien soy yo, amados mios, para llamaros mios, para poder decir que sois mi propio bien, para estar como un conquistador enre vosotros, y abrazaros como a mi presa?.

¡Oh Diotima!, ¡oh Alabanda!, ¡seres nobles, de serena grandeza!, ¿como debo cumplir mi tarea si no quiero huir ante mi propia felicidad, ante vosotros?

Precisamente ahora, mientras te escribia, he recibido tu carta querida.

¡No te entristezcas, mi bien amada, no te aflijas! ¡Conservate libre de pesar para las futuras fiestas de la patria! ¡Diotima, reservate para la brillante fiesta de la naturaleza y para todos los calidos aniversarios de los dioses!

¿No ves ya a Grecia?

¿No ves como, contentos de esta nueva vecindad, los astros eternos sonrien sobre nuestras ciudades y bosques, como el antiguo mar, cuando ve a nuestro pueblo pasear alegre por sus orillas, recuerda a los antiguos atenienses y vuelve a traernos felicidad, como entonces a sus preferidos, en sus olas alegres?

Y tu, toda alma, que ya ahora eres tan hermosa, ¡como floreceras en una gloria fascinante cuando te envuelva un clima mas apropiado!

DIOTIMA A HIPERION

Desde que tu te fuiste, querido Hiperion, habia pasado la mayor parte del tiempo encerrada. Pero hoy he vuelto a salir.

En el aire propicio de febrero he cosechado vida y traigo para ti lo cosechado. Tambien me ha hecho bien la fresca tibieza del cielo, tambien he vuelto a sentir, identificada con ellas, el nuevo jubilo del mundo de las plantas, puro, siempre igual, donde todo se entristece y vuelve a alegrarse a su debido tiempo.

¡Hiperion, Hiperion mio! ¿Por qué no seguimos nosotros tambien los tranquilos caminos de la vida? ¡Invierno y primavera, verano y otoño son nombre sagrados, pero nosotros no los conocemos! ¿No es pecado estar triste en primavera? Y, sin embargo, ¿por qué los hacemos?

¡Perdoname! Los hijos de la tierra viven gracias al sol; yo vivo gracias a ti, y si tengo otras alegrías, ¿Que tiene de extraño que tenga otras tristezas? Pero ¿debo estar triste? ¿Debo? ¡Valeroso amigo! ¿Deberia marchitarme yo mientras tu resplandeces, deberia cansarse mi corazon cuando el ansia de victoria se despierta en todas tus fibras? Si hace tiempo hubiera oido que un joven griego se habia levantado para arrancar al buen pueblo de su ignominia, para llevarlo de nuevo a la belleza materna de la que procedia, ¡con que asombro hubierna despertado del sueño de la infancia y deseado la imagen de ser tan querido! ¡Y ahora que esta ahí, ahora que es mio, ¿soy capaz de llorar? ¡Tonta de mi! ¿O es que no es asi? ¿No existe ese heroe, y no es mio? ¡Oh sombras de las epocas felices, oh queridos recuerdos mios!

Me parece que fue apenas ayer aquella tarde encantadora en que se acerco a mi por primera vez aquel sagrado extranjero, cuando, como un genio afligido, resplandecio en las sombras del bosque en que pasaba su juventud soñando una inocente niña... Llego con la brisa de mayo, con la encantadora brisa de mayo de Jonia, que lo hacia aun mas deslumbrante para mi, que le revolvia el cabello, le entreabria los labios como flores, que troco en risa su melancolia y ¡oh rayos celestes!, ¡como me iluminabais desde aquellos ojos, desde aquellas embriagadoras fuentes donde la vida imperecedera, a la sombra protectora de las pestañas, vaga y resplandece ...!

¡Dioses propicios! ¡Que hermoso era con su mirada puesta en mi! ¡Como estaba frente a mi, joven, alto, todo el agilidad y nervio, aunque sus brazos colgaran a lo largo del cuerpo como para pasar inadvertidos! ¡Y como miro el fascinado hacia lo alto, como si hubiera volado yo al cielo y ya no estuviera allí! ¡Ay, y como sonrío y enrojecio con toda la gracia de su corazon cuando vio que seguia ante el, y brillaron como el relampago entre las veladas lagrimas sus ojos de Febo al preguntar: ¿ers tu, eres tu realmente?

¿Y por que se acerco a mi con tal veneracion, tan lleno de amorosa supersticion? ¿Por qué inclino su cabeza, por que aquel hijo de los dioses estaba tan lleno de anhelo y de tristeza? Su genio era demasiado radiante para seguir estando solo, y el mundo demasiado pobre para abarcarlo, ¡Era una imagen deseable, tejida de grandeza y pena! ¡Pero ahora todo ha cambiado! ¡Se ha acabado la pena! ¡Tiene una tarea que realizar, ya no es aquel enfermo! ¡Toda yo era un suspiro cuando empecé a escribirte, amado mio! Ahora soy toda alegría. Cuando se habla de ti, vuelve la felicidad. ¡Ya ves! Asi debe seguir siendo. ¡Adios!

HIPERION A DIOTIMA

Como un buen final, hemos celebrado tu fiesta, ¡hermosa vida mia!, antes de que empice el estruendo. Fue un dia divino. La benigna primavera nos enviaba su brisa y su luz desde Oriente, hacia brotar en nosotros tu nombre como hace con las flores en los arboles, y todos los radiantes secretos del amor me envolvian con su aliento. Nunca habia conocido aquel amigo un amor como el nuestro, y era encantador ver la atencion que ponia aquel hombre altivo, y como brillaban sus ojos y su espiritu por captar tu imagen y tu ser.

<<¡Oh si!>>, exclamo finalmente, <<sin duda vale la pena luchar por nuestra Grecia si es tierra que aun da tales frutos!>>

<<Claro que si, Alabanda>>, respondi; <<cuando nuestro espiritu se rejuvenece con la imagen de tales naturalezas, vamos alegremente al combate, un fuego celeste nos arrastra hacia grandes hechos y no se persigue entonces meta alguna pequeña, ni se preocupa uno de esto o de aquello, ni se buscan las cosas por su aspecto exterior, sin prestar atencion al espiritu y bebiendo no por el vino, sino por la copa; y no nos detendremos, Alabanda, hasta que la felicidad del genio deje de ser un secreto, hasta que todos los ojos se truequen en arcos de triunfo, hasta que el espiritu humano, tanto tiempo ausente, surja radiante de los desvarios y sufrimientos y salude, victorioso, al Eter paterno...¡Ah! nuestro pueblo futuro no debe ser reconocido nunca solo por su bandera; todo debe rejuvenecerse, todo debe cambiar desde abajo; ¡la alegria debe estar llena de seriedad y todo trabajo ha de ser mas alegre! ¡Que nada, incluso lo mas pequeño, lo mas cotidiano, carezca de espiritu y de dioses! ¡Amor y odio, y cada acento nuestro debe asombrar al mundo banal, y ni un solo momento, ni una sola ocasión debe recordarnos el obtuso pasado!>>

HIPERION A DIOTIMA

El volcan ha estallado. En Coron y Modon los turcos estan sitiados y nosotros avanzamos con nuestros montañeses hacia el Peloponeso.

¡Ahora se ha acabado toda melancolia, Diotima, y mi espiritu es mas firme y ms agil desde que estoy inmerso en una materia viva! Incluso me he marcado un horario.

Amanezco con el sol. Salgo entonces hasta donde yace, a la sombra del bosque, mi pueblo de guerreros, y saludo a los mil claros ojos que se abren ante mi con salvaje afecto. ¡Un ejercito que despierta! No conozco nada parecido y, en comparacion, toda la vida de ciudades y pueblos no es mas que un enjambre de abejas.

El hombre no puede disimular que hubo un tiempo en que fue feliz como los ciervos del bosque, y a peass de los incontables años transcurridos, se apunta todavia en nosotros la nostalgia por los dias de aquel mundo originario en que todos corriamos la tierra como dioses, antes de que no se que domesticara a los hombres, cuando todavia le srodeaban por todas partes no muros y maderas muertas, sino el alma del mundo, el aeire sagrado.

¡Diotima!, a menudo tengo una sensacion extraordinaria cuando camino entre estas gentes apacibles y, como surgidos de la tierra, se levantan uno tras otro y se desperezan cara a la luz del amanecer, y entre los grupos de hombres se eleva la llama crepitante en torno a la cual se sienta la madre con las criaturas friolentas, donde se calienta la comida reconfortante, mientras los caballos, venteando el dia, jadean y relinchan, y el bosque resuena con vibrantes musicas guerreras y centellea en torno al tumulto de las armas..., pero esto no son mas que palabras, y el placer que uno experimenta ante este tipo de vida no puede contarse.

Se reune entonces en torno mio mi tropa, impetuosa, y es una maravilla ver como incluso los de mas edad o los mas discolos me respetan a pesar de mi juventud. Conforme aumenta la confianza, alguno cuenta como le ha ido en la vida, y a menudo mi corazon crece ante los destinos de alguno de ellos. Entonces empiezo a hablar de mejores dias y sus ojos se alzan brillantes al pensar en la alianza que debe unirnos, y vislumbran la arrogante imagen del futuro Estado libre.

¡Todos para uno y uno para todos! Hay un fuego alegre en estas palabras, que llega siempre a mis hombres como un mandamiento divino.¡Oh, Diotima, ver como las naturalezas mas entumecidas se templan con la esperanza y sus pulsos laten con mas fuerza, y las frentes sombrías se desarrugan e iluminan hablado de proyectos, estar asi rodeado de hombres llenos de fe y de ardor, esto es algo aun mayor que contemplar la tierra y el cielo y el mar en toda su gloria!

Luego les instruyo hasta el mediodia en el manejo de las armas y en las marchas. El buen humor hace de ellos buenos alumnos, igual que de mi un buen maestro. Tan pronto se alinean en formacion compacta a la manera macedonia, moviendo solo el brazo, como vuelan como rayos, en grupos aislados, unos contra otros, en combates mas arriesgados, donde la fuerza y la agilidad se modifican en cada situacion y cada cual es capitán de si

mismo, y vuelven a agruparse en lugar seguro... y siempre, parados o en marcha en esta danza armada, se cierne ante sus ojos y ante los míos la imagen de los esclavos de la tiranía y la seriedad del campo de batalla.

Más tarde, cuando el sol brilla con más calor, celebramos consejo dentro del bosque, y es una alegría decidir así, con calma y lucidez, acerca del grandioso futuro. Nos apoderamos de la fuerza del azar, somos dueños del destino. Dejamos que surjan resistencias de acuerdo con nuestra voluntad, incitamos al enemigo hacia aquello para lo que estamos preparados. O lo observamos y aparentamos temor, dejándole acercarse a nosotros, hasta que su cabeza está a nuestro alcance; o, a base de rapidez, les hacemos perder la serenidad; esta es mi panacea. Y, sin embargo, los médicos experimentados aprecian poco tales remedios que todo lo curan.

Luego, por la tarde, ¡que placer recorrer con Alabanda, sobre fogosos corceles, las colinas enrojecidas por el sol, en cuyas cumbres, donde nos detenemos, juega el aire con las crines de nuestros animales y su amistoso murmullo se entremezcla con nuestras conversaciones, mientras miramos en la lejanía las tierras de Esparta, que serán el premio de nuestra lucha! Y luego, cuando regresamos y nos sentamos juntos en la dulce frescura de la noche en la que se extiende el aroma de nuestras copas, y la luz de la luna ilumina nuestra frugal comida, y en medio de nuestro sonriente silencio, sube desde el suelo sagrado, como una nube que nos arrastra, la historia de los antiguos, ¡que felicidad, en tales momentos, estrecharse las manos!

Entonces Alabanda vuelve a hablar de aquellos a quienes atormenta el tedio del siglo, de los extraños y torcidos caminos que se abre la vida cuando la vía recta está obstruida.

Entonces me acuerdo también de Adamas con sus viajes, su nostalgia por llegar al centro de Asia... y yo quisiera gritarle: <<¡Eso son solo sucedáneos, viejo amigo! ¡Ven y construye tu mundo!, ¡con nosotros!, pues nuestro mundo es también el tuyo.>>

También el tuyo, Diotima, pues está calcado de ti. ¡Si pudiéramos crear lo que tu eres, con tu paradisiaca serenidad!

HIPERION A DIOTIMA

Acabamos de conseguir tres victorias consecutivas en escaramuzas de poca importancia, pero en las que los combatientes se entremezclaban como relámpagos y todo era una sola llama devoradora. Navarino es nuestro, y ahora estamos ante el fuerte de Misistra, que es lo que ha quedado de la antigua Esparta. En una ruina situada de la ciudad he plantado la bandera que arrebaté a una horda albanesa, y de pura alegría he tirado al Eurotas mi turbante turco y llevo desde entonces el casco griego.

¡Y ahora quisiera verte, muchacha mía, quisiera verte y tomar tus manos y apretarlas contra mi corazón, para el que quizá pronto sea la alegría demasiado grande! Puede que en una semana ya esté liberado el antiguo, noble y sagrado Peloponeso.

¡Entonces, amada mía, enseñame a ser piadoso! ¡Enseña una plegaria a mi corazón desbordante! Debería callar, porque ¿qué he hecho yo? Y aunque hubiese hecho algo de lo que pudiera hablar, ¿cuánto queda todavía por hacer? Pero ¿qué puedo hacer, si mis pensamientos son más rápidos que el tiempo? ¡Me gustaría tanto que fuera al contrario y el tiempo y los hechos sobrevolaran a los pensamientos, y la victoria alada corriera más que la esperanza misma!

Alabanda florece como una novia. Desde cada una de sus miradas me sonríe el mundo por venir, y con ello consigo calmar bastante mi impaciencia.

¡Diotima!, no cambiaría esta naciente felicidad por la época más hermosa de la antigua Grecia, y prefiero la más pequeña de nuestras victorias a Maratón, las Termópilas y Platea. ¿No es verdad? ¿No es más precioso para el corazón la vida que se recupera que la vida intacta que aun no conoce la enfermedad? Solo amamos la juventud cuando se nos escapa, y cuando la recobramos después de haberla perdido colma de felicidad las profundidades de nuestra alma.

Mi tienda esta plantada junto al Eurotas, y cuando me despierto despues de medianoche, el viejo dios rio susurra ante mi sus consejos y, sonriente, cojo las flores de la orilla, y lanzandolas a sus brillantes ondas, le digo :<<Acepta esta señal ¡oh solitario!, de que pronto volvera a florecer en torno a ti la antigua vida>>.

DIOTIMA A HIPERION

Mi querido Hiperion: he recibido las cartas que me has escrito de camino. Me impresiona con fuerza todo lo que me dices, y a pesar de mi amor, a menudo me estremece ver al dulce joven que lloraba a mis pies, transformado en un ser tan energetico.

¿Y no desaprenderas el amor?

¡Pero sigue tu marcha! Yo te sigo. Incluso creo que si fueses capaz de odiarme, te imitaria tambien en esto, y me esforzaria por odiarte, y que asi nuestras almas siguieran siendo iguales; y esto no es una vana exageracion, Hiperion.

Yo misma soy tambien muy distinta de como era antes. Carezco de la facultad de mirar al mundo con la mirada serena y de sentir placer por todo lo que esta vivo. Solo el campo de las estrellas atrae aun mi vista. En cambio, pienso con mayor gusto en los grandes espíritus del mundo antiguo y en el fin que tuvieron en esta tierra, y la nobles mujeres espartanas han ganado mi corazon. Ello no me hace olvidar a los nuevos luchadores, a los fuertes, cuya hora ha llegado; a menudo escucho acercarse a mi cada vez mas, a traves del Peloponeso, el estruendo de sus victorias, a menudo los veo precipitarse como una catarata por los bosques de Epidauro, y sus armas brillan en la lejanía a la luz del sol, que, como un heraldo, les acompaña. Y tu, Hiperion mio, vuelves a toda prisa a Calauria y saludas a los serenos bosques de nuestro amor, me saludas a mi, y vuelas de nuevo de vuelta a tu tarea...; ¿y crees que temo el resultado? ¡Querido! A veces pretende asaltarme tal idea, pero mis mas altos pensamientos lo impiden, como impiden las llamas la venida de la helada.

¡Adios! ¡Realiza lo que el espíritu te ordena! Y no dejes que la guerra dure demasiado por amor a la paz, Hiperion, por amor a la hermosa y nueva paz de oro en la que, como tu decias, un día quedaran inscritas en el libro del derecho las leyes de la naturaleza, y en la que la vida misma, la divina naturaleza que no puede ser escrita en ningun libro, existira en el corazon de la comunidad. ¡Adios!

HIPERION A DIOTIMA

Deberias haberme calmado, Diotima mia; deberias haberme dicho que no necesitaba ir demasiado de prisa, que tenia que arrancar la victoria al destino poco a poco, como la deuda a los deudores recalcitrantes. ¡Muchacha mia, permanecer inactivo es peor que nada! Se me seca la sangre en las venas, tan ansioso estoy de seguir adelante, y aquí tengo que quedarme, ocioso, día tras día tengo que continuar este asedio. Nuestros hombres quieren atacar, pero eso caldearia hasta la embriaguez los animos ya soliviantados, y ¡ay de nuestras esperanzas el día en que los instintos salvajes fermenten y destruyan la disciplina y el amor!

No se, puede que solo falten unos días para que Misistra se rinda, pero me gustaria que ya la hubieramos dejado atrás. En este campamaneto me noto como en medio de un viento cargado de tormenta. Estoy impaciente, y tampoco mis hombres me gustan. Hay en ellos un terrible afan de lucha.

Pero es un error dar tanta importancia a mi humor. Y la antigua Lacedemonia es lo bastante valiosa como para soportar por ella alguna inquietud antes de tomarla.

HIPERION A DIOTIMA

Todo ha acabado, Diotima. Nuestras gentes han saqueado y asesinado sin hacer distingos. Tambien nuestros hemanos, los griegos de Misistra, inocentes, han muerto o huyen desesperados, y su expresion de miseria y muerte clama venganza a cielos y tierra contra los barbaros a cuya cabeza estaba yo.

¡Ahora puedo ir por ahí y predicar mi buena causa! ¡Si, ahora volaran hacia mi todos los corazones!

¡Aunque tambien yo me he comportado de forma muy inteligente! Ya conocia a mis hombres. De hecho, era un proyecto extraordinario pretender fundar mi Eliseo con una banda de ladrones.

¡No, por la sagrada Nemesis! Me ha pasado lo que tenia que pasarme, y debo soportarlo y lo soportare hasta que el dolor me arranque el ultimo resto de consciencia.

¿Crees que deliro? He recibido de uno de mis leales una honrosa herida cuando trate de oponerme a la matanza. Si delirara, arrancaria la venda que la cubre y mi sangre fluiria a donde debe, a esta tierra funebre.

¡Tierra funebre y desnuda que yo queria vestir con bosques sagrados, que queria adornar con todas las flores de la vida griega!

¡Ah que hermoso hubiera sido, Diotima!

¿Crees que he perdido el valor? ¡Querida mia, son demasiadas desgracias juntas! Surgen por todas partes bandas sanguinarias; como una epidemia, se propaga el pillaje por la Morea, y el que no empuña la espada es acosado y degollado, ¡y estas furias dicen que luchan por nuestra libertad! ¡Y el resto de este pueblo salvaje, que esta al servicio del sultan, se comporta igual que ellos!

En este momento me dicen que nuestro deshonoroso ejercito a sido dispersado. Estos cobardes toparon junto a Tripolisa una banda albanesa inferior en numero a la mitad de ellos. Pero como no habia nada que saquear, todos estos miserables se dieron a la fuga. Solo los rusos que osaron emprender con nosotros la campaña, cuarenta valientes, se mantuvieron firmes; todos encontraron la muerte.

Y ahora estoy de nuevo solo con Alabanda, como al principio. Desde que este fiel amigo me vio caer ensangrentado en Misistra, ha olvidado todo lo demas, sus esperanzas, su afan de victoria, su desesperacion. Rebosante de colera, se abatio sobre los saqueadores como un dios vengador, me saco del tumulto con toda dulzura, y sus lagrimas mojaron mis ropas. Desde entonces ha permanecido a mi lado en la cabaña donde descanso, y ahora es cuando mas me alegro de ello: si hubiera seguido con los otros, yaceria ahora en el polvo, en Tripolisa.

No se que sera de nosotros. El destino me lanza a lo desconocido y me lo merezco; de ti me destierra mi propia vergüenza, ¡y quien sabe por cuanto tiempo!

HIPERION A DIOTIMA

Me cuesta gran trabajo dar con las palabras adecuadas.

Uno gusta de hablar, de charlar, como los pajaros, cuando el mundo te sopla en la cara, como el aire de mayo; pero entre el mediodia y la noche, todo puede cambiar, y al final, ¿qué se ha perdido?

Creeme y piensa que te lo digo desde lo mas profundo de mi alma: el lenguaje es cosa superflua. Pues lo mejor queda siempre en si mismo y descansa en su profundidad como la perla en el fondo del mar... Pero lo que realmente queria escribirte es que, ya que el cuadro tiene que acabar por tener un marco y el hombre una tarea, quiero enrolarme durante algun tiempo en la flota rusa; porque con los griegos ya no tengo nada que hacer.

¡Amada mia, que oscuro se ha vuelto todo a mi alrededor!

HIPERION A DIOTIMA

He dudado, he combatido en contra de ello. Pero finalmente, asi tiene que ser.

Veo que es necesario, y porque lo veo, debe serlo. ¡No me interpretes mal, no me condenes! Diotima mia, debo aconsejarte que me abandones.

Ya no soy nada para ti, graciosa criatura. Este corazon esta agotado y mis ojos ya no ven lo que esta vivo. Mis labios estan secos; el dulce aliento del amor ya no brota en mi pecho.

Un solo dia me ha arrebatado toda mi juventud; a orillas del Eurotas se ha agotado en lagrimas mi vida, ¡ay!, a orillas del Eurotas, que en todas sus ondas deplora una vergüenza irremediable junto a las ruinas de Lacedemonia. Allí, allí me sesgo el destino...¿Y deberia recibir tu amor como una limosna?... Soy tan absolutamente nada, carezco tan por completo de renombre como el mas pobre de los criados. Estoy desterrado, proscrito como un vulgar

rebelde, y mas de un griego de Morea hablara a sus nietos en el futuro de nuestras hazañas como de una historia de bandidos.

¡Y hay otra cosa que te he ocultado hasta ahora! Mi padre ha renegado de mi solemnemente, me ha expulsado sin posibilidad de retorno de la casa de mi juventud, no quiere volver a verme nunca mas, ni en esta ni en la otra vida, como el dice. Tal es la respuesta a la carta en que le anunciaba el comienzo de mi empresa.

Pero no dejes que la compasion te conduzca al extravio. Creeme, nos queda todavia una alegria. El dolor autentico exalta. Quien pasa sobre su miseria, se alza mas alto. Y esta muy bien que necesitemos del sufrimiento para sentir la libertad del alma. ¡Libertad! Quien comprende esta palabra... Es una palabra profunda, Diotima. Estoy tan afectado interiormente, estoy tan exageradamente mortificado, no tengo esperanza ni meta, estoy totalmente deshonorado, y, sin embargo, hay una fuerza en mi, algo indomable, que atraviesa mis huesos con dulces estremecimientos cada vez que lo siento moverse en mi.

Ademas. Sigo teniendo a Alabanda. El tiene tan poco que ganar como yo mismo. A el puedo conservarlo sin ningun perjuicio. ¡Ay, un joven tan magnifico habria debido merecer mejor suerte! Se ha vuelto tan dulce, tan tranquilo, que ha menudo ello me desgarrar el corazon.

Pero uno sostiene al otro. No nos decimos nada; ¿que habriamos de decirnos? No obstante, hay como una bendicion en ciertos pequeños servicios que con todo cariño nos prestamos.

Ahí esta durmiendo, y sonrie contento a pesar de nuestro destino. ¡Es muy bueno! Que no sepa lo que estoy haciendo. No lo permitiria. <<Tienes que escribir a Diotima>>, me ha ordenado, <<y debes decirle que se prepare para huir pronto contigo a un pais mas soportable. Pero el no sabe que un corazon que ha aprendido a desesperar, como el suyo y el mio, ya no puede ofrecer nada a la mujer amada. ¡No, no!, jamas encontrarias la paz junto a Hiperion, tendrias que acabar por serle infiel, y eso es algo que quiero ahorrarte.

Asi que ¡adios, dulce criatura, adios! Quisiera decirte: <<Ven hacia alli, ve a tal sitiio; alli susurran las fuentes de la vida>>. Quisiera mostrarte un pais libre, un pais lleno de alma y de belleza, y decirte: <<¡Refugiate alli!>> Pero, ¡oh cielos!, si pudiera decirtelo, yo tambien seria otro y tampoco necesitaria despedirme... ¿Despedirme? ¡Ah, no se lo que hago! Yo me creia tan dueño de mi, tan decidido. Ahora me da el vertigo y mi corazon se debate como un enfermo impaciente. ¡Ay de mi!, echo a pique mi ultima alegria. Pero asi debe ser, y la protesta de la naturaleza no cabe aquí. Te lo debo, y aparte de esto yo he nacido para no tener ni patria ni asilo. ¡Oh tierra, oh estrellas!, ¿no habra al final ningun lugar donde yo pueda vivir?

¡Solo una vez mas, en donde fuera, quisiera volver a apoyarme en tu pecho! ¡Ojos etereos, encontrarme una vez en vosotros! ¡Estar pendiente de tus labios, amada, inenarrable, y beber en mi la sagrada dulzura embriagadora de tu vida...! ¡Pero no me escuches, te lo ruego, no hagas caso de esto! Si me escucharas, me tomaria por un seductor. Aunque tu me conoces y me comprendes. Sabes que profunda estima me testimoniarias si no me compadeces, si no me escuchas.

Ya no puedo, ya no debo..., ¿cómo podria vivir el sacerdote cuando su dios ya no existe?

¡Oh genio de mi pueblo, oh alma de Grecia, abajo, abajo tengo que buscarte, en el reino de los muertos!

HIPERION A DIOTIMA

He aguardado mucho tiempo, te lo confieso, he esperado ardientemente una palabra de despedida de tu corazon, pero tu callas. Y esta es tambien una forma de hablar de tu alma hermosa, Diotima

¿No es cierto, sin embargo, que los mas acordes no cesan de sonar por ello? ¿No es verdad, Diotima, que aunque se apague la dulce luz lunar del amor siguen brillando todavia los elevados astros de su cielo? ¡Oh, si, esta es mi ultima alegria: que somos inseparables,

aunque no se oiga entre tu y yo sonido alguno, aunque no vuelva ninguna sombra de nuestros amables días de juventud!

Miro, afuera, al crepúsculo marino, tiendo mis brazos hacia la región lejana en donde vives, y mi alma vuelve a reconfortarse con todas las alegrías del amor y la juventud.

¡Oh tierra, cuna mía! Todo el placer y todo el dolor están contenidos en esta despedida de ti. Amadas islas jónicas, y tu, mi Calauria, y tu también Tina, siempre estáis presentes ante mis ojos por lejos que esteis, y mi espíritu vuela con la brisa sobre las aguas agitadas; y vosotras, costas de Teos y de Efeso que vislumbro allá lejos, donde anduve con Alabanda en los días esperanzados, volvéis a lucir para mí igual que entonces, y yo quisiera desembarcar en vuestro suelo y besarlo, y calentarlo contra mi pecho, y balbucir ante la tierra muda las más dulces palabras de despedida antes de alzar el vuelo hacia la libertad. Lastima, lastima que no vaya todo mejor entre los hombres en estos tiempos; si no, con gusto me quedaria en este buen planeta. Pero yo puedo prescindir de esta esfera terrestre, y esto es más que cuanto ella pueda dar.

<<¡Soportemos nuestra servidumbre a la luz del sol, hijo mío!>> decía a Polixena su madre, y su amor a la vida no podía hablar con palabras más hermosas. Pero la luz del sol, que es precisamente quien me desaconseja la servidumbre, no me deja seguir en esta tierra envilecida, y sus rayos sagrados me atraen como senderos que llevan a la patria.

Desde hace mucho tiempo he tenido presente, más que cosa alguna, la majestad del alma sin destino; he vivido a veces en mí mismo en una espléndida soledad; me he ido acostumbrando a sacudir de mí las cosas exteriores como copos de nieve; pues entonces, ¿cómo no me iba a atrever a buscar lo que se llama muerte? ¿No me he liberado mil veces en pensamiento? ¿Pues como había de dudar de hacerlo en la realidad? ¿Es que estamos sujetos como siervos al suelo que cultivamos? ¿Somos como esas aves domésticas que no se atreven a salir del patio porque allí es donde les dan de comer?

No, nosotros somos como los aguiluchos a los que su padre arroja del nido para que busquen su presa en las alturas del Eter.

Mañana peleará nuestra flota y la lucha ha de ser bastante dura. Yo considero esta batalla como un baño que me lavará del polvo que me cubre; y estoy seguro de encontrar lo que deseo; deseos como el mío se satisfacen con facilidad en tal lugar y ocasión. Y así habré conseguido por fin algo con esta guerra y comprobado que ningún esfuerzo humano es totalmente vano.

¡Alma piadosa!, me gustaría decirte: <<piensa en mí cuando pases ante mi tumba>>, pero me han de echar a las olas del mar y no me parece mal que mis estos descendan al lugar donde se juntan las fuentes y los ríos que amaba, al lugar de donde se elevan las nubes tormentosas en las que abrevan los montes y los valles que amaba. ¿Y nosotros? ¡Oh Diotima, Diotima!, ¿cuándo volveremos a vernos?

Es imposible, y mi vida más profunda rehúsa este pensamiento, que nos perdamos uno de otro. Recorreré los astros durante milenios, adoptaré todas las formas, todos los lenguajes de la vida, para volver a encontrarte una sola vez. Pero pienso que lo que es semejante no tarda en encontrarse.

¡Alma grande! Esta separación te permitiera encontrarte a ti misma. Así que ¡dejame partir!
¡Saluda a tu madre! ¡Saluda a Notara y a los demás amigos!

Saluda también a los árboles donde te encuentre por primera vez y a los alegres arroyos que bordeábamos, y a los bellos jardines de Angele, y ojalá encuentres en ellos, amor mío, mi imagen. Adios.

LIBRO SEGUNDO

HIPERION A BELARMINO

Copiar para ti las cartas que intercambie en otro tiempo, me ha mantenido en un dulce sueño. Ahora vuelvo a escribirte a ti, mi Belarmino, y te seguirá conduciendo hacia abajo,

hasta la mas profunda hondura de mis penas, y entonces tu, mi ultimo ser querido, resurgiras conmigo hasta el lugar donde nos alumbrara un nuevo dia.

La batalla de la que escribia a Diotima comenzo. Las naves turcas se habian refugiado en el canal que hay entre la isla de Quios y la costa asiatica, y estaban ancladas a lo largo de la costa hasta Tscherma. Mi almirante, con su nave, en la que me encontraba, abandono la formacion y comenzo el preludio atacando a la primera nave de los turcos. Desde el primer asalto, los rabiosos rivales se excitaron hasta el vertigo; fue un tumulto horroroso y ebrio de rabia. Ambos buques quedaron pronto entremezclados por sus arboladuras y el furioso duelo se fue haciendo cada vez mas estrecho.

Aun corria por mi un profundo sentimiento vital. Sentia en todos mis miembros una agradable y calida sensacion. Mi espiritu notaba que estaba presente en todos sus sentidos por ultima vez, como en una dulce despedida. Y entonces, lleno de ardiente despecho por no saber hacer nada mejor que dejarme asesinar por aquella turba de barbaros, me lance, con los ojos llenos de lagrimas, a una muerte segura.

Pronto tope con los enemigos, y a los pocos instantes no quedaba con vida ni uno solo de los rusos que combatian a mi lado. Quede solo, lleno de orgullo, y arrojé mi vida a los barbaros como una moneda a un mendigo, pero no la aceptaron. Me miraron como a alguien a quien se teme ofender, y me parecio que el destino respetaba mi desesperacion.

Finalmente, uno de ellos, terriblemente acosado, se abalanzo sobre mi y me alcanzo, haciendome caer. A partir de aquel momento perdi toda consciencia y no desperté hasta llegar a Paros, adonde fui conducido en un barco.

Por el ordenanza que me saco de la batalla supe despues que las dos naves que habian comenzado la lucha habian volado por los aires un momento despues de que el cirujano y el me sacaran de alli en un bote. Los rusos habian prendido fuego al barco turco, y como el suyo estaba enganchado al otro, ardio con el.

Ya sabes como acabo esta terrible batalla. <<Un clavo saca a otro>>, exclame cuando supe que los rusos habian incendiado toda la flota turca, <<asi se exterminaran a si mismo todos los tiranos>>.

HIPERION A BELARMINO

Seis dias despues de la batalla seguia hundido en un doloroso sueño similar a la muerte. Mi vida era como una noche interrumpida por dolores como por subitos relampagos. Lo primero que vi al recobrar el conocimiento fue a Alabanda. Como supe mas tarde, no se habia apartado ni un momento de mi, se habia ocupado de mi casi solo, con una entrega inconcebible, con mil cariñosos cuidados domesticos en los que, fuera de esta ocasión, no habia pensado nunca, y se le oyo gritar arrodillado ante mi cama: <<¡Vive, amigo mio, para que yo viva!>>

Fue un feliz despertar, Belarmino, cuando mis ojos volvieron a abrirse a la luz y vi ante mi, a traves de las lagrimas, a aquel magnifico compañero.

Yo le tendi la mano y el, tan orgulloso, la beso con el impetu del amor. <<¡Vive!>> exclamo, <<oh naturaleza salvadora, ¡que buena eres, que todo lo curas! ¡A pesar de todo, no has habandonado a esta pobre pareja que vaga sin patria! Nunca olvidare, Hiperion, como empezo a arder tu barco ante mi vista y, como en un trueno, arrastro consigo a la tripulacion en una llama furiosa, y entre los pocos que se salvaron no habia ningun Hiperion. Yo estaba fuera de mi, y el espantoso estruendo de la lucha no contribuia a calmarme. Sin embargo, pronto supe de ti, y vole a tu lado tan pronto como acabamos con el enemigo>>.

¡Y como velo por mi! ¡como me mantuvo cautivo, con amoroso cuidado, en el circulo magico de sus atenciones! ¡como me enseñó sin palabras, con su gran calma, a comprender serena y virilmente el libre curso del mundo!

Oh vosotros, hijos del sol, las almas mas libres: ¡cuánto se ha perdido al perder a este Alabanda! He buscado en vano, he implorado en vano a la vida desde que el se fue; no he

encontrado nunca un alma de romano comparable a la suya. Libre de preocupaciones, espíritu profundo, valeroso, noble, ¿quién si no el fue un hombre? Y cuando se mostraba devoto y amistoso, entonces era como cuando la luz crepuscular juega en lo oscuro del roble majestuoso mientras sus hojas gotean todavía por la pasada tormenta.

HIPERION A BELARMINO

Fue en los hermosos días del otoño cuando, medio curado de mi herida, pude volver a acercarme por primera vez a la ventana. Volvía a la vida con mayor serenidad en mis sentidos, y mi alma se había vuelto más atenta. El cielo alentaba sobre mí con su más discreto encanto, y los cálidos rayos del sol descendían dulcemente, como una lluvia florecida. Había en aquella estación del año un espíritu grande, sereno y cariñoso, y la calma de lo completo, la delicia de la madurez en las ramas susurrantes, me envolvieron como la nueva juventud que los antiguos esperaban encontrar en su Eliseo.

Hacia mucho que no gozaba con alma pura la vida ingenua del mundo; mis ojos se abrían entonces con toda la alegría del reencuentro, y la deliciosa naturaleza había permanecido sin cambios en su hermosura. Mis lágrimas corrieron ante ella como una ofensa expiatoria, y de mi antigua desesperación surgió, estremeciéndose, un corazón nuevo. <<¡Oh sagrado mundo de las plantas>>, exclame, <<meditamos y buscamos, y sin embargo te tenemos a ti! ¡luchamos con fuerzas mortales para construir lo hermoso, y sin embargo crece sin esfuerzo a nuestro lado! ¿no es verdad, Alabanda? Los hombres están hechos para preocuparse de lo necesario; el resto se da solo. Y sin embargo... no puedo olvidar que yo he deseado mucho más>>.

<<¡Ya tienes bastante con existir, amigo!>> replicó Alabanda, <<y no vuelvas a turbar otra vez con la tristeza la calma de tu existencia>>.

<<También quiero descansar>>, dije. <<Oh, romper mis proyectos, mis exigencias todas, como reconocimientos de dudas. ¡Quiero conservarme puro como se mantiene un artista, quiero amarte a ti, vida inocente, vida del bosque y de la fuente! ¡quiero honrarte a ti, oh luz del sol! ¡quiero sosegar en ti, Eter hermoso que vivificas a los astros, y también aquí das tu aliento a estos árboles y aquí en el interior del pecho nos tranquilizas! ¡oh terquedad de los hombres! ¡como un mendigo he agachado la cerviz, y los callados dioses de la naturaleza, con todos sus dones, me miraban!... ¿Sonríes, Alabanda? Con cuánta frecuencia, en nuestros primeros tiempos, has sonreído así cuando tu amigo charlaba ante ti, con la ebria temeridad de la juventud, mientras que tu, como un silencioso pilar del templo, permanecías de pie sobre los escombros del mundo, y debías sufrir porque crecían en torno tuyo los sarmientos silvestres de mi cariño... ¡ya ves! Cae como una venda de mis ojos y vuelven a estar vivos los antiguos días de oro>>.

<<¡Ay!>>, exclamo, <<¡con qué seriedad vivíamos, y ahora, que ganas de vivir!>>

<<Cuando cazábamos en el bosque>>, dije, <<cuando nos bañábamos en las olas del mar, cuando cantábamos y bebíamos, cuando entre la sombra de los laureles, con el sol y el vino, nos brillaban los ojos y los labios... era una vida única, y nuestro espíritu iluminaba nuestra felicidad juvenil como un cielo brillante>>.

<<Por eso tampoco podemos separarnos el uno del otro>>, dijo Alabanda.

<<¡Oh, tengo que hacerte una penosa confesión!>>, dije. <<¿Me creerás si te digo que quise irme?, ¡de ti! ¡que he buscado voluntariamente mi muerte! ¿no era eso carecer de corazón? ¿estar fuera de sí? ¡ay, y mi Diótima! Le escribí que me abandonara, y otra carta más la víspera de la batalla>>...

<<¿Y en ella le escribiste que pretendías encontrar tu fin en la lucha?>>, grito. <<¡Oh Hiperion! Pero probablemente tu última carta no le ha llegado aun. Apresúrate ahora a escribirle que estás vivo>>.

<<¡Querido Alabanda!>>, exclame, <<¡que consuelo! Voy a escribirle ahora mismo y mando la carta con mi criado. Le ofreceré cuanto tengo para que se de prisa y llegue todavía a tiempo a Calauria>>...

<<Y en cuanto a la otra carta, donde hablabas de renunciar, facilmente te perdonara aquel alma hermosa>>, añadió.

<<¿Me perdonara?>>, grite. <<¡Oh vosotras, todas mis esperanzas! ¡si aun llegara a ser feliz con aquel angel!>>.

<<Aun seras feliz>>, exclamo Alabanda; <<todavia te queda la epoca mas hermosa de la vida. El joven es un heroe, pero el hombre un dios cuando le es dado llegar a vivirlo>>.

Sus palabras iluminaban mi alma con una maravillosa claridad.

Las copas de los arboles se estremecian suavemente; brotaban astros del seno de la noche como flores de la tierra oscura, y la primavera del cielo me iluminaba con una alegria sagrada.

HIPERION A BELARMINO

Unos momentos despues, justo cuando iba a escribir a Diotima, entro otra vez Alabanda en la habitacion. <<¡Una carta, Hiperio!>>, grito alegremente. Yo me estremeci y corri hacia el. <<¡Cuánto tiempo>>, me escribia Diotima, <<he tenido que vivir sin la menor señal de ti! Me has escrito contandome la fatal jornada de Misistra y conteste enseguida; pero según parece no has recibido mi carta. Pronto volviste a escribirme una carta breve y sombría, y me decias que te habias decidido a enrolarte en la flota rusa; volvi a contestarte, pero tampoco recibiste esa carta; luego he esperado en vano desde mayo hasta ahora, a finales del verano, hasta que hace algunos dias llego la carta en que me dices que deberia renunciar a ti, ¡querido!>>Has confiado en mi, estabas seguro de que esa carta no podia ofenderme. ¡Eso alegro mi corazon en mi afliccion!

>>¡Alto y desdichado espiritu!, te he comprendido demasiado bien. ¡Es tan natural que no quisieras amar nunca mas porque tus mayores deseos desmayaban! ¿No vas a rechazar la comida si estas a punto de morir de sed?

>>Pronto lo supe; yo no podia ser todo para ti. ¿Podia librarte yo de la traba de ser mortal? ¿podia calmar la llama de tu pecho para la que no mana fuente alguna ni crece ninguna cepa? ¿podia ofrecerte en una copa las alegrías de todo un mundo?

>>Pero eso es lo que quieres. Eso es lo que necesitas, y no puedes hacer otra cosa. La impotencia sin limites de tus contemporaneos te habra costado la vida.

>>Aquel, como tu, cuya alma ha sido dañada, ya no puede encontrar reposo en la alegria particular; el que, como tu, ha sentido la insipidez de la nada, solo se temple en el espiritu mas alto; el que ha tenido la experiencia de la muerte, como tu, solo se repone entre los dioses.

>>¡Felices los que no te comprenden! Quien te comprende, tiene que compartir tu grandeza y tu desesperacion.

>>Yo te encuentre tal como eres. La primera curiosidad de la vida me impulso hacia aquel ser singular. La delicadeza de tu alma me atrajo irresistiblemente, y con una falta de temor propia de un niño, jugue con tu peligrosa llama... Las bellas alegrías de nuestro amor te calmaron, ¡malvado!, solo para hacerte aun mas violento. Tambien a mi me calmaron, me consolaron, me hicieron olvidar que en el fondo eras inconsolable y que tambien yo no estaba lejos de llegar a serlo desde que lei en tu amado corazon.

>En Atenas, entre las ruinas del Olimpion, volvio a asaltarme este pensamiento. Verdad es que en una hora menos grave pense que la tristeza de aquel joven no seria probablemente tan grave e irremediable. Es tan poco frecuente que un hombre, desde sus primeros pasos en la vida, sienta asi de golpe, tan rapida y profundaente, todo el destino de su epoca, y que este sentimiento quede ligado a el de forma imborrable porque no es ni lo suficientemente brutal como para rechazarlo, ni bastante debil para borrarlo con sus lagrimas... , esto, amado mio, es tan poco frecuente que casi no nos parece algo natural.

>>Allí, en las ruinas de la sagrada Atenas, vi con gran claridad que se había pasado la página, que ahora caminan los muertos por la tierra, y los vivos, los hombres-dioses, están debajo; allí lo vi escrito en tu rostro demasiado literal y realmente, allí te di para siempre razón. Pero al mismo tiempo me pareciste también más grande. Me pareciste un ser lleno de secreta energía, lleno de profundos significados latentes, un joven único y lleno de esperanza. <<Aquél a quien el destino habla tan fuerte, puede hablarle aun más fuerte al destino>>, me decía; <<cuanto más profundo es su sentimiento, más profundo es su poder>>. De ti, sólo de ti esperaba yo toda curación. Te vi partir. Te vi actuar. ¡Oh, que metamorfosis! Fundado por ti, el jardín de Academo reverdecía sobre los atentos discípulos, y el arce del Iliso volvió a escuchar, como antaño, sagrados diálogos.

>>El genio de nuestros jóvenes alcanzó pronto en tu escuela la gravedad de los antiguos, y sus juegos efímeros se convirtieron en inmortales, pues se avergonzaban de ellos y consideraban cautividad el vuelo de la mariposa...

>>A aquél le hubiera bastado con montar un caballo; hoy es jefe del ejército. El otro se hubiera contentado sobradamente con cantar una cancioncilla vana; hoy es un artista. Pues tú habías desplegado ante ellos en lucha abierta las fuerzas de los héroes, las fuerzas del mundo; tú le habías dado a resolver los enigmas de tu corazón; así aprendían esos jóvenes a reunir en sí todo lo grande, aprendían a comprender el juego de la naturaleza, todo alma, y olvidaban la frivolidad... ¡Hiperión, Hiperión! ¿no hiciste tú de mí, que carecía de palabras, tu musa? Pues lo mismo sucedió con los demás.

>>Desde entonces, a aquellos hombres, unidos por el compañerismo, no les resultaba fácil separarse; ya no vagaban y se mezclaban como la arena en la tormenta del desierto; la juventud y la vejez no se reían ya una de otra; nunca faltaba un huésped para el forastero; nunca se dividían los compañeros de una misma patria, y los amantes nunca se hacían sufrir; se refrescaban en tus fuentes, oh naturaleza, en las sagradas alegrías que misteriosamente brotan de tus profundidades y rejuvenecen el espíritu; y los dioses devolvían el consuelo a las maltrechas almas de los hombres; los dioses, guardianes de los corazones, protegían toda unión amistosa entre ellos. Porque tú, Hiperión, habías sanado los ojos a tus griegos para que vieran lo que está vivo, y habías encendido el entusiasmo que dormía en ellos como el fuego en la leña, y sentían este callado y constante entusiasmo de la naturaleza y de sus hijos puros. ¡Ah!, los hombres ya no se enfrentaban al mundo y su hermosura como los profanos al poema del artista cuando alaban las palabras y sólo ven en el el lado útil. Tú, naturaleza viva, te convertiste en un ejemplo mágico para los griegos, e inflamada por la felicidad eternamente joven de los dioses, toda la humanidad era una fiesta, como en la antigüedad; y la luz de Helios, más hermosa que una música guerrera, conducía a la acción a los jóvenes héroes.

>>¡Pero silencio, silencio! Fue mi más hermoso sueño, el primero y el último. Eres demasiado orgulloso para seguir ocupándote de esta raza malvada. Y haces bien. Tú les conducías a la libertad y ellos pensaban en la rapiña. Tú les condujiste en triunfo a su antigua Lacedemonia, y esos monstruos la saquearon y tú, noble hijo, fuiste maldito por tu padre, y no hay sima ni espesura lo bastante segura para ti en esta tierra griega que tú has respetado como cosa sagrada, que tú has amado más que a mí.

>>¡Oh Hiperión mío!, desde que se todo esto ya no soy aquella dulce muchacha que era. La indignación me arrastra tan lejos que apenas puedo mirar a la tierra, y mi corazón maltrecho se estremece sin tregua.

>>Vamos a separarnos. Tienes razón. Tampoco yo quiero hijos; pues no quisiera criarlos para un mundo de esclavos, y como pobres plantas se marchitarían ante mis ojos en esta tierra árida.

>>¡Adios, fiel amigo! Vete a algún lugar donde te parezca que valga la pena entregar tu alma. Seguro que se puede elegir todavía un sitio en el mundo, un altar donde puedas librarte de tu carga. Sería una lástima que todas las buenas fuerzas desaparecieran como una imagen soñada. Aunque también, si decides acabar, volverás a los dioses, volverás a la

vida santa, libre y joven de la naturaleza, de la que saliste, y ese es ahora tu unico deseo y tambien el mio.>>

Esto fue lo que ella me escribio. Yo estaba conmovido hasta la medula, lleno de espanto y de alegría, pero trate de recobrar me para encontrar palabras con que responderle.

<<¿Consientes, Diotima?>>, le escribi; >>¿apruebas mi renuncia?, ¿la has podido comprender?... ¡Alma fiel! ¿Y has podido acomodarte a ello?, ¿has podido acomodare incluso a mi mas sombríos desvarios, ¡celestes paciencia!, y te has sacrificado, te has ensombrecido por amor, ¡hija feliz de la naturaleza!, y te has hecho igual a mi y has santificado mi tristeza con tu consentimiento? ¡Bella heroína!, ¿qué corona no mereces?

>>¡Pero basta ahora de tristeza, amor mio! Tu me has seguido en mi noche, ¡ven ahora y deja ahora que yo te siga hasta tu luz! ¡Volveremos a tu gracia, hermoso corazon!

¡Permiteme, naturaleza esplendorosa, volver a contemplar tu calma, y adormecer para siempre mis excesos ante tu imagen de paz!

>>¿No es verdad, fiel amiga, que aun no es demasiado tarde para mi vuelta y que me acogeras de nuevo y que puedes volver a amarme igual que entonces? ¿No es verdad que aun no hemos perdido la felicidad de los días pasados?

>>Yo he llevado todo a sus extremos limites. Me he comportado de manera ingrata con nuestra tierra materna, he malgastado mi sangre y todos los dones de amor que ella me entrego, como quien arroja a un criado una propina, y ¡ay!, aun me he comportado de una manera mil veces mas ingrata contigo, santa muchacha, que me acogiste en tu paz a mi, un ser desgarrado de espanto, en cuyo pecho oprimido quedaban tan pocas luces de juventud como tallos de hierba en un camino frecuentado. ¿No fuiste tu quien me llamo a la vida?, ¿no era yo tuyo?, ¿cómo puedes entonces...? ¡Oh, espero que no lo sepas, que no tengas en tus manos la carta fatal que te escribi antes de la ultima batalla! Entonces quise morir, Diotima, y creia realizar asi una tarea sagrada. Pero ¿cómo puede ser sagrado lo que destruye la ferviente felicidad de nuestra vida?... ¡Diotima!, ¡vida bien nacida! Con todo esto me he convertido en mucho mas semejante a ti en tu sustancia, he aprendido a conservar lo que hay de bueno y de sincero en la tierra. ¡Oh!, aunque pudiera llegar a lo alto, a las resplandecientes islas del cielo, ¿encontraria alli mas de lo que encuentro en Diotima?

>>¡Ahora escuchame, amada mia!

>>En Grecia no puedo quedarme, ya lo sabes. Al despedirse de mi, mi padre me ha enviado lo suficiente, de lo que a el le sobra, para que podamos refugiarnos en algun valle sagrado de los Alpes o de los Pirineos y poder comprar alli una casa amiga y tambien bastante tierra verdeante como sea necesaria para alcanzar la dorada mediocridad de la vida.

>>Si quieres, acudir en seguida; mis fieles brazos os conduciran a ti y a tu madre y besaremos la costa de Calauria y secaremos nuestras lagrimas, y por el istmo llegaremos aprisa hasta el mar Adriatico, desde donde un seguro navio nos conducira mas lejos.

>>¡Oh, ven! El secreto de nuestros corazones descansara en las profundidades de las montañas como la piedra preciosa en la mina; en el seno de los bosques que escalan el cielo nos sentiremos como entre las columnas del templo mas resguardado, a donde no llegan los impios, y nos sentaremos junto a la fuente, contemplaremos en su espejo nuestro mundo, el cielo, la casa, el huerto y a nosotros mismos. A menudo nos pasaremos en la noche serena a la sombra de nuestro vergel y escucharemos al amado dios que hay en nosotros, mientras las plantas levantarán sus cabezas dobladas por el sol del mediodia y la callada vida de sus flores se refrescara cuando sumejan en el rocío sus tiernos brazos y la brisa nocturna, con su aliento, las envolvera y penetrara y sobre nosotros florecera la pradera celeste con todas sus brillantes flores, y en un extremo, detras de las nubes del oeste, la luz de la luna imitara timidamente, como por amor, la puesta del joven sol..., y luego, por la mañana, cuando nuestro valle, como el lecho de un rio, se llene de una luz calida y su dorada corriente fluya en silencio entre nuestros arboles y envuelva nuestra casa y las acogedoras habitaciones, embellecera tu obra y tu caminaras en ese brillo solar y bendeciras mi día con tu gracia, ¡amor!, y luego, cuando celebremos de esta manera las

delicias de la mañana, y la activa vida de la tierra, como un fuego sacrificial, se encienda ante nuestros ojos y vayamos entonces tambien nosotros a cumplir nuestra tarea cotidiana, a echar tambien una parte de nosotros en la llama ascendente, ¿no diras entonces que somos felices, que somos otra vez como los antiguos sacerdotes de la naturaleza, santos y alegres, que fueron piadosos antes que se alzara templo alguno?

>>¿He dicho bastante? ¡Ahora decide mi destino, amada mia, y pronto!... Es una suerte que siga estando medio enfermo desde la ultima batalla y que no haya sido licenciado de mi servicio; de no ser asi no habria podido quedarme aquí; habria tenido que ir yo mismo, preguntarte, y esto no estaria bien, seria hacerte violencia...

>>¡Ay, Diotima, locos e inquietos pensamientos asaltan mi corazon y , sin embargo..., no puedo pensar que tambien esta esperanza deba zozobrar!

>>¿No te habras elevado demasiado para volver otra vez a la felicidad de la tierra? La violenta llama espiritual encendida en tu dolor, ¿ no consume cuanto de mortal hay en ti?

>>Se muy bien que el que se enoja facilmente con el mundo se reconcilia tambien mas facilmente con el. Pero tu, con tu calma infantil; tu, tan feliz antes en tu elevada humildad, Diotima, ¿quién te reconciliara si el destino consigue enfadarte?

>>¡Amada vida mia!, ¿ya no hay en mi ningun poder capaz de curarte? De todos los sonidos del corazon, ¿no hay ninguno que te vuelva a llamar a la vida de los hombres, donde antes te demorabas tan graciosamente, con las alas plegadas? ¡Ven, quedate aquí, entre dos luces! Porque esta region de las sombras es un elemento del amor, y solo aquí brota del cielo de tus ojos el silencioso rocío de la melancolia.

>>¿No piensas ya en nuestros dias de oro, en aquellos dias llenos de gracia, divinamente melodicos?, ¿no los oyes susurrar desde todos los bosquecillos de Calauria?

>>Ademas, ya ves, muchas cosas en mi se han ido a pique y no tengo ya demasiadas esperanzas. Del incendio he salvado, como una divinidad domestica, tu imagen con su sentido celeste. Nuestra vida, la nuestra, esta todavia intacta en mi. ¿Deberia ir a enterrarla tambien a ella? ¿Debo errar sin reposo y sin meta de un lugar extranjero a otro? ¿Para eso he aprendido a amar?

>>¡Oh no! ¡Tu eres la primera y la ultima! Tu eras mia, y mia seguiras siendo.>>

HIPERION A BELARMINO

Estaba yo sentado con Alabanda en una colina de la region, a la amable tibieza del sol, y a nuestro alrededor jugaba el viento con las hojas caidas. La tierra estaba en silencio; solo de vez en cuando resonaba en el bosque un arbol al caer, abatido por el leñador, y junto a nosotros murmuraba la efimera torrentera, camino del mar en calma.

Estaba bastante tranquilo; esperaba ver pronto a mi Diotima, vivir pronto con ella en silenciosa felicidad. Alabanda me habia librado de todas mis dudas, tan seguro estaba el mismo a este respecto. Tambien el estaba sereno, aunque en otro sentido. El futuro ya no tenia poder alguno sobre el. ¡Oh, yo no lo sabia! Habia llegado al final de sus alegrías, contemplaba el mundo con todos sus derechos, con toda su naturaleza triunfante, inutil a si mismo, ineficaz y solo, y el dejaba que pasara aquello como si hubiera perdido un juego que solo fuera un pasatiempo.

Entonces llego hasta nosotros un mensajero. Nos traia la licencia del servicio militar que ambos habiamos solicitado de la flota rusa, porque para nosotros no habia nada que hacer que mereciera la pena. Ya podia abandonar Paros cuando quisiera. Y ya estaba tambien lo bastante restablecido como para poder viajar. No queria esperar la respuesta de Diotima, queria llegar hasta ella; era como si un dios me empujara hacia Calauria. Cuando Alabanda me oyo decir esto se mudo su color y me miro con tristeza. <<¿Tan facil le resulta a mi Hiperion>>, dijo, <<abandonar a su Alabanda?>>

<<¿Abandonarte?>>, pregunte. <<¿Por qué?>>

<<¡Oh señores perdidos en vuestros sueños!>>, exclamo, <<¿es que no ves que tenemos que separarnos?>>

<<¿Por qué tengo que verlo?>>, conteste. <<Tu no has hablado nunca de eso, y cuando me pareció ver en ti en alguna ocasión algo que podía interpretarse como una despedida, prefería tomarlo como una broma, como un exceso cordial...>

>>¡Ah!>>, exclamo, <<conozco ese juego divino del amor cuando es rico, que se crea a sí mismo necesidades para descargarse de lo que le sobra, y quisiera que pasara eso conmigo, buen amigo, pero esta vez va en serio.>>

<<¿En serio?>>, grite. <<¿Y por qué?>>

<<Querido Hiperion>>, dijo dulcemente, <<porque no me gustaría ser un estorbo para tu felicidad futura, porque debo temer la cercanía de Diotima. Creeme, es peligroso vivir junto a los que se aman, y a un corazón desocupado, como ahora está el mío, le resulta difícil soportarlo.>>

<<¡Ay, mi buen Alabanda>>, dije sonriente, <<que mal te conoces a ti mismo! Tu no eres blando como la cera y tu alma firme no traspasa tan fácilmente sus límites. Por primera vez en tu vida tienes grillos en la cabeza. Te has dedicado aquí a hacer de enfermero mío y ya se ve que no habías nacido para eso. La inacción te ha vuelto cobarde...>

<<¿Lo ves?>>, dijo, <<de eso se trata. Mi vida con vosotros, ¿sería más activa? ¿Y si se tratará de otra mujer! ¡Pero esa Diotima! ¿Podría yo hacer otra cosa? ¿Podría darle solamente la mitad de mi alma? ¿A ella, que es tan total y profundamente una sola vida, divina e indivisa? Creeme, sería infantil el intento de querer ver a ese ser sin amarlo. ¿Me miras como si no me conocieras? Verdad es que estos últimos días me he vuelto un extraño para mí mismo desde que está tan vivo su ser en mí.>>

>>¿Y por qué no puedo regalártela?>>, exclame.

<<¿Deja eso!, dijo; <<no me consueles, porque no hay nada de que consolarme. Estoy solo, solo, y mi vida se escapa como la arena en el reloj>>

<<¡Alma grande!>>, exclame, <<¿tenías que llegar a esto?>>

<<¡No te entristezcas!>>, dijo. <<Ya empezaba a caer por esa pendiente cuando nos encontramos en Esmirna. ¡Si! ¡Cuando yo era todavía un grumete y mi espíritu y mis miembros se hicieron fuertes y ágiles con la comida frugal y las tareas arriesgadas! Cuando, suspendido en lo alto del mástil en el aire sereno, tras una noche de tormenta, bajo el pabellón flotante, contemplaba las aves marinas sobre el abismo reluciente, cuando a menudo en plena batalla nuestros barcos furiosos hendían el mar como el colmillo del jabalí la tierra, y yo estaba al lado de mi capitán con la mirada clara... entonces vivía, ¡oh sí, entonces estaba vivo! Y mucho después, cuando encontré a aquel joven tiniota en la playa de Esmirna, con su seriedad, con su amor, y mi alma halada empezó a derretirse bajo la mirada de aquel joven, y aprendí a amar y a considerar sagrado cuanto es demasiado bueno para enseñorearse de ello a la fuerza, cuando empecé con el una nueva vida y germinaron en mí nuevas fuerzas, más ardientes, para gozar del mundo y también para luchar con él, entonces volví a tener esperanza... ¡Ay!, y todo lo que esperaba y tenía estaba ligado a ti; yo te sujete a mí, quería arrastrarte a la fuerza a mi propio destino, te perdí, te volví a encontrar, nuestra amistad era mi único mundo, mi tesoro, mi gloria; ahora también ella se acaba, para siempre, y mi existencia ya no tiene sentido.>>

<<¿Es verdad eso?>>, pregunte con un suspiro.

<<¡Tan verdadero como el sol!>>, exclamo; <<pero déjalo en paz, ya está todo previsto.>>

<<¿Cómo es eso, Alabanda?>>, dije.

<<Déjame que te lo cuente>>, respondió. <<Aun no te he hablado nunca de un determinado asunto. Y además...nos tranquilizará a los dos un poco hablar del pasado.>>

>>Andaba yo un día, desamparado, por el puerto de Trieste. La nave corsaria en que servía había naufragado algunos años antes y a duras penas conseguí llegar con unos cuantos a las costas de Sevilla. Mi capitán se había ahogado y mi vida y mis ropas chorreantes era todo lo que me quedaba. Me desnude y me tumbe al sol y puse mi ropa a secar en unos matorrales. Luego seguí mi camino hacia la ciudad. Antes de cruzar sus puertas vi que había, en los huertos, una alegre reunión; fui hacia ella y cante una divertida canción griega.

Triste no conocia ninguna. Al hacerlo enrojecia de vergüenza y dolor por tener que exhibir de aquella manera mi infortunio. Yo era un muchacho de dieciocho años, salvaje y orgulloso, y odiaba mortalmente verme convertido en objeto de los comentarios de la gente.

“Perdonadme”, dije cuando acabe con mi cancion, “acabo de naufragar y por ahora no ser hacer al mundo mejor servicio que el de cantarle.” Esto lo dije, mal que bien en español. Un hombre de rostro magnifico se me acerco, me dio dinero y dijo en nuestra lengua, sonriente :”¡Toma! Comprate con esto una piedra de afilar y aprende a vaciar cuchillos, y asi podras recorrer el pais.“ El consejo me gusto. “¡Señor, asi lo hare!”, respondi. Los demas tambien me obsequiaron con largueza y luego parti e hice lo que aquel hombre me habia aconsejado, y asi anduve dando vueltas una temporada por España y Francia.

>>A menudo te he contado, divertido, todo lo que me sucedió en aquella epoca, como con el contacto de los mil rostros de la servidumbre se agudizo mi amor a la libertad, y como algunas duras necesidades hicieron crecer en mi el valor necesario para vivir, y el buen sentido.

>>Yo ejercia mi vagabundo e inocente oficio con alegria, pero al final me lo fueron amargando.

>>Como mi aspecto no acababa de ser todo lo vulgar que era preciso, tomaban mi oficio por un disfraz, se imaginaban que yo realizaba en secreto algun negocio peligroso, y realmente fui encarcelado un par de veces. Esto fue lo que me decidio a abandonarlo, y con el poco dinero que habia ganado emprendi el regreso a mi patria, de la que antes habia huido. Asi llegue a Trieste, y pretendia bajar por Dalmacia. Pero alli, a consecuencia del duro viaje, me asalto una enfermedad que se llevo mi parca riqueza. Asi andaba yo, aun a medio curar, tristemente, por el puerto de Trieste, cuando de pronto descubri ante mi al hombre que en Sevilla se habia interesado por mi. Se alegro sobremanera de volver a verme; me dijo que ha menudo se habia acordado de mi y me pregunto que tal me habia ido en todo este tiempo. Le conte todo. “Ya veo”, exclamo, “que no ha sido inutil enviarte un poco a la escuela del destino. Has aprendido a soportar; ahora podras actuar cuando quieras.”

>>Estas palabras, el tono de su voz, su apretón de manos, su expresion, su mirada, todo aquello, como una fuerza divina, sacudio mi ser, que a partir de la enfermedad se habia vuelto mas inflamable que nunca, y me entregue.

>>El hombre del que hablo, Hiperion, era uno de aquellos que viste en Esmirna conmigo. Ya a la noche siguiente me llevo a una solemne reunion. Un estremecimiento me recorrio cuando entre en el salon y mi acompañante me señalo a los primeros hombres, diciendo: “Esta es la Liga de Nemesis.” Embriagado al pensar en el gran campo de accion que ante mi se abria, puse mi sangre y mi alma al entero servicio de aquellos hombres. Poco despues se levanto la reunion, que debia volver a congregarse en años sucesivos en otros sitios, y cada cual emprendio el camino que le habia sido prescrito por el mundo. Yo fui agregado a aquellos que unos años mas tarde encontraste en mi casa, en Esmirna.

>>La coercion en que vivia me atormentaba a menudo; ademas, no acababa yo de ver los grandes efectos de la Liga y mis ganas de accion encontraban en ella un pobre alimento. Pero todo esto no era suficiente para justificar una desercion. Finalmente, la pasion por ti me indujo a ello. Te lo he dicho muchas veces: cuando tu no estabas, era como si me faltara el aire y el sol y no tenia otra eleccion: debia renunciar a ti o a la Liga. Ya sabes que elegi.

>>Pero todos los actos humanos acaban por tener su castigo, y solo los dioses y los niños escapan de la Nemesis.

>>Yo habia dado preferencia al derecho divino del corazon. Por aquel a quien amaba rompi mi juramento. ¿No era justo? ¿No debe el mas noble de los deseos ser tambien el mas libre?... Mi corazon me tomo la palabra; le di la libertad y ya ves, la necesita.

>>Si rindes homenaje una sola vez al genio, este no te tolerara ningun obstaculo mortal, y romperá todos los lazos de tu vida.

>>Rompi mis compromisos por un amigo y rompería la amistad por el amor de Diotima, y al final acabaria matandonos, a ella y a mi, porque no conseguiriamos fundirnos en uno. Pero

no ha de ser ese mi camino; si debo expiar lo que hice, lo hare con libertad; quiero elegir mis propios jueces; me entregare a quienes he faltado.>>

>>¿Hablas de tus hermanos de la Liga?>>, grite. <<¡Oh, Alabanda, no hagas eso!>>

<<¿Qué mas pueden quitarme que la vida?>>, me respondió. Luego me cogio la mano con dulzura y me dijo: <<Hiperion, mi tiempo se acaba, y ahora solo me queda elegir un noble final. ¡Déjame! ¡No me hagas de menos, y ten fe en mi palabra! Se tambien como tu que aun podria fingir una existencia, que podria, ahora que ha terminado el banquete de la vida, jugar todavia con las migajas, pero yo no puedo hacer eso; y tu tampoco. ¿Necesito decirte algo mas? ¿No te hablo desde el fondo de tu alma? ¡Tengo sed de aire, de frecor, Hiperion! Mi alma desborda en mi y ya no cabe en sus antiguos limites. Pronto llegaran los hermosos dias de invierno en que la tierra oscura no es mas el espejo azogado del cielo reluciente; seria una buena epoca, ¡en ella resplandecen con sombría hospitalidad esas islas de luz!... ¿Te asombran mis palabras? ¡Querido!, los que parten hablan todos como borrachos, y les gusta ser solemnes. Cuando el arbol empieza a marchitarse, ¿no tienen todas sus hojas el color del alba?>>

<<¡Oh alma grande!>>, grite, <<¿debo compadecerme de ti?>>

Yo sentia en su exaltacion lo profundo de su sufrimiento. Nunca n mi vida habia soportado yo tal dolor. Y, sin embargo, ¡oh Belarmino!, sin embargo, sentia tambien la mayor de todas las alegrías por tener ante mis ojos y en mis brazos tal imagen de los dioses.

<<¡Si, muere>>, grite, <<muere! Tu corazon es bastante grande, tu vida esta madura como las uvas en un dia de otoño. ¡Parte, ser perfecto!, yo iria contigo si no hubiera una Diotima>>.

<<¿Vuelvo a tenerte?>>, respondió Alabanda. <<¿Eres tu quien habla asi? ¡Que profundo, que lleno de alma se vuelve todo cuando mi Hiperion se ocupa de ello!>>

<<¡Oh dioses!>>, grite. <<¡Me alaba para arrancarme por segunda vez esa palabra imprudente! ¡Para obtener de mi permiso para correr a ese tribunal sangriento!>>

<<No te alabo>>, contesto con seriedad; <<Tengo derecho a hacer lo que tu quieres impedir, y no es un derecho comun. ¡Respetalo!>>.

Habia en sus ojos un fuego que me aniquilo como un mandamiento divino, y no ose decir ni una sola palabra mas en contra suya.

<<No lo haran>>, pensaba mientras tanto, <<no pueden hacerlo. Es demasiado sin sentido sacrificar, como una victima, una vida tan admirable>>. Este pensamiento me tranquilizo.

Fue un provecho singular volver a escucharle la noche siguiente, despues de que ambos hicieramos nuestros preparativos de viaje y salieramos antes del amanecer para volver a estar juntos otra vez.

<<¿Sabes>>, me dijo, entre otras cosas, <<porque no me ha preocupado nunca la muerte? Yo siento en mi una vida que no ha creado ningun dios ni engendrado mortal alguno. Creo que existimos por nosotros mismos, y que solo nuestro libre impulso nos une tan intimamente con el todo>>.

<<Nunca habia escuchado de ti nada parecido>>, conteste.

>>¿Y que seria>>, continuo, <<que seria este mundo si no fuera un acorde de seres libres? Si los vivientes no actuaran en el conjuntamente desde un principio empujados por un impulso propio y alegre, en el sentido de una sola vida a muchas voces, ¡Que leñoso seria, que frio, que chapuza sin corazon!>>

<<Y asi sera verdad en su mas alto sentido>>, respondi, <<que, sin libertad, todo esta muerto>>.

<<¡Claro que si!>>, exclamo; <<si ni una sola brizna de hierba crece si no hay en ella un germen de vida propio, ¡cuánto mas en mi! Y por eso, amigo mio, porque me siento libre en el mas alto sentido, porque me siento sin comienzo, por eso creo que no tengo fin, que soy indestructible. Si me ha hecho la mano de un alfarero, que rompa su vasija cuando guste. Pero lo que vive en ella debe ser increado, debe ser en su germen de naturaleza divina, elevado sobre todo poder y todo arte, y, por tanto, invulnerable, eterno.

>>Cada cual tiene sus misterios, querido Hiperion, sus pensamientos secretos; estos fueron los míos desde que empecé a pensar.

>>Lo que vive es indestructible; incluso en su más profunda servidumbre sigue siendo libre, sigue siendo uno, y aunque lo divides a fondo, y sigue ileso aunque lo rompas hasta la médula: su ser, victorioso, escapará de entre tus manos...

>>Pero ya se levanta la brisa del amanecer; nuestros buques están despiertos. ¡Oh Hiperion mío, ya lo he superado! He querido ser capaz de pronunciar en contra de mi corazón una sentencia de muerte, y de separarnos a ti y a mí, ¡preferido de mi vida! Ahora, ¡respetame! ¡Ahórrame las despedidas! ¡Vamos, rápido! ¡Ven...!>>

Al oírle decir aquello sentí un hielo correr por todos mis miembros.

<<¡Oh, por amor a tu fidelidad, Alabanda!>>, grite, echado a sus pies. <<¿Tiene que ser así? Tu me has aturrido de manera desleal, me has envuelto en un vertigo. ¡Hermano!, ¿no me has dejado ni la suficiente razón para preguntarte a dónde vas?>

<<¡No puedo decirte el nombre del lugar, querido corazón!>>, respondió. <<Sin embargo, es posible que nos volvamos a ver alguna vez>>.

<<¿Volver a vernos?>>, repliqué. <<¡Eso me enriquece con una esperanza! Y así me ire enriqueciendo con creencias, y al final todo será esperanzado para mí>>.

<<¡Querido!>>, exclamo, <<cuando las palabras ya no son una ayuda, ¡callemonos, acabemos virilmente! Tu estás echando a perder estos últimos instantes>>.

Nos habíamos ido acercando al puerto.

<<¡Una cosa más!>>, dijo cuando llegamos junto a su barco. <<¡Saluda a Diótima! ¡Amaos! ¡Sed felices, almas hermosas!>>

<<¡Oh Alabanda!>>, grite, <<¿por qué no puedo ir yo en tu lugar?>>

<<Tu tarea es más bella>>, respondió, <<¡cúmplala! Tu perteneces a aquel ser lleno de gracia; ella es desde ahora tu mundo... Y como no hay felicidad sin sacrificio, ¡oh destino, tomame a mí de víctima y deja a los amantes su alegría...!>>

La emoción de su corazón empezó a sobrepasarle; se apartó bruscamente de mí y saltó al barco para abreviar nuestra despedida. Yo sentí en aquel momento como un rayo al que siguieran la noche y un silencio de muerte, pero en medio de aquel anonadamiento, mi alma sacó fuerzas de flaqueza para retener al amigo que partía, y mis brazos se tendieron hacia él por sí solos. <<¡Piedad! ¡Alabanda, Alabanda!>>, grite, pero desde el barco me llegó solo un sordo adiós.

HIPERION A BELARMINO

Hizo la casualidad que el buque que debía conducirme a Calauria permaneciera anclado hasta la tarde, mientras Alabanda había emprendido su camino ya de mañana.

Yo me quedé en la rivera, mirando en silencio al mar, cansado por el dolor de la despedida, dejando pasar una hora tras otra. Mi espíritu recapitulaba los días dolorosos de mi juventud que expiraba lentamente, y planeaba sin rumbo sobre el porvenir como una hermosa paloma. Quise darme ánimos y tome mi laúd, hacia tiempo olvidado, para cantarme a mí mismo una canción al destino que en los días felices y no apreciados de la juventud había aprendido de mi amigo Adamas.

¡Andais arriba, en la luz,
por blando suelo, genios felices!
Esplendidas brisas divinas
os rozan apenas,
como los dedos de la artista
las cuerdas sagradas.

Carentes de destino, como el niño
dormido, respiran los celestes;
con pudor preservado

en humilde capullo,
florece eternamente
el espiritu en ellos,
y sus ojos felices
contemplan la tranquila
y eterna claridad.

Pero a nosotros no nos es dado
descansar en ninguna parte;
desaparecen, sufren
los hombres, caen
ciegamente de una
hora en otra,
como agua, de roca
en roca arrojada
durante años a la incertidumbre.

Asi cante, acompañandome con el Laud. Apenas habia acabado, cuando llego una barca en la que reconocí en seguida a mi criado, que traía una carta de Diotima.

<<¿Asi que aun estas en este mundo>>, me escribia, <<y sigues viendo la luz del dia? ¡Querido mio, yo creia que nos encontraríamos en otra parte! Recibi antes de lo que tu, despues, hubieras deseado, la carta que escribiste antes de la batalla de Tscherna, y por eso vivi durante una semana creyendo que te habias arrojado en los brazos de la muerte, hasta que llego tu criado con la feliz embajada de que vivias. Aparte de eso, me contaron unos dias despues de la batalla que el barco en el que te sabia habia volado por los aires con toda su tripulacion.

>>Pero, ¡oh dulce voz!, vuelvo a oírte de nuevo, el lenguaje del amor me ha tranquilizado otra vez como aire de mayo, y tus hermosas esperanzas de alegría, la encantadora vision de nuestra felicidad futura, me han ilusionado tambien a mi por un momento.

>>Querido soñador, ¿por qué tengo que despertarte? ¿Por qué no puedo decirte: ven y haz realidad los hermosos dias que me prometes? Pero es demasiado tarde. Tu amada esta marchita desde que tu te fuiste, un fuego interior me ha consumido lentamente, y solo quedan en mi unos ligeros restos. ¡No te enfades! Todo lo que hay en la naturaleza se purifica, y el florecer de la vida se libera en todas partes cada vez mas de la grosera materia >>¿Queridísimo Hiperion, seguro que no pensabas oír este año mi canto del cisne!>>.

CONTINUACION

<<En cuanto te fuiste, e incluso antes, en los dias de nuestra separacion, empezo esto. Una fuerza en mi espiritu que me asustaba, una vida interior ante la que empalidecia y acababa por desaparecer la vida terrestre como las lamparas nocturnas a la luz del amanecer...

¿Debo confesarlo? Me habria gustado ir a Delfos y construir al dios del entusiasmo un templo en las rocas del antiguo Parnaso, y, como una nueva pitonisa, inflamar con oraculos a los pueblos dormidos, y ¡mi alma puede atestiguarlo!, las palabras de la doncella hubieran abierto los ojos a todos los abandonados por los dioses y desarrugado sus frente sombrías, ¡tan poderoso era en mi el espiritu de la vida! Pero una fatiga cada vez mayor pesaba sobre mis miembros mortales, y ese peso angustioso me iba hundiendo sin compasion. ¡Ay cuantas veces, en el pabellon de mi jardin, he llorado las rosas de mi juventud! Cada dia se marchitaban un poco mas, y las mejillas de tu amada solo enrojecian con las lagrimas. Seguian estando los arboles de antes, estaba el pabellon de antes... y en otro tiempo estaba allí tu Diotima, tu niña, Hiperion, allí, ante tus ojos felices, una flor entre las flores, y en ella se conjugaban apaciblemente las fuerzas de la tierra y del cielo. Y ahora caminaba como una extraña entre los capullos de mayo, y sus confidentes, las amadas plantas, le saludaban

llenas de amistad, pero ella solo podia ocuparse de su tristeza, sin embargo, no pase de largo ante ninguna, sino que me despedi uno a uno de todos los compañeros de mis juegos juveniles, de los bosques y las fuentes, y de las colinas rumorosas.

>>Ah, a menudo he llegado todavia, con un fuerte pero dulce esfuerzo, mientras he sido capaz de ello, hasta la altura en que viviste con Notara, y he hablado de ti con nuestro amigo con el aspecto mas alegre que me resultaba posible, para que el no te escribiera nada acerca de mi; pero pronto, cuando el corazon latia con demasiado estrepito, me escapaba disimuladamente al jardin, y alli me quedaba en la barandilla sobre las rocas, desde donde mirabamos a lo hondo y a la naturaleza abierta ante nosotros, ¡jay!, donde senti, retenida por tus manos, arropada por tus ojos, el primer ardiente estremecimiento del amor, y deseaba verter mi alma rebosante, como una libacion, en el abismo de la vida... y ahora andaba tambaleandome y gritaba al viento mi pena, y mi mirada, como un pajarito huraño, erraba sin atreverse apenas a mirar la tierra hermosa de la que debia separarme>>.

CONTINUACION

<<Eso es lo que ha pasado con tu amada, Hiperion. ¡No preguntes como, no te intentes explicar esta muerte! El que piensa en sondear tales destinos acaba maldiciendose a si mismo y a todo lo demas, y, sin embargo, nadie es responsable de ello.

>>¿Debo decir que me ha matado la pena por ti? ¡Oh, no, no! Yo di la bienvenida a esa pena, ella dio forma y encanto a la muerte que yo llevaba en mi; ahora podia decirme: mueres por tu amado...

>>¿O es que mi alma ha madurado en exceso con los entusiasmos de nuestro amor y por eso no cabe ya en los modestos limites de su patria, como un joven ambicioso? ¿Dimelo! ¿Fue una exuberancia de mi corazon la que me enemisto con esta vida mortal? ¿Se volvio en mi la naturaleza por culpa tuya, soberano mio, demasiado orgullosa para consentir en aguantar mas tiempo en este astro mediocre? Ya que tu le enseñaste a volar, ¿por qué no enseñas tambien a mi alma a volver a ti? Tu has encendido esta llama enamorada del Eter, ¿por qué no la has alimentado en mi? ¡Escuchame, amor mio!, te lo pido por la hermosura de tu alma, ¡no te acuses nunca de mi muerte!

>>¿Acaso podias retenerme, si tu destino te marcaba el mismo camino? Y si en medio del combate heroico de tu corazon me hubieras predicado: ¡aprende a resignarte, hija mia, y acomodate a tu epoca!..., ¿no hubieras sido el mas vano de los hombres?>>

CONTINUACION

<<Voy a decirte francamente lo que creo. Tu llama vivia en mi, tu espiritu habia pasado a mi; pero esto dificilmente me hubiera dañado, y solo tu destino ha convertido en muerte mi nueva vida. Mi alma se habia vuelto por ti demasiao poderosa; tambien por ti se hubiera tranquilizado de nuevo. Tu arrebataste mi vida a la tierra, tu hubieras tenido tambien poder para sujetarme a la tierra, tu hubieras aprisionado mi alma en tus brazos como en un circulo magico; ¡jay!, una sola de tus palabras de amor habria hecho de mi de nuevo una criatura sana y alegre; pero como tu propio destino te llevaba a la soledad del espiritu como el diluvio lleva el agua hasta la cima de la montaña, solo entonces, cuando me convenci por completo de que la tempestad de la lucha habia abierto tu calabozo, y que mi Hiperion habia levantado el vuelo hacia la antigua libertad, entonces se decidio para mi lo que pronto se cumplira.

>>Yo he necesitado muchas palabras, mientras la noble romana murio en silencio cuando su Bruto luchaba por la patria en un combate mortal. Pero ¿qué mejor podria hacer en los mejores de mis ultimos dias?... Ahora mismo sigo sintiendo la necesidad de decir mas cosas. Mi vida fue silenciosa; mi muerte es locuaz. ¡Ya basta!

CONTINUACION

<<Solo una cosa mas tengo que decirte.

>>Tu tendrias que sucumbir, que desesperar, pero el espiritu te salvara. Ni el laurel ni la corona de mirto te consolaran; sino el Olimpo, el Olimpo vivo, presente, eternamente joven, que florece en torno a tus sentidos. El mundo, con su hermosura, es mi Olimpo; en el viviras

y recobraras tu alegría con las sagradas criaturas de este mundo, con los dioses de la naturaleza.

>>¡Sed bienvenidos vosotros, los buenos, los fieles, los profundamente desconocidos, los ausentes! ¡Jovenes y viejos, sol y tierra y Eter, junto con todas las almas vivas que por vosotros juegan, en torno vuestro, en amor eterno! ¡Oh, acoged de nuevo en la familia de los dioses a los hombres que eternamente buscan, a los profugos! ¡Acogedlos en la patria de la naturaleza, de la que han huido!

>>¡Tu conoces este designio, Hiperion! Tu hiciste que naciera en mi. Tu lo realizaras en ti, y solo entonces descansarás.

>>Con el me basta para morir con alegría, como una doncella griega.

>>Los infelices que lo único que conocen es su miserable tarea, que solo sirven a la necesidad y desprecian el genio, los que no te respetan, ¡vida simple de la naturaleza!, son quienes deben temer a la muerte. Su yugo se ha convertido en su mundo; no conocen nada mejor que su servidumbre; temen a la libertad divina que nos da la muerte.

>>¡Pero yo no! Yo me he elevado por encima de la obra que tan deficientemente han construido las manos de los hombres, yo he sentido la vida de la naturaleza, que es más alta que todo pensamiento... Aunque me convirtiera en planta, ¿sería acaso tan grande el daño?... Existire, ¿Cómo podría extraviarme de la esfera de la vida donde el amor eterno, que es común a todos, mantiene unidas todas las naturalezas? ¿Cómo podría separarme de la alianza que une a todos los seres? Ella no se rompe tan fácil como los flojos lazos de esta época. Ella no es como un día de mercado, en que el pueblo corre de aquí para allí, se amontona y grita. ¡No! Por el espíritu que nos une, por el espíritu divino que es propio de cada uno y común a todos, ¡no, no!, en la alianza de la naturaleza la fidelidad no es ningún sueño. Solo nos separamos para estar unidos más íntimamente, más divinamente en paz con todo, con nosotros mismos. Morimos para vivir.

>>Existire; no me pregunto en que me convertire. Existir, vivir, es bastante, es la gloria de los dioses; y por eso da igual que vida haya en el mundo de los dioses, y en el no hay señores ni siervos. Las naturalezas viven unas con otras como amantes; todo lo tienen en común, espíritu, alegría y eterna juventud.

>>Los astros han escogido la duración, ruedan siempre en callada plenitud de la vida y no conocen la edad. Nosotros representamos la perfección en el cambio; compartimos en melodías errantes los grandes acordes de la alegría. Como arpistas en torno a los tronos de los antiguos, vivimos en torno a los callados dioses del mundo, divinos también nosotros, y con la profuga canción de nuestra vida atenuamos la radiante seriedad del dios sol y de los demás dioses.

>>¡Contempla el mundo! ¿No es como un cortejo triunfal en marcha, con el que la naturaleza celebra el triunfo eterno sobre toda corrupción? Y para realzar su majestad, ¿no lleva la vida consigo a la muerte, en cadenas de oro, como llevaban antiguamente los señores de la guerra a los reyes prisioneros? Y nosotros, nosotros somos como las doncellas y los muchachos que acompañan con bailes y cantos, con formas y sonidos cambiantes, al majestático cortejo.

>>Ahora deja que me calle. Decir más sería excesivo. Sin duda, volveremos a encontrarnos....

>>¡Afligido amigo! Pronto, pronto serás más feliz. Tu laurel aún no ha crecido, y tus mirtos se marchitarán, pues tu debes ser sacerdote de la divina naturaleza y ya germinan en ti los días poéticos.

>>¡Oh, si yo pudiera verte en tu futura belleza! Adios>>.

Al mismo tiempo, recibí una carta de Notara en que me escribía:

<<Al día siguiente de escribirte por última vez se tranquilizó por completo, hablo aún unas pocas palabras, dijo también entonces que preferiría separarse de la tierra por medio del fuego, en vez de ser enterrada, y que debíamos juntar sus cenizas en una urna y colocarla

en el bosque, en el lugar donde tu, querido Hiperion, la encontraste por primera vez. Poco despues, cuando comenzo a oscurecer, nos dio las buenas noches, como si deseara dormir, y cruzo los brazos en torno a su hermosa cabeza; hasta el amanecer, mas o menos, la oimos respirar. Como entonces todo quedo en silencio y yo no oia ya nada, me acerque a ella y escuche.

>>¡Oh, Hiperion! ¿Qué mas debo decir? Se habia acabado, y nuestros lamentos ya no la despertaron.

>>Es un terrible misterio que tal vida tenga que morir, y te lo confesare, yo mismo no tengo ni sentido ni fe desde que me ha tocado ver esto.

>>Pero siempre es mejor, Hiperion, una muerte hermosa que esta vida somñolienta que ahora es la nuestra.

>>En el futuro, nuestra tarea sera cazar moscas, y nuestra alegria sera finalmente masticar los asuntos de este mundo como los niños las secas raices de la higuera. Envejecer entre pueblos jovenes me parece un placer, pero hacerse viejo donde todo es viejo me parece lo peor de todo...

>>Casi me atreveria a aconsejarte, mi querido Hiperion, que no vinieras. Te conozco. Perderias el sentido. Ademas, aquí no estas seguro. ¡Querido amigo, piensa en la madre de Diotima, piensa en mi, y cuidate!

>>Debo confesarte que me estremezco al pensar en tu destino. Pero tambien pienso, sin embargo, que el verano abrasador no seca los manantiales mas profundos, solo la debil torrencera. Hiperion, te he visto en momentos en que me pareciste un ser superior. Ahora has sido puesto a prueba y debes mostrar quien eres. Adios>>.

Esto me escribio Notara; y tu me preguntaras, Belarmino, como me siento ahora, mientras lo cuento.

Amigo, estoy tranquilo, pues no quiero tener nada mejor que lo que tienen los dioses. ¿No debe sufrir todo lo que existe, y mas profundamente cuanto mas excelso es? ¿No sufre la sagrada naturaleza? ¡Oh, mi divinidad, que tu puedas estar tan triste como feliz, es algo que durante mucho tiempo no pude comprender! Pero el bienestar sin sufrimiento es sueño, y sin muerte no hay vida. ¿Querrias ser eternamente como un niño y dormir como la nada? ¿Renunciar al triunfo? ¿No recorrer la escala de los perfeccionamientos? ¡Si, si!, el dolor es digno de habitar en el corazon humano y de emparentarse contigo, ¡oh naturaleza! Porque solo el conduce de un placer a otro, y no hay mas compañero que el...

Mas tarde, cuando empece a revivir, escribi a Notara desde Sicilia, adonde me habia llevado un barco desde Paros:

<<Te he obedecido, querido amigo; ya estoy lejos de vosotros y ya es hora de que te noticias mias; pero escribir me resulta dificil, debo confesarlo. Los bienaventurados, entre los cuales esta ahora Diotima, no hablan mucho; en mi noche, en el abismo de los tristes, quedan tambien pocas palabras.

>>Tienes razon, mi Diotima ha tenido una hermosa muerte; eso es tambien lo que me reconforta y me devuelve el alma.

>>Pero el mundo al que vuelvo ya no es el de antes. Yo soy un extranjero, como los muertos sin sepultura cuando suben del Aqueronte, y aunque estuviera en mi isla natal, en los jardines de mi infancia, que mi padre me ciera, ¡ay!, aun en ese caso seia un extranjero en la tierra, y ya no hay ningun dios que pueda ligarme al pasado.

>>¡Si, todo aquello acabo; y aunque pudiera llorar, divina belleza, como tu lloraste antiguamente por Adonis, no volveria a mi mi Diotima; las palabras de mi corazon han perdido su fuerza, pues solo el viento me escucha.

>>¡Oh Dios! ¡y pensar que yo mismo no soy nada y que el mas comun de los artesanos puede decir que el ha hecho mas que yo! ¡que pueden consolarse los pobres de espiritu y que se rien y me tratan despectivamente de soñador porque mis hechos no han llegado a la sazón, porque mis brazos no son libres, porque mi época se asemeja al feroz Procusto, que

arrojaba a una cuna a los hombres que capturaba, y para que cupieran en aquel pequeño lecho les cortaba los miembros a su medida!

>>¡Al menos si no fuera tan desconsolador lanzarse solo en medio de esa muchedumbre demente y ser destrozado por ella! ¡o si una sangre noble no se avergonzara de mezclarse con la sangre servil! ¡Oh dioses, si hubiera una bandera bajo la cual pudiera servir mi querido Alabanda, o unas Termopilas donde pudiera yo derramar con honor, junto con mi sangre, todo el amor solitario que ya nunca me servira de nada! Desde luego, seria mejor si pudiera vivir, vivir en los nuevos templos, en el Agora, en medio de las nuevas asambleas de nuestro pueblo, calmar con grandes alegrías mis grandes penas; pero de eso prefiero no hablar, porque cuando pienso en ello solo consigo llorar con todas mis fuerzas.

>>¡Ay, Notara! También lo mío se acabo. Mi propia alma me disgusta, porque tengo que reprocharle la muerte de Diotima, y las ideas de mi juventud, que tuve por grandes, ya no me sirven. ¡Ellas fueron las que envenenaron a Diotima!

>>Y ahora, dime, ¿dónde encontrar asilo?... Ayer subí al Etna. Allí encontré al gran siciliano que antiguamente, harto de contar las horas, emparentado con el alma del mundo, y a pesar de su temerario gusto por la vida, se arrojó a las poderosas llamas. “Sin duda porque poeta tan frío tenía necesidad de calentarse al fuego”, como dijo más tarde alguien burlándose de él.

>>¡Como me hubiera gustado merecer yo también la misma burla! Pero hay que tener más estima de sí mismo de la que yo me tengo para volar así hasta el corazón de la naturaleza sin haber sido llamado! O dale a eso el nombre que quieras, pues realmente tal como estoy ahora no tengo nombres para las cosas y todo me resulta incierto.

>>Y ahora, Notara, dime: ¿dónde encontrar asilo?

>>¿En los bosques de Calauria?... ¡Sí! allí en la verde penumbra donde se alzan nuestros árboles, los confidentes de nuestro amor, donde su mortecino follaje cae sobre la urna de Diotima como un crepúsculo y sus hermosas copas se inclina hacia ella envejeciendo lentamente, hasta que un día se desplomen ellas también sobre las amadas cenizas... ¡allí, sí, allí sí que podría vivir de acuerdo con mi corazón!

>>Pero tú me aconsejas que permanezca alejado, opinas que no estaría seguro en Calauria, y es probable que así sea.

>>Ya se que vas a remitirme a Alabanda. Pero, escucha, él estará destrozado. Aquel firme y fino tronco está seco también, y los miserables van a sacar de él astillas, y con ellas se encenderán un alegre fuego. Está lejos; tiene ciertos buenos amigos que le consolarán, que son realmente los más apropiados para ayudar a aquel a quien la vida le resulta algo pesada; y a casa de estos ha ido de visita. ¿Por qué? Porque no tiene nada más que hacer, o, si quieres saberlo todo, porque una pasión le roe el corazón. ¿Y sabes por quien? Por Diotima, a la que cree aún viva, casada conmigo y feliz... ¡Pobre Alabanda! ¡ahora nos pertenece a los dos!

>>El partió en dirección Este y yo viajé hacia el Noroeste porque se me presenta una oportunidad de hacerlo...

>>Y ahora, ¡adiós!, ¡adiós todos vosotros, a quienes amo!, ¡a quienes llevo en mi corazón, amigos de mi juventud, y vosotros, padres, y vosotros los que sufrís, queridos griegos todos; adiós!

>>¡Y vosotros, aires que me habéis alimentado en la tierna infancia, y vosotros, oscuros bosques de laureles, y vosotras, rocas de la costa, aguas majestuosas que enseñasteis a mi espíritu a anhelar vuestra grandeza... ¡ah! ¡y vosotras, tristes imágenes donde se alzó mi melancolía, muros sagrados que aun rodeáis las ciudades de los héroes, antiguas puertas que franquearon tantos hermosos caminantes, columnas de templos y ruinas de los dioses! ¡y tú, oh Diotima! ¡y vosotros, valles de mi amor, arroyos que habéis visto su divina imagen, árboles junto a los que se ha serenado, primaveras que ella ha vivido, deliciosa, entre las flores... no os separeis de mí! Pero ya que así ha de ser, ¡desapareced también vosotros,

dulces recuerdos, y abandonadme, porque el hombre no puede cambiar nada, y la luz de la vida viene y se va a su antojo!>>

HIPERION A BELARMINO

Así es como vine a caer entre los alemanes. No pedía mucho, y esperaba encontrar aun menos. Llegue con humildad, como Edipo ciego y sin patria a la puertas de Atenas, donde fue recibido por el bosque sagrado y acogido por almas bellas...

¡Que distinta fue mi suerte!

Barbaros desde tiempos remotos, a quienes el trabajo y la ciencia, e incluso la religion, han vuelto mas barbaros todavia, profundamente incapaces de cualquier sentimiento divino, corrompidos hasta la medula –felizmente para las sagradas Gracias --, ofensivos para cualquier alma bien nacida, tanto por sus excesos como por sus insuficiencias, sordos y faltos de armonia, como los restos de un cantaro tirado a la basura... así, Belarmino, eran quienes debian consolarme.

Es duro lo que voy a decir, y sin embargo lo digo porque es la verdad: no puedo fugurarme ningun pueblo mas desgarrado que los alemanes. Entre ellos encontraras artesanos, pero no hombres, pensadores, pero no hombres, señores y criados, jovenes y adultos, pero ningun hombre... ¿No es todo esto como un campo de batalla donde yacen entremezclados manos y brazos y toda clase de miembros mutilados, al tiempo que la vertida sangre de la vida se pierde en la arena?

<<Que cada cual se dedique a sus ocupaciones>>, me diras, y yo tambien lo digo. Solo que debe dedicarse con toda el alma, no debe ahogar en si cualquier otra fuerza que no concuerde exactamente con su ocupacion, no tiene porque ser solo, con ese miedo miserable, literal e hipocritamente lo que su titulo indica, tiene que ser con seriedad y con amor lo que es, y entonces, en su quehacer vivira un espiritu, y si se siente oprimido en una especialidad donde no es posible en absoluto la vida del espiritu, ¡que la rechace con desprecio, y vale mas que aprenda a trabajar la tierra! Pero tus compatriotas prefieren atenerse a lo extrictamente necesario y por eso tambien hay entre ellos tanta chapuza y tan poco trabajo libre y autenticamente exaltante. Y aun así, podria sacarse de ello algun partido si tales seres no fueran insensibles hasta tal punto a cuanto de hermoso hay en la vida, si no pesara en todas partes sobre este pueblo el anatema de una empecatada desnaturalizacion...

Las virtudes de los antiguos eran solo brillantes defectos, dijo una vez no se quien, alguna lengua envenenada; y sin embargo, incluso sus defectos eran virtudes, pues aun en ellos vivia un espiritu ingenuo y hermoso, y nada de lo que hacian se hacia sin alma. Pero las virtudes de los alemanes son brillantes maldades y nada mas; pues solo son fruto de la necesidad, impuesto a la sequedad del corazon con fatigas de esclavos por un miedo cobarde, y dejan sin consuelo a cualquier alma pura que guste de nutrirse de lo bello y que, acostumbrada al sagrado concierto de las naturalezas mas nobles, no soporte las disonancias que rechinan en la totalidad del orden muerto de estas gentes.

Te aseguro: no hay en este pueblo nada sagrado que no haya sido profanado y rebajado al nivel del mas miserable recurso, e incluso aquello que a menudo se conserva entre los salvajes divinamente puro, lo tratan estos barbaros calculadores igual que se trata un oficio, y ademas no pueden actuar de otra manera, pues una vez que un ser humano esta adiestrado, se pone al servicio de su objetivo, busca su provecho, no vuelve a entusiasmarse, ¡Dios le aguarde!, permanece siempre en calma, y cuando celebra sus fiestas, y cuando ama y cuando reza, incluso cuando llega la alegre fiesta de la primavera, cuando la epoca de la reconciliacion del mundo hace desaparecer todas las preocupaciones y la inocencia impone su magia al corazon culpable, cuando el esclavo, embriagado por los calidos rayos del sol, olvida alegremente sus cadenas, y los enemigos del hombre, amansados por el aire divinizado, se vuelven pacificos como niños... cuando incluso a la

oruga le nacen alas y zumba la abeja, ¡el alemán sigue dedicado a su tarea y no se preocupa del tiempo que hace!

¡Pero tu eres quien ha de juzgar, sagrada naturaleza! ¡Porque al menos si estas gentes tuvieran la modestia de no querer dictar la ley a los mejores de entre ellos! ¡si al menos no ultrajaran todo lo que ellos no son o, si no pudieran evitar el ultraje, si al menos no despreciaran lo divino...!

¿O no es divino lo que despreciais y considerais sin alma? El aire que bebeis, ¿no es mejor que vuestros chismorreos?; los rayos del sol, ¿no son mas nobles que todos vuestros ingenios?; los manantiales de la tierra y el rocío matinal que refrescan vuestros bosques, ¿sois capaces de hacerlos vosotros? ¡Ay, vosotros podeis matar, pero no dar vida, a menos que lo haga el amor, que no es vuestro, que no habeis inventado vosotros! Os preocupais y discurris para escapar al destino, y cuando vuestras mañas infantiles no os son de ninguna ayuda, no lo entendeis; mientras tanto, alla arriba, los astros apacibles siguen su curso. Envileceis, desgarrais la paciente naturaleza en cuantas ocasiones os lo permite, pero ella continua viviendo en su eterna juventud, y no podeis suprimir de ella ni el otoño ni la primavera, no podeis corromper el Eter.

¡Si, forzosamente ha de ser divina, para que intenteis destruirla y sin embargo no se altere, y, a pesar vuestro, lo hermoso siga siendo hermoso!

Tambien resulta descorazonador contemplar a vuestros poetas, a vuestros artistas y a todos aquellos que se preocupan todavia del genio y aman y cultivan lo hermoso. ¡Pobrecillos! Viven en el mundo como forasteros en su propia casa, son como el paciente Ulises cuando, con aspecto de mendigo, estaba sentado ante su propia puerta, mientras los insolentes pretendientes alborotaban en el salon y preguntaban: <<¿Quién nos ha traído a este vagabundo?>>.

En el pueblo alemán, los discipulos de las musas crecen llenos de amor, de espíritu y de esperanza; los ves siete años mas tarde y andan errantes como sombras, silenciosos y frios, son como un terreno que el enemigo a sembrado de sal para que en el no crezca nunca mas ni una brizna de hierba; y cuando hablan, ¡ay de aquel que les comprende, que en sus titánicos asaltos y en sus tretas proteicas solo ve la lucha desesperada que su hermoso espíritu destruido lleva a cabo contra los barbaros con los que el tiene que enfrentarse! <<Nada es perfecto en este mundo>> es la vieja canción de los alemanes. ¡Que no haya nadie capaz de decir a estos seres abandonados por los dioses que si todo es tan imperfecto entre ellos es porque sus toscas manos manchan cuanto es puro y profanan todo lo sagrado, que entre ellos no prospera nada porque no se preocupan de la divina naturaleza, que es la raíz de la prosperidad, que la vida entre ellos es realmente sosa y esta cargada de preocupaciones y saturada de frias y mudas discordias, porque solo desden tienen para el genio que pone fuerza y nobleza en cada acción humana y serenidad en el sufrimiento, y lleva amor y fraternidad a las ciudades y a las casas!

Y por eso tambien temen tanto a la muerte y sufren todas las ignominias por amor a esa vida de ostras que llevan, porque no conocen nada mas elevado que su chapuceria, que ya no les funciona.

¡Oh Belarmino! Cuando un pueblo ama lo bello, cuando honra al genio en sus artistas, circula en el un espíritu general igual al aire de la vida, la timidez se desvanece, la vanidad se disipa y todos los corazones son devotos y grandes, y el entusiasmo engendra heroes. Tal pueblo es la patria de todos los hombres, y al forastero le gusta quedarse en el. Pero ¡ay!, donde la naturaleza divina y sus artistas son tan maltratados, desaparece el mayor encanto de la vida, y cualquier otro astro es preferible a la tierra. Allí los hombres, a pesar de haber nacido todos en la hermosura, se vuelven cada vez mas salvajes y yermos; crece el espíritu de servidumbre, y con el zafio envalentonarse; con las preocupaciones aumenta la borracheria, y con el lujo el hambre y el temor por la subsistencia; los dones de cada año se convierten en una maldición, y los dioses huyen.

¡Y desgraciado del extranjero a quien el amor hizo emprender el viaje y que llega a tal país, y tres veces desgraciado aquel mendigo que, como yo, empujado por un gran dolor, viene a dar en tal pueblo!

¡Ya basta! Tu me conoces, Belarmino, y no lo tomaras a mal. Hablaba también en tu nombre, hablaba en nombre de cuantos están en este país y sufren como yo he sufrido.

HIPERION A BELARMINO

Entonces quise irme de Alemania. Ya no quería seguir buscando nada en ese pueblo, ya había sido mortificado bastante con implacables ultrajes, no quería que mi alma se desangrara por completo entre tales gentes.

Pero la celeste primavera me retuvo; era la única alegría que me quedaba, si, era mi último amor, ¿cómo podía yo pensar en otras cosas y abandonar el país donde estaba también ella?

¡Belarmino! Nunca había experimentado de forma tan completa aquella antigua sentencia del destino: que una nueva felicidad nace en el corazón cuando se mantiene firme y logra soportar y atravesar la medianoche de la pesadumbre, y que, como el canto del ruiseñor solo se oye en la oscuridad, el himno a la vida del mundo solo se deja escuchar en nosotros en el fondo del dolor. Pues a partir de entonces viví en compañía de los árboles en flor como entre genios benéficos, y los claros arroyos que a sus pies corrían me arrancaban, con sus susurros semejantes a voces divinas, las penas del pecho. ¡Y lo mismo me sucedía en todas partes, querido Belarmino!... cuando descansaba en la hierba y el verdor de su tierna vida me rodeaba, cuando subía a la tibia colina donde las rosas crecen al borde del sendero pedregoso, o cuando corría en barca las riberas del río y todas las islas que su cuidado mantiene.

Y a menudo cuando, de mañana, subía a la cumbre de la montaña como los enfermos van en busca de la fuente milagrosa, por entre las flores aun dormidas, y mientras que junto a mí las avejillas, saciadas de las dulzuras del sueño, echaban a volar desde los matorrales, titubeando en la luz del amanecer y avidas del día, y el aire, ya más vivo, llevaba hasta lo alto las oraciones de los valles, las voces de los rebaños y el son de las campanas matinales, y después, cuando la alta luz, con su serenidad divina, recorría su camino habitual, encantando la tierra con la vida inmortal que templaba su corazón, todos sus hijos volvían a sentirse vivos... entonces, como la luna que se queda un rato en el cielo para compartir la alegría del día, permanecía solitario yo también por encima de la llanura, y derramaba lágrimas de amor contemplando sus límites y el brillo de las corrientes de agua, y durante mucho tiempo no podía apartar los ojos de aquel espectáculo.

O al atardecer, cuando me hundía en el valle hasta la cuna de la fuente, donde me rodeaban con sus murmullos los oscuros robles, y la naturaleza me enterraba en su paz como al que muere de muerte sagrada; y luego, cuando la tierra era una sombra y una vida invisible susurraba en las copas de los árboles, y sobre las copas se mantenían quietas las nubes del atardecer, montaña deslumbrante desde la que caían sobre mí los rayos celestes como torrentes para saciar al viajero sediento...

<<¡Oh sol, oh vientos!>>, exclamaba entonces, <<¡solo entre vosotros vive todavía mi corazón como entre hermanos!>>

Así me entregaba cada vez más a la cordial naturaleza, incluso de una forma excesiva.

¡Pero me hubiera gustado tanto transformarme en niño para estar más cerca de ella! ¡Oh, sentirme un instante inmerso en su paz, en su belleza, valía para mí más que años enteros de pensamientos, más que todos los experimentos del hombre, que quiere experimentarlo todo! Todo lo que he aprendido, lo que he hecho en mi vida, se derretía como el hielo, y todos los proyectos de la juventud se extinguían en mí; y vosotros, lejanos seres queridos, muertos y vivos, ¡que íntimamente unidos estábamos!

Un día estaba sentado junto a un pozo en el campo, lejos de casa, a la sombra de unas rocas cubiertas de hiedra y, en lo alto, de arbustos en flor. Era el mediodía más hermoso que yo había visto nunca. Soplaban una dulce brisa y la tierra resplandecía aun con su frecuencia

matinal, y la luz sonreía silenciosamente en su Eter natal. La gente se había marchado a descansar del trabajo en la mesa familiar; mi amor estaba solo con la primavera y había en mi una nostalgia indefinible. <<Diotima>>, grite, <<¿dónde estas, si, donde estas?>> Y creí escuchar la voz de Diotima, la voz que en otro tiempo me había serenado en los días alegres...

<<¡Estoy con los míos>>, grito, <<con los tuyos, con los que desconoce el extraviado espíritu de los hombres!>>

Un dulce pavor se apoderó de mí y mis pensamientos se adormecieron en mi interior.

<<Hermosas palabras de aquella sagrada boca>>, exclame al despertarme. <<Querido enigma, ¿te he entendido bien?>>

Y aun me volví a mirar otra vez la fría noche de los hombres, y me estremecí y lloré de alegría por ser tan feliz, y me parece que pronuncie palabras, pero eran como el crepitar del fuego cuando asciende y deja las cenizas tras de sí...

<<¡Oh naturaleza, con tus dioses>>, pensé, <<yo he soñado hasta el final el sueño de las cosas humanas y digo que solo tú vives, y cuanto han conseguido o pensado los hombres inquietos se derrite como granos de cera al calor de tus llamas!

>>¿Cuánto hace que están privados de ti? Oh, ¿cuánto hace que sus muchedumbres te injurian, te insultan a ti y a tus dioses, que están vivos en apacible felicidad?

<<Los hombres caen de ti como frutos podridos; ¡deja que se hundan en ti, así volverán de nuevo a tus raíces! Y a mí, oh árbol de la vida, ¡hazme revedecer otra vez contigo y envolver con mi aliento tu copa y los botones de tus ramas, apaciblemente unidos tú y yo, pues todos hemos brotado de la misma dorada semilla!

>>¡oh fuentes de la tierra!, ¡oh flores!, ¡y vosotros, bosques, y águilas, y tú, luz fraterna!, ¡que antiguo y que nuevo es nuestro amor!... Somos libres, no nos asemejamos exteriormente, ¿pues como no iban a ser distintas nuestras formas de vida? Pero todos amamos el Eter interiormente, en lo más profundo de nosotros, nos asemejamos.

>>Tampoco nosotros, Diotima, tampoco nosotros estamos separados, y llorar por ti es no comprenderlo. Nosotros somos notas vivas sonando conjuntamente en tu armonía, ¡oh naturaleza! ¿Y quién podría romperla?, ¿quién puede separar a los que se aman?

>>¡Oh alma, alma! ¿Belleza del mundo, indestructible, fascinante, en tu eterna juventud! Tú existes; ¿qué son, pues, la muerte y todo el sufrimiento de los hombres? ¡Ah, cuántas palabras huecas y cuántas extravagancias se han dicho! Sin embargo, todo nace del deseo y todo acaba en la paz.

>>Como riñas entre amantes son las disonancias del mundo. En la disputa está latente la reconciliación, y todo lo que se separa vuelve a encontrarse.

>>Las arterias se dividen, pero vuelven al corazón y todo es una única, eterna y ardiente vida,>>

Estos fueron mis pensamientos. La próxima vez te hablaré más de ellos.